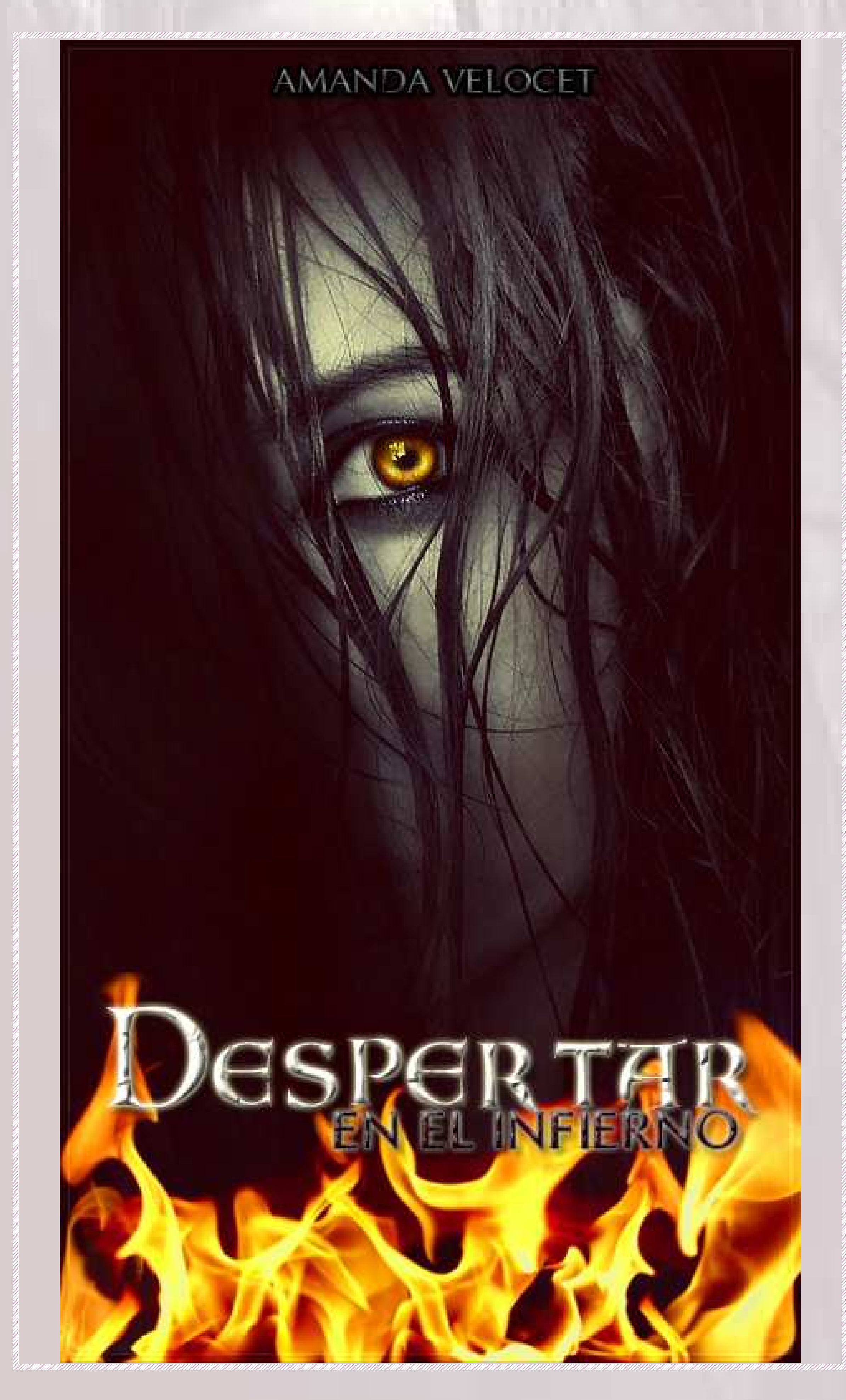
Saga "Despertar"
Primera parte: Despertar en el Infierno.

Escrita y corregida por: Amanda Velocet

Página Oficial en Facebook: www.facebook.com/DespertarAmandaVelocet
Página Oficial (BLOG): www.despertardeamandavelocet.blogspot.com
Contacto (Sólo mail) despertar-amandavelocet@hotmail.com
Twitter: www.twitter.com/SagaDespertar

Escrito entre Marzo de 2010 y Enero de 2011

Despertar: En el Infierno es la primera parte de esta Saga Vampirica.
Próximamente su continuación: Despertar II: Ángel Sangriento.


AMANDA VELOCET
DESPERTAR
EN EL INFIERNO

Introducción

Desperté en abandono.
-presente-

Desperté de un sueño macabro en una casa aparentemente deshabitada.
Cuando abrí los ojos mi primer recuerdo fotográfico fueron los candelabros rojos en una mesa que ocupaba, supuse, la sala de estar. El sol no entraba por las ventanas, me daba la impresión de hacia mucho tiempo no salía de esa casa, me daba la impresión que… que todo era distante, que todo había cambiado.
Recorrí un gran pasillo queriéndome convencer que seguía inmersa en aquella pesadilla de paredes, pisos y techos totalmente negros perdidos en la nada, hasta que llegué al baño, como si lo conociera de memoria, como si ya hubiese estado ahí.
Me miré en el espejo atontándome al descubrirme y caí al piso. Pude sentir como mi cuerpo se desvanecía a cada fracción de segundo en el que me iba acercando al suelo, y entonces toda mi vida pasó frente a mis ojos: mamá, papá, la abuela, mis hermanos, mis mejores amigos y él…el amor de mi vida, Dante, envejeciendo a pasos agigantados, con una mujer, esa no soy yo, no no no, esto es un sueño, mejor dicho, una pesadilla, ¡Quiero despertar!
Estaba en el piso cuando creí que estaba muerta, agonizando. Y es que en realidad, yo no había despertado de ningún sueño, de hecho precisamente no estaba soñando… entonces recordé el pacto con el diablo… ya estaba muerta, condenada a vivir por toda la eternidad.

Capitulo número uno.
Este cuerpo no me pertenece.
-presente-

Me miré por segunda vez, por tercera, por décima. Me miré y miré, no paraba de hacerlo. Estaba obsesionada frente al espejo, objeto que detestaba y del cual ahora no podía despegarme. Jamás pensé que hacer un pacto con el diablo podía beneficiarme de alguna manera ¿Cómo decirlo?... Estética, así es, de alguna manera estética. Bueno ¿Qué importaba eso ahora? Jamás pensé que eso existiese. ¿Pacto? ¿Qué tipo de pacto había hecho? Ah claro, volver a la vida, aunque no logro recordar del todo cada uno de los detalles. Que risa, más viva que nunca, ¿Quien lo diría? Lo que no era grato fue sentir esa quemazón en lo más profundo de mi garganta.
Todo había cambiado, ya no necesitaba lentes, mi pelo era largo hasta un poco antes de la cintura, con unas ondulaciones que se hacían rizos al llegar a las puntas, sedoso como jamás lo habían tenido. Mis ojos eran una mezcla entre el color dorado y el verde oscuro, eso no había cambiado mucho, antes eran una mezcla entre marrón y verde. Mi cara y mi cuerpo se habían estilizado totalmente, pasé de ser casi una gordita, a un hermoso y estilizado armazón. Era yo, definitivamente era yo, pero hermosa, yo, hermosa. Mi misma cara, pero refinada y pálida, demasiado pálida, una macabra palidez. Mi piel era fría, era tocar a un muerto que yace en su cama desde hace tiempo. Debajo de mi cuero no había signos que la sangre corriese, pero ahí estaba, mi piel seguía siendo fría, mi corazón no latía. Estaba bien muerta. Bien muerta en una casa que no conocía, mi garganta quemaba, quemaba como fiebre, ardía como fuego. Mi cabeza no entendía el noventa y nueve por ciento de las cosas. Pero de algo estaba segura, estaba muerta, sin embargo sentía voces en la calle y estaba parada, observándome frente al espejo, observando la belleza repentina que tenía: mi cara, mi cuerpo, mi piel fría, dura y fría como el hielo. Sentía que podía partirme la cabeza sin que doliera. Y mi garganta, ésa extraña sensación de que en cualquier momento iba a estallar.
Pero no podía fingir desinterés, esto era una realidad, no había sido ni un sueño, ni una pesadilla, ni nada parecido. Comencé a buscar recuerdos en mi cabeza. Verdaderamente había hecho un pacto con el diablo. Mi mente intentaba registrar entre escombros una pista, un recuerdo leve, pero sólo pudo encontrar mas de lo mismo cuando una voz me habló al oído, susurrándome mientras su cuerpo ardiente se desvanecía de un lado al otro, como tratando de volverme loca, si es que no lo estaba ya.

-Amanda, Amanda, Amanda…-Dijo, casi irónico.

-Quien seas, quien seas, quien seas. –Me apresuré escéptica, no eran días para estar de buen humor, y yo no era la excepción a la regla.

-Querida mía, ¿Es que acaso nunca nadie logra recordarme? Sucede que ese librito del demonio al que todos llaman “Biblia” muestra mi peor yo. Yo destruyendo ciudades, yo mal influenciando a creyentes, yo acá, yo allá. Porquerías. – dijo alegre de creer sus propias palabras.

-Soy atea – Ladré

-Buena elección mi querida Amy – Largó el mismo diablo con una carcajada. –Sin embargo te imagine rogándole a Dios para que te devuelva la vida, cosa a la que jamás accedería porque es un imbecil de poca monta.

-Me retracto, era atea. –Mis ojos se desorbitaron. Es que después de haber estado en el infierno, me di cuenta que esas cosas existen verdaderamente. Tendría que haber gastado mi tiempo siendo creyente. Al menos de Dios, o del Diablo, y no en cosas supernaturales, aunque nada mas supernatural que esto para confirmar mi no-teoría. Por un momento me sentí estúpida de haber creído en el más allá tan vanamente. Creyendo que lo más probable sea algo como deambular de por vida por el resto de la eternidad, hasta reencontrarte nuevamente con las personas a las que amaste.

-Estas en lo cierto pequeña Amanda, aunque no es tan literal como lo pensas. –Dijo el mismísimo demonio. ¿Acaso había leído mi mente? ¿Porque contestó una pregunta que jamás formulé? Y volvió a insistir, contestando algo que jamás le pregunté –No, no leo mentes Amy de mi corazón, simplemente lo se todo, al igual que Dios, mi hermano hereje, el que quiso estar más allá, el que quiso ponerse el disfraz de juez. Por eso existe el cielo y el infierno pequeñita.

-¿Qué fue lo tan terrible que hice en esta vida para merecer ir al infierno? ¡Dios puede irse al infierno! -Grité furiosa, ignorando casi todo lo último que este me había dicho.

-¿Qué hiciste? ¡Ja! ¡Que no hiciste pequeña Amanda! Esa sería la pregunta indicada.-Rió, mostrando hasta su última pieza dental. –Bueno, tampoco fue tan malo en realidad. –Se corrigió, entre disfrutando y dudando. No puedo creerlo, el Diablo tiene dudas, ¡increíble! –Solo algo de drogas, alguna que otra infidelidad, etcétera etcétera etcétera. – Parecía disfrutarlo

-No fueron infidelidades, ¡estaba confundida! ¡Y enamorada! –Exclamé.

-¿Los humanos suelen enamorarse de personas del mismo sexo, Amelie? –Bufó, indignado.

-Eso es homofobia, ¡Y ya deja de cambiarme el nombre! Me llamo Amanda. –Conteste muy disgustada.

-Perdón, Amanda. –No creí en su arrepentimiento. – Así que…cuando vas a comenzar a alimentarte, ¡te ves muy pálida para mi gusto! – Y largó a reír, dejando la certeza que algo andaba mal, realmente mal.

Capitulo número 2
El diablo se burló de mí.
-Presente-

-¿Vampiresa? –Exclamé casi saliéndome de mi cuerpo

-Ajam –Asintió con indiferencia.

-¿Qué? ¿Por qué? ¿Porqué yo?

-Porque así lo quisiste Amanda, y ya cortala con histeriquear, no te sienta bien, no va con tu raza –Afirmó casi como si fuese un dictador.

-¿Raza? –empecé a caminar alrededor de la mesa con candelabros rojos, precisamente del color… ¿Sangre?

-Supongo que estas hambrienta Amelie –Su rostro mostró diversión.

-Amanda, me llamo Amanda, además… ¿Hambrienta? ¿Hambrienta de…eso?–De solo pensarlo el bello de mi piel se erizó hasta su último sentido.

Comencé a tener una especie de espasmos en los que una prefiere estar muerta, pero como ya lo estaba dejé a un lado ésa pequeña ironía y me senté sobre el balcón que sobresalía en el segundo piso de esa casa en la que estaba, al cual subí corriendo, mi velocidad era…fascinante, ¡no! ¿Qué cosas digo? Era un fenómeno de circo. Necesitaba experimentar el hecho de desvanecerme en llamas al posarme bajo el Sol. Pero nada de eso pasó y sentí frustrarme muy lentamente hasta hundirme en la decepción total. ¿Qué clase de vampiresa era? ¿Qué fenómeno sobrenatural de bajo valor soy que no me prendí en llamas aun?

-¿Qué clase de idiota sos Amanda?-Ésa cosa, siempre hurgando en mi mente.
-Me quiero morir. –Lloré

-Ya estas muerta Amy, tenes que aprender a recordar al menos eso. Muerta y condenada a toda una eternidad en la Tierra.

-Quiero que sepas que me caes peor que antes. –Farfullé

-Sin embargo antes de ascender nuevamente no dijiste lo mismo. Yo te di opciones querida amiga, y elegiste la que más te tentó. Ahora sos lo que sos, y no le eches la culpa a nadie más que a vos. – Aplicó.

-¿Dónde estoy? -Empezaba a impacientarme, y a eso llamarle sed se me hacia extraño.

-En San Telmo, creo que sientes aprecio por la sangre de turista. Acá acuden

muchos, para mi es el infierno terrenal ¡ja, ja, ja! –Al parecer a mi querido amigo el Diablo le gustaba mucho hacer chistes irónicos respecto a su aptitud.

-Me voy

-¿A dónde Amanda? Por favor no seas necia, ya nadie te recuerda. Tendrías que tener al menos diez años más de aquel día en el que falleciste. Tus papás se mudaron, tu abuela ha muerto, y Dante, el pequeño mayorcito al que tanto amabas… bueno, él no iba a esperar toda la vida a que se reencontraran en el cielo. Ah porque no sabes, no te he contado… la pasará bien en el paraíso. No tenías chances con él Amanda, siempre fuiste muy caprichosa.

-Dante ¿qué? ¿En donde está? ¿Qué le hiciste? ¿Por qué diez años? ¿Dónde estuve? Mi familia, mi pobre abuela… - Y mi llanto comenzó a brotar, las gotas eran aun mas heladas que mi piel, y se iban congelando en su caída. Yo era peligro. Peligro inminente.

<u>Capitulo número tres.</u>
El rock de las Desalmadas.

(FLASHBACK DE AMANDA)

-*Uno, dos, tres* –Dije, y nuestros labios se tocaron por primera vez.
Nos besamos con paciencia, nuestros besos fueron suaves, dulces, tibios y fríos, mojados. Debajo del acolchado color rosa nuestras manos se unieron, buscándose. Se conocían, se querían, se deseaban. Nuestras caricias fueron todo lo que entendí por amor en ese momento. Ella tocaba haciéndome sentir distinta. Sus manos perdían temperatura por la falta de circulación en su flujo sanguíneo, haciéndola congelarse en invierno. Necesitando de mí, su estufa personal. Pero en ese momento sus manos estaban bien, a temperatura ambiente. Recuerdo cada movimiento de las mismas sobre las mías. Me sentí bien, sentí por primera vez en la vida que alguien me tocaba sin buscar sexo, que ése era un sentimiento puro, guiado por amor.
Violeta, era ese nombre que al escucharlo el corazón se me aceleraba, saliéndose de mi pecho, causando estragos en el control de toda mi anatomía.

Esa noche llegábamos de ensayar. Éramos rockeras por excelencia. A la banda le pusimos las Ruthless Girl's. Y digo pusimos porque todo duro demasiado poco…para mí.
A violeta la conocí una primavera en el dos mil seis, en un concurso de bandas. La banda de hombres en la cual yo participaba ganó victoriosamente, causando una gran ira a la banda de Violeta, completada por mujeres, la cual no recuerdo el nombre, o no quiero recordar en realidad.
La pelea comenzó cuando ellas, disgustadas por el resultado empezaron una pelea sin sentido, ya que si hubiese sido por mí les daba el premio envuelto para regalo. No me interesaba llevarme un trofeo a mi casa, yo había ganado, lo sabía y nada hacia cambiar ése hecho. Una estatuilla pintada no me hacia la diferencia. Pero luego de eso, jamás la volví a ver. Excepto por el día en el que mi mejor amiga de ése entonces, Nazarena, buscó una baterista mujer para su nueva banda de chicas. Ahí llegó Violeta, como una causalidad del destino. Como viniendo hacia mí casi por arte de magia. Nuestras miradas fueron cruzadas, yo seguía la banda de Nazarena como buena amiga, y de hecho llegué a tocar con ellas, hasta que por cuestiones de horario, desistí.
Ella y yo nos despreciábamos, no podíamos estar en una misma habitación por mucho tiempo, su presencia me fastidiaba, y yo notaba que la mía a ella también. Pero no se que pasó, ni cuando pasó, de repente, después de un año en el dos mil siete llegaron las Ruthless Girl's conformada por Nazarena, la cual había decidido disolver su banda anterior, Violeta, y yo.
Nunca supe sino, después de meses de tocar juntas y llevarnos bien, compartiendo salidas y durmiendo en la misma cama, que ella era lesbiana. Bueno, no es algo que me moleste, de hecho no fue molestia lo que sentí. En realidad debí de haberlo sospechado, su manera de ser conmigo, tan posesiva. ¡Debí de haberlo notado! Ella jamás hablaba de hombres, y cuando se refería a una persona obviaba el género, sólo contaba situaciones. Y el punto clave: los temas sexuales le causaban repelencia, y no tenía novio ni hablaba de chicos, cosas que suelen hacer las chicas.

-¿Qué hacemos hoy? –Me pregunto ella, su voz en el teléfono era extremadamente el canto de los Ángeles.

-Hoy…hoy llueve Viole, voy a lo de… a lo de una amiga –Mentí, lo que sucedía es que para ese entonces, ella estaba indirectamente dándome señales de que algo pasaba entre nosotras. Y yo… yo me portaba como una imbécil sin experiencia. Quería darle celos por algún motivo enfermo, por lo que decidí inventarme una amiga, y así ver su reacción.

-Ughhh, ¿Es de esas amigas con las que pasan cosas? –Estaba enojada, pero lo disimulaba… demasiado mal, por cierto. ¡Al fin! Ella había recibido mis indirectas, estaba notando que yo era un poco… sí, un poco lesbiana.

-Eso creo –Me avergoncé.

-La mataría, te lo juro.

La conversación telefónica cesó. Supongo que habrá estado disgustada, por mi parte mi cara de felicidad no denotaba lo mismo. Me acosté a dormir una siesta y desperté a las doce de la noche, de inmediato me conecte al Chat.

Y nada más, no recuerdo nada más. Sólo el “uno, dos, tres” que me hizo besarla por primera vez, un dos de abril en el dos mil ocho. En mi habitación, en mi cama, entre mis sabanas. Sólo ella y yo, sonrojadas por la vergüenza, escuchando la respiración de la otra.
Empiezo a recordar lo egoísta que fui. El infierno era chico para mí. Caer en él fue sólo un pequeño castigo de esos que te dan tus padres cuando volviste tarde a casa.
Amaba a Dante, pero *ella* descolocó todos mis sentidos.

Capitulo número cuatro.
No es quien creí que era.

-¡No! No es posible, esto es un sueño, un sueño, más que un sueño, una pesadilla ¡Exijo despertar ahora mismo! –Mis gritos, por más fuertes que sean, no lograban absolutamente nada al respecto en aquella horrible situación.

-Amel…emm Amanda, muchacha, a ver si soy un poco más claro. No tenés otra opción, las cosas así se dieron. Así son, y así se quedaran, imagino que no queres enfrentarte a mí enojado, ¿O sí pequeña Amanda? –El realmente ponía en duda mi estupidez.

-Pues, ya no hay mucho que me importe, y… en realidad estoy molesta, tengo hambre, ¿Qué cosas me haces decir? ¿Dónde está Dante? ¿Dónde está mi familia? ¿Qué pasó con mi abuela?

-¿Puedo responderte en orden alfabético? –Dijo burlándose de mí. Y mi cara lo hizo recapacitar, que cosas que una aprende ¿eh? El diablo me tiene miedo. –Esta bien, supongo que hoy no estas de humor amiga mía, así que empiezo por lo más fácil. Tu abuela murió, la vida humana tiene un ciclo que se debe cumplir, bueno, a ella digamos que… digamos que le había llegado la hora. Nada más. –Me señaló, indiferente sobre el asunto, ¡Y que claro estaba!, él era el Diablo, y su mejor amigo debería de ser la Parca, los sentimientos humanos están lejos de su alcance.
-¿Así que nada mas? –Susurré por lo bajo, debía tener mi propio luto.

-Con que un luto ¿eh? –Su ceja se alzó por completo, casi incrédulo.

-¡Basta con estos jueguitos mentales! –Era increíble como yo misma podía pasar de la pena al odio extremo, de la ira a la tranquilidad, me desconocía, definitivamente me desconocía.

-Bueno Amanda…Pero dejame decirte que pronto vas a comenzar a perder estos sentimentalismos humanos que tanto aborrezco.

-¡Soy humana! -Exclamé.

-Como quieras -Dijo con una gran sonrisa. –Ah y por cierto, no soy el diablo. Y tene por cuidado que si lo hubiese sido, no hubiese tenido tanta piedad. Me encargó que venga por vos, bueno algo así como favor. Mas que nada para recordarte que tenés que empezar a alimentarte, y bueno…-Dudó.

-¿Y bueno? ¿Alimentarme? ¡Por favor! ¡Matar gente querrás decir! No soy un monstruo, y quien quiera que seas quiero que te vayas ya mismo de acá. –Casi violenta, no me di cuenta que tenía a éste extraño agarrado entre mis manos, que parecían garras dado a la fuerza inconciente que estaba empleando con tanta facilidad.

Volviendo en sí lo solté, aunque por sus risas, la situación que se había desarrollado parecía causarle gracia.

-¿Con que monstruo eh? Amanda… nosotros somos monstruos, destinados de por vida a vagar sobre este mundo, por los siglos de los siglos, hasta que llegue la destrucción total. Pero mira el lado positivo… conoceremos miles de modas, miles de personas, podemos vivir de la nada, sólo de la sangre. –Definitivamente él creía su propio discurso.

-Así que no sos el diablo, y me hablas de vivir de la sangre… acaso vos también sos… un…-No continué.

-¿Vampiro? Sí. Lo soy. Bueno, creo que esta conversación llego a su limite. Tengo que irme, y te aviso, volveré en nombre de mi Amo.

-¡Me mentiste! –Rezongué.

-¿Eh? –Su rostro gélido estaba desconcertado.
-Sí, dijiste que eras el Diablo, ¿Qué fue entonces todo ese circo en el baño? ¿Todo ese calor que sentí en cuanto apareciste? ¿Por qué hablas en nombre de él? ¿Acaso te paga por ser su paloma mensajera? –De repente mis palabras fueron una bola de ruido, él no estaba escuchándome.

-Amanda… ¿Calor? Bueno eso significará otra cosa, quizá… -Su sonrisa mostró hasta el último de sus dientes perfectos. Estaba siendo sin lugar a dudas demasiado irónico para mi gusto.
-Creo que ya estoy comenzando a sentirme demasiado mareada… ¿me harías el favor de traerme algo para tomar? –Sonó muy rara esa última palabra teniendo en cuenta que era una vampiresa. Teniendo en cuenta que no podría comer nada que me hiciese sentir mejor que beber un vaso de sangre. Verdaderamente el instinto iba a poder más, pero yo no era una asesina. Debía de haber otra manera…

-Claro que sí, para esto fui enviado, para ayudarte, ¿Ves que no son tan malos acá abajo al fin y al cavo?

No le creía ni una sola palabra, algo debía de querer para estar acá, tratando de ayudarme sin nada a cambio. ¿Por qué lo hacia? ¿Por qué estaba yo creyendo todo esto? ¡Estoy volviéndome totalmente loca! La confusión estaba haciéndome perder de vista el objetivo central, mi familia, y la persona que mas amo en el mundo, Dante. Él debería estar en alguna parte del mundo sufriendo por mí, por haberme perdido. Pero pasaron diez años ¡En el nombre de Dios! ¿Desde cuando invoco en su nombre? Esto si que es bien raro. Yo soy bien rara.

-¿Podrías traer la comida por mi? Digo, hacer vos el trabajito en mi lugar… -Traté de sonar dulce, pero era lo que menos me interesaba en ese mismo momento.

-Si no fuera porque la mayor parte de mi existencia viví entre la Tierra y allí debajo, diría que estas loca si pensas que voy a condenarme de tal manera al infierno. –Sus palabras fueron fuertes, tan fuertes que no pensé que haya nada en el mundo que pudiese hacerlo cambiar de opinión.

-Bueno después de todo, me mentiste… estas en deuda conmigo. –Seguía excusándome, todo el tiempo. Me sentí avergonzada.

-No es algo que yo pueda hacer por vos, muñeca. Así que vamos y ésta es mi última palabra. Hoy vas a tener tu propio testeo de sangre y debo estar ahí para evitar que hagas catástrofes.

-¡No! ¡De ninguna manera voy a convertirme en una asesina!

-¡Basta ya, mujer! ¡Jamás me encomendaron a alguien tan necia! No tenés que matar a nadie, nunca, si así lo queres… Ellos ven tu belleza tan extraordinariamente diferente, que van hacia vos, como abejas a la miel. Una vez que empieza la seducción, los mordes. Y si así deseas drenarlos de tal manera hasta matarlos, el cuerpo se esconde, se quema, lo que vos prefieras. Pero en caso que seas un alma caritativa y quieras que vivan, simplemente te vas, con esa rapidez extrema tan excitante que caracteriza a nuestra raza. El ojo humano no puede detectar tal movimiento, y la ponzoña que inyectamos al morder mediante nuestra saliva hace de ésta una medicina perfecta para que la memoria del sujeto en cuestión se borre completamente. ¿Entendido?

-Así que borra la mente, ¿Te referís al recuerdo del momento en que los muerden? –Pregunte, mientras la boca se me hacia agua.
-Exacto, veo que vas entendiendo. –Su semblante mostró orgullo, orgullo de ser mi profesor.

-Bueno, ya no hay nada que perder, y muero de hambre. Si nadie va a salir lastimado entonces será como robarles dulces a los niños, ¿No? –De inmediato que hice esa pregunta, me sentí un animal, sentí que algo estaba mal, sentí que era una total demente despiadada. Pero tenía hambre, y en definitiva no iba a hacerle mal a nadie, al menos a nadie que pueda recordar el momento del ataque. –Por cierto, ¿Cómo te llamas? –Indagué de inmediato.

-Benicio, mi nombre es Benicio. ¿Vamos? –Su mirada cautivo mi mente, como poseída, nos dirigimos hacia la puerta. Ya había oscurecido por completo, y nuestra comida estaba empezando a enfriarse.
En consecuencia, Benicio, me parecía un lindo nombre. Soy ridícula.

Capitulo número 5
Mi primera salida, Dante y alguien vino por mí.
(flashback)

Presentía mis ojos dilatarse por el placer que recorría cada rincón de mi cuerpo. No quería pensar nada más que en ése placer, pero mi cabeza comenzó a funcionar cuestionándose, como de costumbre. ¿Acaso éste pútrido cuerpo podía sentir? No obstante, ¿Qué estaba pasándome?
-¡Basta de pensar! –Dijo mi propia mente, haciéndome callar.
Sentía ése almíbar, que era mi alimento fluir dentro de mi cuerpo. Sentía eso y nada más. Todo alrededor daba vueltas, estaba experimentando la excitación a tal nivel que no podía recordar cuando fue que todo esto había comenzado. Sólo sentí sumergirme en lo más profundo de las fantasías. ¡Es que era tan dulce su sabor! Es casi imposible resistirse.

-¡Ya basta Amanda, vas a matarla! –Gritó Benicio, furioso, su voz se transformó en un rugido, con tanta vehemencia que yo, una vampiresa, llegó a asustarse.- Te estás aprovechando de mi buena voluntad, ¡Eso no está bien!

-Per… Perdón, es que… -No tenía nada coherente para decir, mis ojos se daban vuelta, volando más allá de la superficie terrestre junto con mi cuerpo.

-Es que nada, ¡Haz que esta mujer se vaya antes de que acabemos metidos en un problema señorita! –Parecía más un sirviente de Dios que del Diablo. ¿Desde cuando un vampiro tiene miedo? ¿Y qué pasa con los hombres vampiros que arriesgan sus vidas para salvar la de la mujer amada? Pensé.

-Yo no te amo, y nunca voy a amarte, estoy acá para servir a quien me dio esta responsabilidad. –Dijo lleno de odio, renegando de lo que en palabras adornaba como "agradecimiento".

-Sólo quería comer, nada más, ya te podes ir. –Me sentí abandonada, como una nena de diez años.

-Por supuesto que me voy, hasta pronto. –Y con cara de desgracia, desapareció entre las sombras.

La mujer de mediana edad de la que estaba alimentándome volvió en sí, y me preguntó la hora. Exactamente igual, de la misma manera que lo hizo antes que yo inicie mi cacería. Le dije que no tenía idea en que año vivía, y prácticamente de no ser por las cuentas que saqué, no hubiese llegado jamás a la conclusión que estaba en el 2020.
Pensé en el famoso 2012 al que, en definitiva no llegué y me reí por dentro… Pero… había algo que Benicio no me había dicho, en sí, de todas los cuestionamientos que le hice respecto a mi familia, sólo contesto lo de… lo de mi abuela, que murió. Mi corazón, si es que tenía uno detrás de la piel marfil que caracterizaba mi cuerpo, comenzó a sentir su ausencia. Lo que sea que esté en lugar del corazón, dolía, y dolía muy fuerte. Toda la sensación de

placer que había tenido hacía tres minutos atrás, desapareció. Sentía como mi cuerpo se ponía rígido por la impotencia, no podía siquiera llorar, porque de hacerlo, iba a comenzar a los gritos en medio del Parque Lezama, al que habíamos llegado en escasos segundos desde “mi casa” por llamarla de alguna manera.
El mundo se me echó encima al instante. ¡Mi hermana Zoe ya debería tener veinticuatro años!
Mi hermana menor ahora era mi hermana mayor. Ella era la luz de mis ojos, con Zoe aprendí a ser hermana. A ella la amaba, realmente la amaba, había un sentimiento tan puro como el agua cristalina. Mi hermano Tadeo, el pequeño que en aquellos tiempos tenía diez años, ahora tiene mi edad, veinte años. Mis papás… bueno, ellos siguen siendo jóvenes, fui hija de una pareja adolescente, ellos tienen la edad correcta ahora para ser mis padres, recién están pasando los cincuenta. Y Dante, Dante casi cuarenta y dos años. Al pensar su nombre en mi mente, mi rigidez tomo mayor potencia, mis manos comenzaron a sudar, y a la vez a sentirse congeladas, todavía no me acostumbraba a esa sensación.
Empecé a recordar. Todos esos recuerdos mezclados tomaron forma en mi mente. Mi última noche con él, durmiendo en nuestra cama matrimonial.

-Correte Dan… nuestra próxima inversión va a tener que ser una cama de tres plazas ¿Existen? –Pregunté emocionada.

-¿Y qué pasa si adelgazamos? Me refiero a vos… -No abría inmortalizado la imagen de su rostro, si hubiese comprendido en ése mismo momento todo el significado y lo que esto traía la palabra inmortalizar.

-Ándate a cagar –Y le sonreí lo más grande que pude.

-¿Vemos una película?

-No, ni ganas. –El siempre me hacia ver películas del cine Gore, o de zombies muy viejas, o de terror, nunca una romántica. Pero eso es lo que más me gustaba de él. Hacia lo que quería.

-¿Ya te vas a dormir? –Su cara se entristeció.

-No, voy a leer un poco antes, a lo mejor voy a estar en la computadora, pero todavía a dormir no. Te amo lo sabes.

-Sí, pero yo te amo más. –Replicó.

-No, sabes muy bien que es mentira. Sabes muy bien que soy la mujer que más te ama en el mundo, la única que te va a amar. No jodas más. –Le dije, y le sonreí nuevamente.

-No gordita, pero si te hace feliz pensar que vos me querés más, está todo bien. –A él no le gustaba perder, y para llevarle la contra soy mandada a hacer.

-Bueno… entonces nos amamos por igual, ¿Si?

-No, pero si te hace feliz, ya te dije… -Él sabía que había ganado ésta partida. Y su rostro se relajó, me pidió que recostara mi cabeza sobre su brazo, y me apretó fuerte contra su pecho.

Estar entre sus brazos era tocar el cielo, y no digo con las manos, sino que con todo el cuerpo entero. Respirar su aliento me hacia feliz, tenía el mejor aroma que existiese en el planeta. Me sentía todo el tiempo como en casa, tenía la tranquilidad de que ante cualquier ataque colérico de los que solía tener por mi demencia pre, durante, y post menstrual, él iba a estar ahí protegiéndome de todo, haciéndome saber que yo era la cosita más importante sobre la Tierra.
Me alojaba en él como una recién nacida, esperando sus caricias, sus palabras, su “algo” que provocaba que me olvide del mundo, de las guerras por el agua y el petróleo, de la pronta extinción del Sol, y lo que trajera la palabra problema.

A Dante lo conocí un invierno de dos mil cinco, y para fin de año ya nos habíamos declarado nuestro amor. Él no es el príncipe azul de la que todas las chicas iban a enamorarse, todo lo contrario. Es esa clase de príncipe azul al que todas las chicas van a huirle, y si no lo hacen, imagino que el padre de la muchacha en cuestión haría que él se escapara derechito y por la puerta sin mirar atrás.
Es de espíritu rebelde, pero a su vez tranquilo. Sabe donde parar, la mayoría de las veces. Es compañero, y voluntarioso. Dante es el tipo de hombre que por apariencia rea, una se escapa, pero cuando se lo conoce no se hace más que quedar en estado dependiente constante con él.
Siempre me ayudó con las tareas del hogar, mientras que en reuniones, los hombres se dedicaban a hablar de futbol, de política o de religión. Mi amor sabia muy bien que esas cosas no me interesaban en lo más mínimo. Siempre dependí mucho de él, al principio por comodidad. Luego, por amor.
De estatura mediana y juvenil para su edad, lucía un cuerpo pequeño y proporcionado, lograba reclutarme en él en los días de invierno. Sus brazos eran perfectos, eran una escultura, lo son, mejor dicho. Su pelo era un castaño mediano, rizado y corto.
Tenía la tez pálida con grandes, pero cuando digo grandes, me refiero a grandes y marcadas ojeras, de un color entre negro y morado bajo sus hermosos y gigantes ojos celestes, que reflejaban mi rostro cada vez que me miraba. Amaba sus ojeras, lo hacían perfecto.
El día que declaró su amor incondicional hacía mi, yo tenía apenas quince años, él era mucho mayor que yo y estaba nervioso, nerviosisimo. Estuvo hablándome junto a las vías del tren cerca de casa, en Avellaneda. Mientras pasaba un tren tras otro, con una botella de cerveza a la que estaba sacándole la etiqueta y haciendo papel picado con la misma, selló su amor con un beso. Con un beso que duró diez minutos. Un beso que él sabía iba a ser correspondido.
A partir de ése día no volvimos a separarnos… hasta que la muerte tuvo ganas de venir por mí, para hacerme firmar un pacto en el infierno, a dónde merecía ir, con el Diablo.

Capitulo número seis.
Dormir y despertar en la Morgue.

(flashback)

Y así como se lo prometí a Dante. Mientras el veía una de terror yo me puse a leer. Hacía poco había ido a la Capital, en dónde compré un libro que me pareció interesante, de la autora francesa Christiane Rochefort: “Celine y el matrimonio”. Leí la contra portada e inmediatamente me atrapó la historia. Parece ser que Celine, la protagonista, fue prostituta hasta que conoció a Philippe con quien se casó. Ella tiene que lidiar con la clase alta de parte de la familia del novio, que la presiona para que no sea tan “común”” en sus hábitos. Interesante, de hecho el precio lo fue aun más. Estaba en una pila de libros de remate, y no entendí por qué. Tenían tramas muy valiosas. No es que quiera insinuar que un libro caro es mejor que uno barato, pero me parece que el libro valía mucho más de lo que pagué por él.
Mientras leía, iba subrayando. Había citas totalmente llamativas que hacían que me identifique al ciento por ciento en ellas. Entre una de las citas estaba la siguiente que me llamó mucho la atención: “¿Porqué no te dejas crecer el pelo?, decía Philippe, me gustarías mucho más con el pelo largo, que al menos te haría aire de mujer, si me amaras, decía Philippe, podrías darme ese pequeño gusto.” Sorprendente, Dante muchas veces me pidió que me corte el flequillo, porque para él las mujeres debían de tener uno, sino todas iban a parecerle espantosas.
Pero yo odiaba los flequillos y a él lo amaba, sin embargo era mi pelo, mi cabeza, mi estética, no podía permitirme una cosa tal. En consecuencia, cada vez que salíamos tenía que soportar que él mirase a cuanta mujer con flequillo pasara. No era un hecho que pueda llegar a hacerme enojar a tal punto de dejarlo, porque algunas de las mujeres que miraba eran viejas de setenta años que tenían flequillo, por lo que deducía abiertamente que el tenía un gran fetiche con ese temita. Sin embargo, me fastidiaba demasiado, porque no sólo que miraba, además ponía mala cara y no hablaba en toda la salida, más que fastidiarme me hacia enervar. Y sí, me corte mil veces el flequillo, para darle un gusto, pero fue más fuerte que yo, y terminaba siempre, indefectiblemente con cuarenta broches en el pelo.
Dante se había quedado dormido viendo una película de zombies, Evil Dead del director Sam Rami, que a su vez dirigió prestigiosas películas como las tres de Spiderman.
Yo no quería quedarme dormida, pero mis ojos se estaban cerrando lentamente, haciendo que mis manitos se debilitaran por el sueño, y fue cuando, de repente, el libro cayó al piso y mi alma estaba parada al costado de la cama observando a Dante dormir como un niño, y yo, yo durmiendo placidamente, o pensando que dormía.

Había muerto. Tenía veinte años, toda una vida por delante de estudios, alegrías, más amor con Dante e hijos, a lo mejor hijos, pero estaba muerta, yacía fría sobre la cama que compartía con el amor de mi vida. Ahora sólo era un cuerpo muerto tendido sobre la cama, y un alma fuera de él. Un alma perdida, que no entendía como pudo pasar una cosa tan terrible. ¿Por qué llegó así mi hora?, si al menos hubiese podido despedirme… ¡No, no, no! ¡No puede ser! No es posible que esto sea así. No es posible que sólo haya muerto y nada más. ¿Qué estaba pasando? ¿Quién decidió que este fuese mi momento? ¡Tengo veinte años y una vida por delante! ¡Déjenme despedirme, sólo un minuto!

Después de horas de observar sentada sobre en el piso al lado de Dante, vislumbré que él se movía de un lado para el otro, durante cinco minutos no dejo de hablar entre sueños y moverse. De repente algo lo hizo sobresaltar, me abrazó sintiendo la baja temperatura en mi cuerpo, y a los gritos empezó a llorar. Por más que me moviese ya no podía hacer nada. Todo había terminado para mí, y de alguna manera, para él. La situación era casi inexplicable. No podía soportar esto, ¿A dónde iba a ir yo ahora? ¿Qué pasa cuando uno muere? La idea de estar separada del amor de mi vida me hacia enloquecer, iba a enloquecer. ¿Cómo haría para vivir separada de la persona que más amo en el mundo? Necesito llorar a los gritos, pero ya nadie me escucha. ¡Es tan frustrante!

Sin dejar de llorar, mis padres y mis hermanos, ya que vivíamos juntos, junto a Dante, entraron a la habitación. No entendían que era lo que pasaba, eran ya las cinco de la mañana y nadie comprendía nada, mi mamá en una hora tendría que irse a trabajar, mi abuela que nada escuchó siguió durmiendo.

Entre gritos y llantos, Dante le explicó que mientras dormía tuvo una pesadilla horrible:

Se encontraba en un oscuro túnel del cual yo lo llamaba desesperada. Le decía que dolía mucho, que era un dolor y un ardor tan insoportable que no podía resistirlo, que venga, que me ayude, que me saque de ahí. Yo no paraba de gritar, de adentro se oían risas, y salía un vapor que nublaba su vista sin dejarlo avanzar para concluir el rescate de manera exitosa. En un momento, me escuchó reír y burlarme de él, junto a otra gente que se me acoplaba y fue ahí cuando se despertó, me abrazó llorando, y se encontró con su sueño premonitorio hecho realidad. Yo había muerto. Mi piel estaba pálida y fría, el rigor mortis había comenzado a hacer efecto.

Mi mamá que no dejaba de llorar sobre mi cuerpo comenzó a darle patadas a la cama, mis hermanos estaban abrazados llorando, sin poder mirar hacía donde yo estaba, y mi papá… por primera vez en la vida vi a mi papá llorar, en silencio, solo, aferrado a sus sentimientos, a todo lo que no me dijo jamás.

Dante no paraba de gritar, mi mamá entro en shock junto a mis hermanos y salió de la habitación gritando, buscando el teléfono para llamar a una ambulancia, que a mi parecer, ya nada podía modificar.

Yo quería abrazarlos a todos, llorar con ellos, esto era una injusticia, una fatalidad de la vida, yo sabía que toda la gente muere alguna vez, pero ¿Por qué ahora?

Salí de la habitación traspasando paredes pensando que era un ángel, ¡Al menos me espera el cielo!

Subí hacia el techo por las escaleras en construcción al piso de arriba que estábamos haciendo con Dante y me quedé sentada mirando hacia el cielo oscuro, se me vino a la mente una frase hermosa de “El principito”: “Por la noche tú miras las estrellas. No te puedo mostrar donde está la mía porque es muy pequeña, es mejor así… algún día mi estrella será para ti una de las estrellas, entonces te encantará verlas a todas”. De mis ojos comenzaron a caerse las lagrimas… ojala alguien lea en el libro que Dante me regaló de El principito ésa frase subrayada y me recuerden por siempre. Quizá mi rumbo sea alguna de esas estrellas que estaba contemplando en ése momento.
Cortando todo tipo de inspiración, la ambulancia llegó a la puerta de mi casa. Los vecinos se asomaban por sus ventanas sin entender, y mi mamá lloraba con mis hermanos desconsolados en la puerta. Entré nuevamente a la habitación, y Dante estaba al lado mío, abrazándome tan fuerte como podía. Yo ya no lo sentía, no estaba dentro de mi cuerpo, pero podía verlo derramar lágrimas sobre mí, sin respiro.
A nuestro cuarto entro el médico, y los camilleros. Su respuesta fue inminente, bajo un gesto de sentido pesar, miró a mi novio y a mis padres. Ellos sin dejar lugar a dudas podían llenar un mar de llantos y se quedarían cortos.
Cuando los médicos forenses y la policía llegó a mi casa, mis hermanos estaban parados como maniquíes al lado de la cama, no entendían nada, solo lloraban, lloraban tan desconsoladamente que tenía tantas ganas de abrazarlos, de decirles que estaba… que yo estaba bien. Por supuesto que hubiese sido la más grande de las mentiras, pero simplemente quería darles paz, era inhumano verlos así.
Mi cuerpo fue trasladado a la morgue judicial para ser examinado y verificar la causa de mi muerte, mi madre se oponía totalmente a que abran mi cuerpo, y tras gritos subió a la ambulancia que haría el traslado.

Tres días estuve reposando sobre una camilla en la morgue. Una vez que entré en la habitación dónde realizarían mi autopsia no pude volver a salir, quería ir con mi familia, estar con ellos aunque verlos así significara una tortura para mí. Eso partía mi corazón en mil pedazos. Quería estar ahí.
Cuando era chica, decían que si alguien moría, su alma iba a estar dando vueltas, y si en algún momento sentías una presión muy fuerte en el pecho al recordar, era porque la persona fallecida había tocado tu corazón, para reponerte, para aliviarte, para que el pésame sea más corto, para que empieces a memorizar todos los momentos lindos.
Cuando mi abuela materna falleció en un accidente ferroviario me lo dijeron por primera vez, y créanme que sentí una presión en el pecho tan grande que provocó que me auto abrazara para poder sentirla más dentro mío, y no dejarla ir jamás.
Ahora yo necesitaba hacerles ese favor a todas las personas que me amaban.
Mi mamá ya había tenido una perdida muy grande que la desestabilizó por años, yo no quería ser la causante de una recaída más. Necesitaba darle paz.
Mi papá estaría ahogado en penas, extrañando nuestras peleas. Necesitaba darle paz.
Mi hermana y mi hermano apenas tienen catorce y diez años respectivamente. Necesitaba darles paz.
Y Dante, Dante me amaba con tanta pasión que ahora mismo estaría intentando suicidarse de no ser por que alguien lo estuviese conteniendo en

estos mismos momentos. Necesitaba darle paz, y decirle que lo amo con toda el alma, que a pesar de todo, en algún lugar lo iba a esperar.
Sin embargo, por algún extraño motivo mi cuerpo no podía atravesar el umbral de la habitación de la morgue en donde se encontraba mi cuerpo desnudo, tapado con una sabana blanca. ¡Tenía un numerito colgando atado en la punta del dedo gordo de mi pie! ¡Aquí soy sólo un número! ¡No les importa que yo tenga familia, que la gente que me ama sufra… sólo soy un maldito número! En definitiva y pensándolo mejor, mucha gente muere, y esa es una realidad, no podía ser tan terriblemente egoísta.
Sólo quería irme de acá, si esto me iba a torturar tanto, entonces, simplemente quería desaparecer y rápido.

Cuando los médicos forenses que realizaron mi autopsia entraron al cuarto, me asusté. Y en el momento que destaparon mi cuerpo mi mirada se dilató, haciéndome entrar en pánico. Mi cuerpo estaba blanco y morado. En donde sea que me encontrase, quiero decir, en el plano del universo en el que estuviera, temblé. Realicé un temblor excesivo de mi persona, si así podía llamarlo.
En cuanto uno de los especialistas tomó el bisturí, me metí bajo la camilla y me tape los oídos, cuando de repente una luz apareció ante mí, cegándome. Me dirigía hacia ella casi sin pensar, por inercia. Pero lo que antes me pareció ser una luz brillante, llena de armonía, comenzó a desvanecerse mostrando lo que éste escenario era al fin: El infierno propiamente dicho.

Capitulo número siete.
Las chicas buenas van al cielo, y las malas no.
(flashback)

Ingresé en un cubículo negro, engañada por una luz que en su principio logró mantenerme casi ciega. Debí sospechar que en el Infierno estas cosas del engaño eran bastante comunes. Pero… ¿Qué sabía yo sobre el infierno si ni siquiera creí alguna vez en cosa tal? Escuchaba voces reír, como Dante describió su sueño a mis padres el día que fallecí. Pero ahora yo no podía gritar para que el príncipe viniese a mi rescate, de hecho y en consecuencia, yo estaba gritando, pero mi voz no se reproducía. Era como un disco mudo.
Comencé a correr tan rápido como pude, sentía que mis piernas eran más ágiles que de costumbre, pero al instante, por más que corriese, no estaba dirigiéndome hacia ninguna parte, era como si nunca avanzase, como si estuviese todo el tiempo en el mismo lugar. Miré hacia atrás y aquella luminosidad que resplandecía en mi espalda había desaparecido. Ya no veía ni a los médicos, ni a mi cuerpo muerto, ni nada de nada, todo aquel infierno terrenal se había esfumado, y lo que antes me parecía espantoso, ahora, podía caratularlo como el mismo paraíso. Al fin y al cavo ¿No era eso lo que yo quería? Esfumarme completamente, quizá este sea el paso correcto para desaparecer de una vez por todas. Acabaría de una buena vez. Y para ser honesta, descender hacia el sótano del infierno no es algo que me pase todos los días, no es algo que yo anhele. Entonces me detuve, paré con la estúpida idea de seguir corriendo hacia ningún lugar, y fue ahí que comenzó el terror.
Mis piernas se paralizaron y comencé a sentir un calor insoportable. El infierno verdaderamente ardía como fuego. Miré hacia mí alrededor y sólo escuché risas, risas siniestras a mí entender, todo era negro, y no me refiero a oscuro, sino negro, parecía metida en una caja hermética. Las paredes negras, el techo negro, el piso negro, no había iluminación por ninguno de los lados en donde mirase.
Todo fue demasiado malo, pero lo peor no había llegado, todo se iluminó y era muerte, por donde mirase había muerte. A lo lejos vislumbré a un hombre con una cara llena de rasgos perfectos. Su belleza era el único decorativo en toda la sala viciada en humo que venía de todas partes. Su mirada era cautivante, y sus facciones, eran semejantes al hombre perfecto. No dejó de contemplar con su cara turbada y llamativa todos mis movimientos, mientras me acercaba hacia él casi como fuerza de un impulso. Su piel era de un color normal, parecía alto sentado desde su sillón estrafalario y antiguo en el que reposaba. Su pelo era lacio y corto, muy oscuro, su nariz estrecha y alargada lo hacia ver más fino de lo que era y entre su túnica negra bordada con ovillos de oro alargó su mano y me invito a acercarme, más de lo que estaba.

-Viniste. –Dijo, seguro de que la espera había sido ardua.

-¿Por qué? –Mi pregunta a estas alturas, ya carecía de valor alguno, nada se podía hacer, condenada al infierno de por vida, supuse.

-No entiendo tu cuestionamiento, siempre la misma pregunta insulsa, ¿Es que en estas épocas ya nadie es cortés? He preparado esta bienvenida querida Amanda por largos años, ¿Y me pagas de esta forma? –Estaba realmente disgustado.

-¿Quién demonios sos? –Estaba enfurecida, cualquier persona a la que alejen de su familia va a enfadarse sin medir consecuencias.
-Yo que vos no usaría tan inadecuadamente el termino “demonios” acá adentro. –Me recomendó, como si me recomendara que marca de zapatillas comprar, o con que shampoo lavar mi cabello.

-Así que… sos… -Dudé, ya que estaba sacando conclusiones demasiado apresuradas.

-Si querida, lo soy, soy el Diablo. ¿Esperabas encontrarme maquillado de rojo con cuernos sobre mi cabeza? Por favor, ¡Deja ya esas historias! Por siglos y siglos tuve que soportar escucharlas, ya es un poco trillado y aburrido.

-No… es que, estoy tan confundida… ¿Por qué me condenaron al Infierno? ¿Por qué ahora? –Lloré, en este último día lloré tanto, que sentía como mis ojos se hinchaban.

-Vamos a ver, toma asiento Amanda… -Y de repente aparecieron dos hombres, de aspecto pálido y tenebroso a acercarme una silla. Una silla totalmente antigua. Y empecé a mirar a mí alrededor. Todo era antiguo, por primera vez desde que se hizo la luz acá dentro, comencé a mirar lo que me rodeaba. Era una construcción de mera antigüedad según mi ojo crítico. Situada en… en algún plano del mundo, que desconozco, e incluso, si no fuese porque sé que esto no es un sueño, no lo creería. Las paredes eran color piel, altas, demasiado altas, con cuadros del ¿Renacimiento? Me parecen demasiado nuevos, teniendo en cuenta la antigüedad que debe tener un lugar como el infierno para que sea del Renacimiento, pero me sonó a eso, y así lo describiré. Cubierto de sedas se encontraba un vestíbulo que aparentaba ser una gran mesa, cinco familias podrían comer alrededor de ella. Con accesorios para té, más que antiguos y refinados, la decoración era un lujo, el infierno se veía bien, aunque, me daba la sensación como si fuese el escenario de una película de terror, de todas esas películas, en la que la doncella se perdía en un prado y encontraba una antigua casa, entonces un hombre muy apuesto la invitaba a entrar, y a partir de ahí toda una serie de actos terroríficos que no quisiera ni relatar.

-Amanda, vamos, deja los sueños para más tarde, ahora préstame mucha atención, y toma asiento, por favor. –Me dijo, y todo el cuento fantástico o de terror que había imaginado mi mente desapareció.

-Sí. –Asentí agobiada por mis pensamientos.

-El hecho acá es… -Y tomó una pausa. –No entendes el por qué de tu llegada. Bueno, es muy simple, no voy a explayarme mucho al respecto pero si te voy a comentar los puntos claves. Es muy simple, no tuviste tiempo de arrepentirte

de las cosas que hiciste, mejor dicho, jamás renegaste de tus actos, querida Amanda, no te sientas mal, te haría bien saber que no sos el único ser desalmado que no se arrepiente de sus errores.
Si bien te sentiste muy mal por haber engañado a Dante, muchas veces, no diste lugar al arrepentimiento, y seguiste haciendo cosas que una persona no debe hacer. –Estaba estupefacta de escuchar al Diablo dar lecciones de lo que hay que hacer y que no, y de escucharlo nombrar al amor de mi vida, mi garganta se hizo un nudo, no podía pronunciar palabra, sólo escucharlo, atenta, palabra por palabra, mientras mis ojos se ensanchaban más y más y el corazón se hundía sin dejar rastros. –Pero como te decía eso sólo fue uno de los puntos fundamentales.

-¿Puntos fundamentales? ¿Qué tipo de Diablo sos? Yo no pensé que el diablo se encargara de juzgar a la gente por lo mal que hicieron sus cosas… y a pesar de no creer, en todo caso pensé que Dios lo haría. Pensé que el decidía. –El diablo largo la carcajada mas alta que había oído jamás, haciendo que hasta el piso temblara, ya no sabía que pensar, a lo mejor esto era una buena señal, pero a lo mejor… -Mi pensamiento voló.

-¡Hay querida amiga! ¡Tu mente vuela a kilómetros inimaginables! ¿Es que acaso no logras comprender? Yo en ningún momento dije que lo que hiciste en tu vida haya sido malo, jamás te juzgué, de hecho, dejame decirte que fueron cosas muy divertidas… ¿A quien no le gusta disfrutar de las drogas y de amores prohibidos? ¡Por favor Amanda, eras adolescente, y como tal te gustaba divertirte! ¿Qué hay de malo en eso? Sin embargo, es por eso que estás acá. Como bien sospechaste, a pesar de tu no creencia, el hombre más barbudo del mundo según el record Guiness del infierno –Y volvió a reír. –Es quien toma este tipo de decisiones. Es un aburrido por excelencia, pero por suerte, y para mi beneficio, manda acá a la parva de gente más divertida que existe. Todos los que saben disfrutar. Deberías estar contenta por ser la elegida, querida amiga.

-¡No, no no, mil veces no! Yo no hice nada malo, me equivoqué, lo siento, no sabía lo que hacia, estaba confundida, comencé a juntarme con mucha gente que me hacia mal, vinieron las drogas y bueno… yo, yo no pude evitarlo, ¡Pero nada más! ¡Sólo me hacia daño a mi misma! –Dije desesperada, todo esto no podía estar pasando.

-¡Ja, ja, ja! Qué chiste tan divertido, no obstante Amanda, dejame recordarte el punto fundamental. La monogamia no es algo que esté permitido en el país que vivís. Y creo que recordarás demasiado bien a tu querida Violeta, a la persona que le rompiste el corazón de manera tal que se hundió en una depresión profunda, el día que desapareciste, sin dar explicaciones. ¿Acaso no recordas las cosas que no te convienen? Aunque… ahora que memorizo, ¡Dante! ¡Por el Infierno, Dante! A él si le hiciste un verdadero mal, aunque por razones obvias jamás se enteró, mantuviste oculta tu homosexualidad bastante tiempo como para hacerle creer que él fue tu único amor –Y comenzó a reír de tal manera que me fue imposible más que a los gritos explicarle lo siguiente:

-¡Eso es mentira, es una total mentira, yo no soy homosexual, y si lo fuese estaría orgullosa, yo sólo la quería a ella, ella me gustaba! ¿Por qué se empeña a poner todo en mi contra? Yo se que hice muchas cosas mal, pero fue en nombre del amor. Estaba confundida, las cosas no estaban yéndome bien y apareció ella en mi vida, apareció para quedarse. ¡Me enamoré, nos enamoramos, yo siempre fui muy fría con ella, lo admito… pero todo tuvo que acabar, porque elegí, y lo elegí a él, sólo a él! –Hice una pausa para tomar aire y proseguí desacatada por la furia y la desesperación:- Y de Dante, ¡No se atreva siquiera a mencionar su nombre! Suena horrible saliendo de su boca. A él lo amo, y lo voy a amar toda la eternidad, en el Cielo o en el Infierno, él va a ser único para mí, no hay nada que pueda hacerme olvidar el gran amor que tuvimos. Durante toda mi vida soñé con el hombre que me haría feliz, y lo desaproveché, pero todo fue en nombre del amor.

La furia izo que me fuera de si. Navegué años atrás, en mi mente desde que fallecí estuvo Dante, como siempre, a pesar de todo, pero no pude evitar recordar una de las razones por las que estaba acá: Violeta.
Aunque en realidad, no me refiero a ella como la culpable, sino que a mi misma, pero fue su amor que hizo irresistible el fijarme en ella.
Después de la primera vez que nos besamos en mi habitación, en uno de los tantos momentos que ella se quedaba en mi casa, hablamos poco respecto a lo sucedido, algunas miradas encontradas lo decían todo. Seguimos tocando en las ruthless girls ante públicos extraordinarios, verdaderamente brillábamos entre todas las bandas, y aunque no éramos reconocidas mundialmente, logramos salir en diarios y revistas locales muy importantes. Pasábamos la mayor parte del día juntas, y me refiero a Violeta, Nazarena y yo, que integrábamos el grupo, obviamente cuando podía arreglármelas con Dante, ya que detestaba mis ausencias.
Muchas noches después de lo sucedido aquel dos de Abril en mi casa, entre Violeta y yo, nos quedábamos a dormir conjuntamente en lo de Nazarena, que disponía de una amplia casa para nuestro disfrute y desvelo.
Ahí no había cosa que no hiciésemos, tomábamos alcohol, aunque yo después de un tiempo desistí y comencé a tomar gaseosas o simplemente jugos; nos drogábamos y mirábamos programas de humor bizarro hasta altas horas de la madrugada. Todo para mi era normal y divertido. Y por más que amara a Dante con toda mi alma, algo en mí hacia que lo engañe una y otra vez. Y me advierto, definitivamente no voy a culpar a las drogas.
Hubo una época en nuestra relación, en la que estuvimos mal, definitivamente mal, algo había pasado que nos hizo separar anímicamente, aunque no sabíamos qué. Las idas y vueltas con él en la relación, hizo que yo buscara refugio en otras cosas o personas como lo fue Violeta, hizo que yo tomara ciertos métodos equívocos a la hora de manejarme. Me aferré a drogas que me hicieron bien por un tiempo, pero luego comenzaron a dañarme. Tomar cocaína me mantuvo “feliz” varios meses, hasta que empecé a sentir que mi cuerpo necesitaba más. Finalmente, me había vuelto una adicta.
Le robaba plata a mi familia para proveer mis vicios, y eso me hacia sentir extremadamente mal, sin embargo, jamás dejé de hacerlo. Pensándolo mejor, quien sea que me haya mandado al infierno, tuvo razón de hacerlo.

Las peleas con Dante eran inminentes. No parábamos de hacernos daño. Y yo, cada vez más lejos de él, seguía equivocándome y dañando a la gente que me rodeaba.

De todas las veces que nos quedamos en lo de Nazarena después que pasó lo que pasó con Violeta, nunca hicimos más nada. Cada una se daba vuelta contrapuesta con la otra y nos ignorábamos. Pero había una fuerza dentro de mí que decía “¿Por qué? ¡Vamos estoy acá, date vuelta, dame un beso, tocame!” Jamás paso cosa tal, al menos hasta ese momento.
Después de un mes de lo ocurrido, ella volvió a quedarse en mi casa, y al fin, y de una vez por todas pasó lo que de alguna manera, ambas queríamos.
Cuando me di vuelta en la cama, ya que dormíamos juntas cada vez que se quedaba, ella me rodeo con su brazo, frágil y delicado. Era más suave de lo que yo pensaba. Y ahí comenzó todo. No hice más que darme la vuelta, nuevamente, para que ella este esperándome con un suave beso proveniente de sus suaves y esponjosos labios.
El beso fue correspondido con uno más apasionado aun. Yo, al haber estado con un hombre, no sabía como tendría que hacerlo con una mujer que era virgen, ya que Violeta a diferencia mía sólo había estado con mujeres. Pero me di cuenta al instante que ella se apartó bruscamente de mi lado, algo no andaba bien, o yo estaba haciendo algo mal. Sin embargo, con toda la suavidad que la caracterizaba en los actos sexuales, que fui comprendiendo con el tiempo, comenzó a besarme nuevamente, e intuí que deberíamos comenzar de nuevo.
Sus manos recorrían mi cuerpo, tan dulcemente, que me imaginé en el cielo, bailando y cantando con los ángeles. Paralizada, entre la penumbra que entraba por mi ventana, contemple su rostro excitado, sus ojos parecían dilatados, y hallé en Violeta, verdadera belleza. Ella era una chica de diecinueve años con piel de porcelana, cabello rubio y lacio, corto hasta el hombro, su rostro era delgado y sus dientes blancos como la nieve, que iluminaban su amplia sonrisa. De personalidad firme y orgullosa, ella me había mostrado que también podía ser dulce, tierna y sensible, que por supuesto, fue algo que sólo yo descubrí, por que para el mundo, sólo era una persona altanera y despreciable.
Sin saber como ni en que momento, pude sentir como se movía sobre mi, pegando su cuerpo contra el mío y vestidas aun, comencé a sentir su mano meterse bajo el pantalón de mi pijama muy lentamente, casi con vergüenza. Metí mis manos por debajo de su remera, pretendiendo desabrochar su corpiño, pero ella me corrió. Sus senos eran mas que pequeños, y supuse que tendría cierto complejo al respecto, pero a mi no me importaba, ella me gustaba así. Yo también quería tocarla, y no me animaba a ir más abajo, jamás lo había hecho y tenía miedo de que no le gustara la situación.
Después de diez minutos Violeta metió sus dedos muy lentamente, causándome el jadeo más placentero que jamás había experimentado… al menos con una mujer. Ella estaba feliz, lo noté en su cara, entre las sombras de la habitación la escuché gemir al lado de mi oído. Tome su rostro con mis dos manos, y le acaricié suavemente la nuca, en ese momento adivinándolo supe que era su parte débil, o que ya estaría en el punto culmine de excitación, porque su cuerpo empezó a moverse mas rápidamente sobre mi pierna, la cual

tenía doblada sobre la cama, y terminamos, abrazándonos durante toda la noche.

-¡Amanda! ¡Amanda! ¡Vamos! ¿Qué sucede, querida? Tu mente esta viajando muy lejos… No me importan tus objeciones. Aquí estas, ¡A disfrutar! –Todo tipo de inspiración que me hacía pensar en otra cosa se cortó, tras los gritos del mismísimo Diablo.

-Sólo estaba… Recordando. –Susurré, y sentí mi cara palidecer.
-Así que todo se trata de recordar, ¿No es cierto? –Su cara mostró un gesto de alegría y picardía.

-Correcto, creo que siempre fui… -Él interrumpió.

-¿Masoquista? –Me dijo sin dudar.

-Eso creo. –Alegué.

-Bien entonces, querida mía, tengo algo que podría llegar a interesarte. De hecho te encantará. –Mis ojos, al oír tal proposición, que en verdad no había sido explicada, pero lo sería en breve, se abrieron lo más que pudieron, y casi me pongo de rodillas para suplicarle explicaciones.

-¿Qué clase de propuesta? –Dije, haciendo que una letra del abecedario se pise con la otra, del apuro y la impaciencia.

-Bien, comprenderás que no soy el único ser sobre natural que hay sobre el planeta. Comprenderás además que los cuentos de terror existen, como también los fantasmas… y los vampiros. –Su última palabra fue resaltada con un gesto indescriptible.

-¿Vampiros?

-¿Pones en duda su existencia, pequeña amiga?

-No, es que… sólo es que… es todo muy confuso, yo siempre fui muy rara, y me interesé en temas poco comunes, pero esto es… esto es demasiado. Hasta hace unos días atrás yo era feliz, mi vida había tomado rumbo y mis planes eran maravillosos, hoy me encuentro en la casa del Diablo, tratando de efectuar “pactos” y hablando sobre vampiros. Es muy extraño. –Mis palabras eran lentas, pero concisas.

-Ja, ja ja, tu sentido del humor Amanda, es de verdad de lo mejor que escuché en mis tantísimos años. –El diablo parecía feliz. Genial. Ahora sí no entiendo nada. Él prosiguió en su discurso:- Entonces querida, sabrás que los vampiros son seres inmortales, su alma está condenada a vivir toda una eternidad, por consiguiente, es por eso que carecen de alma, precisamente por que no les pertenece.

-No me interesan oír historias fantasiosas… La vida para mi terminó, es todo tan absurdo… desearía mil veces estar muerta. –Dije con pesar de ésa última palabra a la que estaba condenada.

-Y lo estás querida… ¿Pero te gustaría estarlo…por toda la eternidad? –Su sonrisa parecía la del gato de Alicia en el país de las Maravillas.

-¿Ser un…vampiro?... ¿Volver con… con mi familia? ¡Abrazar a Dante! ¡Decirle que lo amo más que mucho!
-Oh no no, querida… eso es algo de lo que vas a tener que abstenerte… -Fue severo.

-¿Por qué no? ¿En que me vería beneficiada entonces? Mi mundo no existe sin la gente que amo. –Le grité.

-Amanda, comprendo las dificultades que les provoca a ustedes los humanos exponerse a este grandísimo reino.-Dijo demasiado orgulloso para mi gusto, y prosiguió: -Pero debes entenderme, será mejor así. No vas a querer aparecerles por ahí de sopetón, tu belleza incrementará, tu piel se pondrá pálida, dado a que en tu cuerpo, la sangre se reemplaza por la ponzoña del Ser como vampiro, dando un aspecto de muerte, pero no por eso menos bello. Vas a ser fuerte e indestructible, no creo que quieras ver a tus padres, e incluso a tus amores morir con el paso de los años…

En su cara vislumbré la maldad personificada, al fin de cuentas él era el Diablo, y no podía esperar menos que maldad. Estaba otorgándome a mí la inmortalidad para volver a la Tierra, pero con uno de las peores maldiciones, que hasta el día de ayer sólo leía en las novelas: Ser un vampiro. Y aun peor, era una locura presentarme en mi casa, como si nada hubiese pasado, diciendo "¡Hola mamá, hola papá, soy una chupa sangre y vengo desde el infierno!". Necesitaba estar con ellos, sentir su presencia… era momento de decidir y yo estaba muy confundida.
A lo lejos en esa gran habitación una voz que desconocía, masculina y sensual atravesó de un solo vuelo la distancia que nos separaba. No pude percibir sus movimientos con claridad, pero en un pestañar estaba a mi lado.

-¡Ya basta, estamos perdiendo tiempo!, mi trabajo ya está hecho y necesito terminar con lo que empecé. Nos vamos, me la llevo. –Su petición fue una exigencia.

¿Quién es capas de hablarle así al mismísimo diablo?, ¿Quién se atreve a levantar la voz ante el Amo de las tinieblas? ¿Aquel hombre de increíbles rasgos era mi salvador, o el me condenará de por vida? ¿Es que acaso esos dos términos podrían soportarse en una misma oración?

Capitulo número 8
¿Perderías tu alma?
(flashback)

Aquel hombre misterioso que hablaba y se dirigía al Diablo como si yo le perteneciera, me tomó del brazo y comenzó a arrastrarme velozmente, mi respiración se detuvo al ver que toda la vista del lugar desaparecía a su paso. Era como estar en un verdadero cuento de terror, y fue entonces cuando me repetí a mí misma "Esto es el Infierno ¿Qué otra cosa podría esperar?" Sin embargo por más que yo quisiera, mi mente humana no podía comprender la magnitud de esta situación. ¿Acaso yo era el único fenómeno, que al pisar las puertas de el que ahora probablemente iba a ser mi hogar, no tenía ningún tipo de poder sobrenatural?
No tengo ni la más remota idea de cual fue el trayecto recorrido, sólo se que sobre sus hombros, el paisaje era una nebulosa, debido a la rapidez sobrehumana con la que andaba. Sólo sentí al rosar con él, en una parte de su piel que tenía al descubierto, que mis manos se helaban al simple tacto con éste misterioso desconocido. Debe ser todo un privilegio estar acá y no sufrir del terrible calor que acecha, el vapor parece salir desde las paredes.
Pero debí de suponer que nadie escaparía del Diablo, y peor aún, al intentar hacerlo no saldría con vida, porque además ni siquiera estábamos vivos. En cuestión: me era muy difícil todavía aprender a manejar esos significados de los que tendría que ir olvidándome. Quizá ahora la muerte iba a comenzar a ser mi nuevo estilo de "vida" pero todo es muy confuso como para caratularlo o etiquetarme en alguna terminología correcta.
Supongo que el Señor Diablo se tele transporta de un lugar a otro, porque no creí que alguien jamás superara la velocidad de mi comandante, sin embargo acá las posibilidades son infinitas, y al llegar a una habitación repleta de sonidos mórbidos, el Rey supremo de las tinieblas estaba esperándonos con una sonrisa, la cual no supe si tomar como buena señal, o todo lo contrario.

-Benicio… -Dijo el diablo. Bien, al menos avanzamos, se que mi protector o mi entregador se llama Benicio. Y continuó con su plática: -De no ser por lo útil y fiel que fuiste conmigo por años y años, ya te hubiese carbonizado al primer pie fuera de lugar que hubieses dado con ésta cosa. –Dijo con aire de superioridad, señalándome.

-¡Yo no soy ninguna cosa! –Mis nervios se crisparon.

-¡Ya calla Amanda por favor, no seas tan insolente, que hable, quiero escuchar! –Me dijo Benicio, como si me conociera de toda la vida.

-Veamos, el trato establecido hace años hablaba de una cosa, y veo que no lo estamos cumpliendo. Acá la tenes ¡Y hasta me siento estupido por ser cumplidor y llamarme a mí mismo hombre de palabra con un súbdito, un ser

que nada vale comparándose a mi lado! ¡Qué demonios, acá soy el Rey!... Sin embargo, tu servidumbre ha sido de mucha ayuda querido amigo, y no tengo más que agradecer por haberme hecho de sequito durante tantos años, que más da… -El diablo hablaba muy lentamente, como si nosotros fuésemos alumnos de primaria.

-¿Qué parte de esta conmovedora historia estoy perdiéndome? ¡Déjenme terminar de morir en paz! –Grité eufórica.

-Temo que no hay paz para los de tu raza, pequeña… pero eso no es algo que tengas que agradecérmelo a mí. –Lo que dijo, no importa lo que signifique, me sonó a sarcasmo.

-¿De mi raza? Por dios, yo hablo español, no entiendo nada, no entiendo su lenguaje ni sus chistes internos, y si están hablando de mí ¡Exijo que me digan que es lo que se traen ustedes dos! –Me sentí absurda por un momento, así es como regañan las madres a sus hijos… como me hubiese gustado ser madre y retar a un hijo, pero esto estaba lejos de ser una situación similar, y necesitaba controlarme al instante si no quería terminar carbonizada, ya que parece ser el castigo de moda en el infierno.

-¡Basta ya, se lo suplico Señor, necesito acabar con esto de una vez! –Su voz parecía dolida, quebrándose a cada momento más, y su piel… su falta de color, su rostro era… su rostro era muy hermoso, verdaderamente. Y su mirada, quien sea que lo mirase por única vez no podía alejar la vista de esos ojos penetrantes. Pero lo observé mirarme y correr la vista con total y sumo desprecio, que me sentí mal, tuve puntadas en mi estomago al observar tal rechazo. ¿Qué era lo que le pasaba? Recién me conocía y sin dirigirnos palabras ya me odiaba. Lo noté en su rostro. Pero aun así, muy en el fondo pude observar que había algo más, algo de lo que yo no estaba enterada, y presentía que sería fatal.

-Bueno entonces… mordela. Es muy simple. –La cara del Diablo se turbó de felicidad. Parecía que en cualquier momento se iba a dar un show impresionante, al que no podía faltar, y hasta se lo notaba excitado.

-¿Qué? ¿Cómo….cómo no me había dado cuenta? ¡Vos entonces sos un vampiro! ¡Por eso tanta introducción de parte de él! –Y señalé al Diablo mientras mis palabras comenzaron a pisarse unas a las otras como me había sucedido anteriormente. –Esto no esta bien, esto no esta nada bien, no puedo creer, mi vida se volvió una locura, estas cosas no pueden pasar realmente… -Mis palabras eran penosas, yo misma me daba lastima, morir de esta manera, suplicando piedad… eso no iba conmigo.

-Amanda, por favor… es la única manera de que te quedes conmi… -La última palabra del vampiro quedó por la mitad, pero yo entendí muy bien su significado. El había querido decir “Es la única manera de que te quedes conmigo” ¿Qué quiso decir? ¿Por qué ese interés? ¡Ni siquiera nos conocíamos! Mi mente estaba cansada de recordar esa última frase.

En el salón se escucharon las risas y aplausos del Diablo cortando el clima y acotó:

-Vamos Benicio, no hay lugar para Romeos acá, así que si tu Julieta está decidida, simplemente mordela, y si no… mala suerte, todo este trabajo en vano, y vos ya sabes cual sería tu condena. –Fue severo, más de lo normal, esas palabras significarían destrucción total, y de alguna manera Benicio me inspiro confianza, a pesar de sus miradas lúgubres, a pesar de que no lo conocía, a pesar de eso, no podía dejar que echen a la hoguera a la única persona que me tomó en brazos e intentó sacarme de ahí. Por más que estemos condenados de por vida, debía tomar una decisión urgente, y pensándolo bien, quería vivir, aunque eso significara de alguna manera morir.

Así que sin dudarlo me apresuré:

-¿De que se trata ésto? Quiero decir… ¿Qué tengo que hacer? –No dudé ni un instante, al fin y al cavo ya estaba muerta, y cualquier cosa iba a ser mejor que soportar a este viejo durante toda una eternidad. Prefería convertirme en una adicta a la sangre antes que vivir en este Infierno. Y además, le devolvería el favor a Benicio, que arriesgo su vida por mi al querer sacarme de acá, o al menos eso creo que intentó hacer, sino nada lo justificaría.

-Sólo una mordida Amanda… es muy simple, voy a resumírtelo antes que tu querido Superman lo haga largo y sentimental. –La mirada del demoníaco Ser se cruzo con la de Benicio, parecía que estuviesen por batirse a duelo en ese mismo instante, sin embargo el Diablo siguió y yo, atenta, lo escuchaba palabra por palabra: -Benicio te muerde, apareces en algún lugar de la Tierra que sea propicio para que puedas hospedarte, él va a tu búsqueda, te alimentas adecuadamente, y desentierras tu cuerpo donde fuese que lo hallan sepultado, te encargas de que Benicio lo saque del cajón y luego tu alma, o sea, lo que está presente aquí ante nosotros se mete dentro del mismo. Una vez que tu Superman cierre el ataúd y lo tape con tierra tal y como estaba antes de la profanación, tu cuerpo reaccionará por primera vez como un completo vampiro, es decir, la transformación estará consumada al ciento por ciento.

-Por el amor de Dios, que poco tacto. –Dijo mi protector, indignado.

-No, no, no querido amigo, acá sabes que el termino Dios es mala palabra. Y no nos gustaría ser groseros ante una dama, ¿O sí? –Fue irónico nuevamente, era casi insoportable.

-Es… total… mente… desagradable. Tener que ultrajar mi tumba ¡Alguien se va a dar cuenta! Y mi alma, ¿Qué hay respecto a eso? ¿No es que al entrar acá mi alma se perdía automáticamente?

-No hasta que tengas un destino… -Dijo Benicio, con pesar.

-¿Entonces, éste es mi destino? ¿Convertirme en un Ser sin alma ni sentimientos? –Pregunté confusa.

-No, precisamente no tiene porque ser así. –Anuncio dolido, su voz era seductora, él verdaderamente valía la pena, él era de los buenos, como los hay en todo el mundo, él era un Ser solitario, valía la pena éste sacrificio, y como ya dije anteriormente, estábamos muertos, no hay nada peor que eso. Al menos, siendo una vampiresa y viviendo en la Tierra, no me sentiría tan… sí, tan muerta como me siento ahora. Al menos podría ver como mi familia sigue su camino, como Dante es feliz al lado de una mujer que pueda amarlo. Aunque esto último iba a dolerme demasiado.

-Bueno… Entonces, ¿Se cierra el trato, querido? –Sus manos se pusieron como para aplaudir, pero creo que la tensión de la situación no dio para más. Y antes de que Benicio pueda interrumpirme, como noté en fracciones de segundo que lo estaba por hacer, contesté:

-Más que seguros, el trato está sellado, cuanto antes lo hagamos mejor. – Dije, dando la orden.

Me dirigí para encontrar la mirada de mi salvador, quien me tomó en brazos suavemente, como acariciándome mientras su respiración se encontraba con la mía, no sentía su corazón latir, pero si éste pudiera hacerlo, presentí como de inmediato hubiese saltado fuera de su cuerpo.
Su mirada rozaba la lujuria, y entonces, percibí su dulce aliento enfriar mi rostro completamente, dejándome sin respiración.

<u>Capitulo número nueve.</u>
El Infierno está encantador ésta noche.
(Flashback)

Titulo y prefacio del noveno capitulo pertenencia de los Redonditos de Ricota.

¿Puede alguien decirme: “Me voy a comer tu dolor”, y repetirme, “te voy a salvar esta noche”?
¿Por qué no te dejas de pensar en labios que besan frío, para cerrar un ojo y ver cuántos cuernos tiene el Diablo? El Infierno está embriagador esta noche.

*

Estaba recostada en un diván que valía más que mil casas juntas. Alargado y con ondulaciones en sus puntas, talladas sobre la madera. Mi cuerpo reposaba sobre un suave colchón que se amoldaba a su tamaño y forma, en color rojo sangre. Todo estaba oscuro y se escuchaba música instrumental con pianos y violines, como en una noche romántica. Las luces estaban bajas, esto parecía un hotel cinco estrellas más que el Infierno, y volví a suponer que eran las consecuencias de vivir acá: hacerte creer que todo estaba genial hasta que en hechos, pasaba todo lo contrario.
Sin embargo y pesé a la comodidad impartida solamente para mí en ese momento, me sentía mareada, demasiado confundida como para discernir cualquier tipo de jugada proveniente de cualquiera de las dos personas que me rodeaban, no obstante, al repetir en mi cabeza “dos personas” me di cuenta que a mi lado, se encontraba Benicio, mi vampiro protector, tomándome de la mano, y en su cara toda expresión desapareció al encontrar su mirada con la mía. ¿Qué era lo que estaba pasando? ¿Porqué él quería salvarme, y sin embargo su actitud mostraba lo contrario?
Sus manos estaban congelándome de pies a cabeza, y no estaba exagerando, tocar su piel era estremecedor, era tocar a… sí, a un muerto. Pero yo también lo estaba, y rezongué por mis adentros al admitirme de manera tal. Benicio, al sentir el temblor en mi cuerpo, me soltó de manera brusca y se acerco a mi oído, lentamente, y su cara, por primera vez se mostró angelical. ¿Cómo era posible que un vampiro sin alma me mostrara su lado sensible, después de mostrarse agresivo y distante? Estas cosas pasan cuando hay mucho amor de por medio, y a pesar de tener muy en claro que jamás en la vida lo había visto, sentía que lo conocía desde siempre. Su sola presencia me hacía sentir protegida, por momentos creía estar como en casa.
Confiaba rápidamente en las personas que me rodeaban, y ese era mi gran defecto, pero esta vez era distinto. Esta vez sabía que estaba del lado de los buenos, aunque ese razonamiento contiene algo de ironía estando dentro de las tinieblas. Y después de tanto contemplar sus ojos tan cerca de los míos, se alejó, mostrando la frialdad que brotaba de repente, a cada momento.

-Prometo… prometo hacerlo fácil. –Sus palabras fuero dulces, a mi no me engañaba, su cara, sus facciones, sólo lo hacían verse temerario, pero su voz, su voz era mi magnifica canción de cuna, dentro de este espantoso lugar.

-¿Qué va a pasarme después? –Pregunté atemorizada.

-No vas a recordar nada de esto. –Y una mueca cubrió sus labios. Una mueca de dolor.

-Voy a estar… ¿Sola? –Temblé, como solía hacerlo desde que llegué.

-No, no, me refiero, tus recuerdos de la estadía acá van a ser muy borrosos… lo vas a recordar, ojala alguna vez olvidemos esto, pero será confuso por un tiempo, al pasar los días todos tus recuerdos van a volver, al principio no vas a reconocerme, pero ahí voy a estar, prometo… -Calló bruscamente.

-¿Prometes? –Y alcé mis cejas

-No me hagas caso, simplemente en cuanto despiertes en una casa que voy a elegir para que estés a salvo, yo… yo voy a aparecer, para guiarte, para que tengas tu testeo de sangre, para ir hacia el cementerio en cuanto estés preparada, profanar tu tumba y dejar tu alma dentro del ataúd. Entonces sólo así vas a seguir con vida, si preferís llamarlo de esa manera.

-¿Y sino qué? –La curiosidad eran puntos débiles en mi persona. Aunque no gozara de ningún plan “B” me gustaba oír posibilidades… porque como bien dije, en este lugar, éstas son infinitas.

-Vas a desintegrarte al primer rayo solar que entre por tu ventana, sólo te vas a convertir en cenizas que quedaran con vida pegadas a las paredes del vestíbulo en el que escuchaste todo el tiempo risas, llantos, y gritos despiadados de dolor, toda una eternidad sintiendo las llamas quemar constantemente…No me digas que no escuchaste nada de ésas cosas, ¿O si?

-Por supuesto que las escuché, son… macabras, dolorosas, no quiero ni recordarlo. –Sugerí clemencia. Sin embargo tenía varias preguntas y continué con una de ellas: -¿El Sol va a hacerme daño? –Mi cara parecía la de una niña, me di ternura, verdaderamente ternura.

-No, por supuesto que no, a menos que no completes tu transformación, como bien te dije anteriormente. –Mi pregunta lo sorprendió, y su rostro esbozó una sonrisa a medias, que logre notar. ¡Este hombre iba a volverme totalmente loca, sus cambios de ánimo estaban crispando mis nervios! –No obstante…- Prosiguió. –Tu cuerpo… como decirlo, tendrá algunas modificaciones, ya veras, es algo confuso de explicar, y no quiero ofenderte, pero tu cuerpo básicamente se estilizará, tu cara se reafinara dándote una belleza exuberante, el color de tus ojos quizá cambie y se torne un poco más dorado, aunque… tus ojos son… verdes amorronados… así que no se notará mucho el cambio, sólo brillaran más. Y tu piel, es el punto fundamental… ¿Alguna vez viste a un muerto? Bueno, tu piel, de pies a cabeza se volverá blanca como la nieve, es decir,

estas muerta, al convertirte en vampiro entregas tu alma al Infierno, tu corazón no late, tu órgano reproductor no procrea, y tu sangre se reemplaza por ponzoña, aunque eso creí escucharlo decir a… ya sabes quien.

-¿Voy a volar… digo, como cuando lo haces vos cada vez que queres escaparte de algun lugar con una chica en brazos? –Pese a mi atrevimiento inoportuno, quería romper el "hielo" y otra vez vuelve a aflorar algo de ironía en la frase, sólo que esta vez yo me tomé el atrevimiento de reproducirla.

-¡Que cosas decís! –Se rió. ¡Al fin se rió! Y siguió con las explicaciones post-conversión. –A lo que debes referirte con "volar" y vaya que me sigo riendo de eso, será la rapidez. Respondiendo a tu pregunta: No, no podes volar, pero si correr con total rapidez que te puede hacer llegar hasta la copa del árbol más alto del planeta. Nuestra velocidad como especie es única, nada es más rápido que un vampiro. Ni siquiera un avión puede igualarnos. Pero obviamente eso es algo que sólo nosotros sabemos, creo que entendes el concepto de "sólo nosotros", ¿No es cierto, Amanda?

-Sssí –Dije arrastrando letras. –No va a doler, ¿O sí?

-Prometo aliviar este dolor.

Creyendo me voy. Creyéndole. Fijando mi mirada en sus ojos color miel brillante, me filtré en lo más profundo, y me pude ver reflejada en ellos. Ansiosos de probar mi sangre y ser mi creador, su cara me contemplaba como quien contempla a la más bella de las creaciones. La yema de sus dedos recorrieron todo mi rostro, hasta llegar a mis hombros, ruta directa hacia mi cuello, que estaba al descubierto. Acercándome hacia él muy lentamente, sus manos frías hicieron que mi cuerpo se estremeciera nuevamente, mi corazón latía a pasos agigantados, y por algún motivo, pude observar como él notaba ese detalle, sin dudarlo se recostó sobre mí, apoyando todo su cuerpo. Él estaba oliendo mi aroma, pero yo estaba como poseída, podía sentir una gran influencia sobre mí. Era como si algo me atara a él, no podía rehusarme a nada de lo que me pidiera. Sin esperar más, sentí unos filosos colmillos penetrar en mi garganta, y el flujo de sangre empezó a correr.
Mi cuerpo sintió como la ponzoña se infiltraba paso a paso, estaba en un nivel casi de excitación plena, mi cuerpo de punta a punta estaba disfrutando ese momento, inigualable a otro, mi mente cedió a un tercer plano que jamás había visto en mi vida. Ya no escuchaba las risas, sólo pude sentir mi sangre drenándose. Pero algo detuvo a mi creador, a mi protector, algo detuvo a Benicio, porque habiendo acabado con el preámbulo, se separó de mi tan rápidamente que me sentí ofendida. Yo seguía extasiada, pero un dictamen propio del Diablo, ya que escucharlo hablar me era totalmente familiar, hizo que Benicio levantara la voz, suplicando compasión.

-¡Ese no fue el trato! ¡No hay derecho de que me la arrebates de esta forma! –Grito él.

-Querido amigo… yo cumplí con mi parte, bueno, al decir verdad, fue más una jugada del destino o de mi amigo la Parca el habértela traído tan

tempranamente. Pero no estaba en mis planes ese pequeño estimulo de traición nefasta de fuga por tu parte que quisiste experimentar, sabiendo que no podrían escaparse hacia ningún lado… -Dijo el diablo.

Algo estaba saliendo mal, y yo no tenía las fuerzas suficientes para reponerme, mi sangre había sido prácticamente bebida por completo en grandes sorbos.

-¡Diez años es demasiado! Llevo veinte esperando, ¡No es justo!

-No es justo que engañes a quien te otorgó tanta confianza. –Recriminó el Rey del lugar.

-¡Por favor, sólo… por favor! –Y su voz se perdió entre las sombras.

-Hemos cerrado pacto, nada tengo que hablar con vos en estos momentos, despedirte de tu doncella sería una buena idea, ¿No lo crees conveniente querido amigo? –El diablo dio su veredicto final. Y la sombra de Benicio se perdió a lo lejos.

¿Qué estaba pasando? Mi cuerpo comenzó a contorsionarse con frenesí, el placer se había convertido en veneno. Yo no iba a recordar esto cuando despertara y lo verdaderamente malo en el asunto, al Infierno y al Diablo, lo recordaría con el paso de los días, eso era algo que hubiese preferido olvidar, pero… ¿En diez años? ¿Qué hay detrás de todo esto?
Siempre pensé que la muerte sería fácil, me imaginé desde que tengo memoria sólo suspendida en la nada, la gente muere a diario. ¿Todos pasan por esto? Esta pesadilla eterna recién comenzaba, y no hay signos en mí de acostumbramiento. Al parecer lo que comenzaba a ser normal se tornó perverso. ¿Es acaso este el castigo de los pecadores?

Capitulo número diez.
Regalo.

*Aclaración *El siguiente capitulo retoma la historia, dejando de lado los flashback anteriores, en el capitulo donde Amanda se alimenta por primera vez**

Volví en sí. Ya habían pasado unas tres horas después del primer testeo de sangre acompañada de Benicio. Mis recuerdos dejaron de fluir, y después de recordar mi última noche en brazos de Dante, comenzaron a llegar recuerdos más actuales, recuerdos de mi estadía en el Infierno, que aparecían en mi mente de manera borrosa.
Me encontraba caminando cerca de lo que sería de ahora en más mi nueva residencia en la Tierra, y pensaba en las palabras de aquel Ser demoniaco que me decían una y otra vez sin cesar:- "Te alimentas adecuadamente, desentierran tu cuerpo, tu alma se introduce en el cajón, Benicio lo cierra, y la conversión llega a su fin, convirtiéndote totalmente en una vampiresa".
¿Desenterrar mi cuerpo? ¿Qué tipo de malvado castigo macabro me estaba aplicando?
Caminé sin parar, porque olvidé que mi condición de vampiro me permitía ir más rápido que lo habitual. Mi casa se encontraba en el barrio de San Telmo, y ahora me hallaba de frente al Cementerio de Recoleta. En apenas minutos llegué como por arte de magia, una fuerza superior hizo que vaya sin rumbo hasta las puertas de este famoso cementerio, que por supuesto, estaba cerrado. Era uno de los lugares más reconocidos de Buenos Aires, jamás en mi vida humana puse los pies en este lugar, para mi era sumamente mórbido y prefería mantenerme alejada de sitios como estos. Pero entonces… ¿Cómo había llegado hasta acá si jamás tuve intensiones de venir?
Con mi vista hice un repaso del lugar, y sentí como la piel se me ponía de gallina. El aspecto era lúgubre y tenebroso, a pesar de ser un cementerio con renombre se veía bastante descuidado, y su edificio era antiguo, los nichos me daban miedo sólo de verlos del otro lado de la reja cerrada, y algunos epitafios vislumbraban su escritura desde donde estaba parada.
Reconocí la plaza de enfrente, con árboles grandes y fáciles de trepar, en esa plaza había estado, y mis amigos no me hicieron notar jamás que estábamos frente al cementerio de la Recoleta. Ellos me respetaban, y supe entender que jamás intentaron ponerme incomoda, sabiendo que adoraba fumar sobre la copa de los árboles de esa plaza. Mis ojos se llenaron de lágrimas, la última vez que estuve acá cerca era feliz. Reía posada sobre la parte más elevada del árbol, en el último invierno frío. Yo y mis amigos, mis amigos y yo.
Pero la realidad actual era otra, y necesitaba desenterrar mi cuerpo para completar la transformación antes de deshacerme al primer rayo solar.
Antes de preguntarme en mis adentros donde es que estaba Benicio, recordé además que después de mi testeo de sangre se fue enfadado por mi falta de autocontrol. Pero cuando alcé la vista hacia la entrada de aquel cementerio que causaba escozor en mi cuerpo, vi su figura esperarme del otro lado de las rejas y suspiré con tranquilidad. Al fin de cuentas no estaba tan sola como creía.

Mi cuerpo se abalanzó trepando rápidamente lo que dividía mi persona de mi protector, él se había quedado sin aire al ver tal movilidad de mi parte a lo que sólo agregó:

-¡Woow! Eso fue… sorprendente. –Sus ojos mostraban incredulidad.

-No se porque estoy acá, te juro que… jamás supe llegar sola, es algo así como un instinto que creció en mi, y sólo cuando estuve frente tu mirada comprendí que necesitaba… verte. –Las palabras fluyeron de mi boca con el mismo impulso absurdo que me hacia comportar de manera tan sobre pasada últimamente. Me sonrojé.

-Es algo necesario que tu conversión termine satisfactoriamente. –Su mirada quiso escapar, como siempre. Sus palabras y por sobre todas las cosas, sus gestos, siempre traían una historia detrás, una historia que siempre era inconclusa.

-Lo se, le temo al Sol, y a lo que pueda llegar a causarme. –Me sentí estupida, pero no sabía que contestarle.

-Vamos. –Y comenzó a caminar conmigo en brazos ¿Es que acaso no entendía que yo también era fuerte y veloz?
Atravesé con los ojos cerrados todo el trayecto que hicimos, mi cuerpo yacía enterrado en aquel cementerio, que en un impulso cerrado hizo que mi cuerpo mitad vampiro se dirigiese hacia él como si ya supiese la respuesta.
El olor a muerte predominaba en aquel camino, aunque a mi pesar, no era una molestia para mi persona. Yo estaba muerta, y en este plano, todo esto tenía que ser normal durante mi eternidad.
Después del corto tramo atravesado en los aromatizantes y dulces brazos de mi protector, sentí como nos detuvimos.

-Lamento todo esto Amanda, pero es necesario si queres vivir. –La palabra vivir en su boca salió muy a su pesar, me di cuenta que a él le dolía todo esto, pero no entendía la razón. Apenas nos conocíamos, pero a esta persona le partía mi sufrimiento.

-Cuanto antes terminemos mucho mejor. –Asentí, casi ruda, definitivamente mi nuevo papel de mujer luchadora no me quedaba bien.

Sin volver a mirarme, Benicio comenzó son su plan de transformación y tomó una pala en sus manos, y en cinco segundos el cajón con mi cuerpo se encontraba en la superficie de la excavación. A pesar de que desde hace ya largo rato supe que esto concluiría de esta forma, me sorprendí, pero no fue una sorpresa digna, sino todo lo contrario. Fue un sentimiento de horror mutuo, ya que aprecie de alguna manera en el aire, el pesar de mi vampiro protector. Sentí como bufó de rabia al tener que exponerme a tal atrocidad, pero como sigo sosteniendo desde que mi cara se encontró con la de él: aun no logro comprender del todo sus sentimientos y preocupaciones hacia lo que quedaba de mí. Aspiré todo el aire necesario para llenarme de fuerzas y hacer lo que me

quedaba. Completar de una vez mi transformación. Aunque innecesariamente tomé aire, mis pulmones no necesitan de él para vivir.
Aun así, algo me llamó poderosamente la atención, la mirada de Benicio denotaba también triunfo entrante, hacía ver a trasluz, vigor, sorpresa, emoción, locura, felicidad. Sus ojos brillaron para mí por primera vez, y antes que diga nada, él me guió.

-Es muy simple, tenes que sentarte acá, bien cerca. –Me dijo dulcemente. A veces lograba demasiado bien hacerme confundir, sus estados de animo me ponían irritable por momentos.

-¿Y nada más? ¿Es así de simple, me siento y ya? –Quería terminar todo, y acostarme, dormir, descansar.

-Simplemente cerra los ojos. Nada más.

Cerré mis ojos tal y como me lo había pedido, no vi nada más, ni pude entender que era lo que pasaba, solo sentía. Mi cuerpo estaba hecho para sentir, y últimamente estaba abusando de ese poder especial que tenía. La brisa del viento rozaba mi pálida piel, haciendo ondas y caricias sobre ella, todo lo que había alrededor mío se apreciaba como magia. Mis sentidos incrementaban su potencial, y cada extensión de mi cuerpo se cristalizaba.
Era como estar dentro de un cuento de hadas, porque imaginaba mi cuerpo volar de un lado a otro como si estuviese en una historia de princesas, los colores se expandían en mi mente creando un arco iris de sabores que se fundían dentro de mi paladar haciendo chispas con todo contacto exterior.
Pero el trabajo había terminado, y cuando fui conciente de nuevo, me encontraba durmiendo en la habitación de la que ahora era mi casa. Estaba de nuevo en San Telmo en el piso de arriba.
El cuarto era amplio, y la decoración parecía haberse preparado exclusiva para mi uso personal. Las paredes eran púrpura claro, y mi sommier de dos plazas estaba cubierto por sedas que colgaban desde el techo de la misma, porque mi cama era como las antiguas, con techo.
Los acolchados y sabanas eran de un color que combinaba con el de las paredes, iban en todos los tonos de los violetas y pasaban por el color blanco, y un rosado muy claro.
Los muebles eran la perfección. Tenía un estante de libros a mi disposición, del que iba a disfrutar mucho si tenía momentos de ocio.
Pero en realidad, para ser sincera, lo que me despertó desde ayer a la noche, en cuanto hubo terminado mi transformación, no fue ni el decorado, ni los libros, ni nada. Fue la música, desde la parte de debajo en la casa, se oía una delicada melodía en el piano, que me llamó la atención.
Bajé los pies al piso, y miré hacia la gran ventana de la habitación. Las cortinas eran de la tonalidad violeta más oscura que el resto, y me asomé entre las telas. Sentí un ardor en la piel que posaba al descubierto entre la ventana, y me volví hacia adentro con un movimiento brusco. Mi piel quemaba, el Sol me hizo mal. No podía entender, ¿Acaso no era que yo iba a tener una vida medianamente normal, obviando el hecho que mi dieta esta basada en el consumo de sangre?

La música seguía distrayéndome, pero mi necesidad de finiquitar este tema era más fuerte, así que bajé de inmediato a ver quien era el músico que invadía mi sala de estar con ese deleite tan hermoso, pero, sin dejar de lado el pequeño detalle del Sol.
En cuanto bajé de una zancada a la planta baja me encontré con una sorpresa, él no era algo de lo cual tenía que sorprenderme al verlo, digamos, no me parecía raro encontrarlo, pero sentía dentro de mí algo que no entendía. Cada vez que me encontraba con Benicio mi corazón, si es que tenía uno, aullaba. Si estuviese viva latiría. Mis ojos se descolocaban ante su presencia, y aunque ahora ya era habitual, no lograba reponerme jamás ante su figura. Me desconcertaba, mi cuerpo manejaba mi mente, y en viceversa, pero mayormente la primera opción era la que predominaba.
La melodía cesó al escucharme entrar de un brinco, y se dio vuelta. Su actitud fue como la de una persona que sabe que es lo que pasa, que sabe que es lo que va a pasar. Fue sutil, y delicado. Se giró y me miro fijo a los ojos, hasta que una risa controlada rompió el clima.

-¡Todavía no puedo parar de reír! Lo siento. Quise concentrarme con música, pero tu expresión… fue demasiado graciosa y exquisita. –Él estaba riendo, tendría que anotar el acontecimiento en el almanaque. –Te ves muy linda, por cierto. –Sonó rápido pero conciso. Como si le diera vergüenza admitir que era bonita.

-Emm… Supongo que ¿Gracias? –Me sonrojé terriblemente como hacia mucho no me pasaba, aunque mi piel era más blanca que la nieve.

-Esto… creo que por el tema del Sol, esto es tuyo. –Y en sus manos tendió un collar de plata, tenía cuerpo y forma, la forma del dije enorme que colgaba de la cadena era ovalada, y debía medir unos siete centímetros de largo, en la parte de arriba, dos de ancho, pero cuando bajaba la vista se iba ensanchando hasta llegar a un total de cuatro o cinco centímetros. Su estructura no era moderna, eso me gustaba, me encantaban las reliquias antiguas, y esta parecía ser una de ellas. En una de las caras del collar se veían piedras muy pequeñas celestes y rojas bordeadas por flores diminutas en plata. Y en otros lados las piedras pequeñas eran directamente de ese material. En el centro del mismo había en el lado del frente una piedra de color entre verde y azul que brillaba ante la luz tenue. Y del lado posterior un diamante blanco que resplandecía. Definitivamente quede deslumbrada ante tanta belleza, era el accesorio perfecto. Pero ¿Por qué a mí? ¿Por qué estaba Benicio en mi sala de estar, en el piano que se hallaba en el medio, regalándome una cadena tan hermosa?

-Es… simplemente, es deslumbrante. ¿Por qué yo? –Fue lo único que me animé a preguntar.

-Te va a proteger del Sol. –Y dejo entrever una amplia sonrisa que forzaba por cerrarse.

-¿El Sol? ¿No era que dejando mi alma dentro del ataúd, el Sol no iba a ser un inconveniente para nosotros? –Y pude ver saliendo de su camisa blanca, que

hacia de su cuerpo una escultura, una cadena con un formato parecido al que él me estaba regalando.

-El Sol no es un inconveniente para nosotros, Amanda. Solo que somos sensibles a él, y nos causa un ardor incontrolable sobre nuestra piel. Nosotros carecemos de sangre que circule por nuestras venas, todo eso fue reemplazado por la ponzoña que nos permite vivir. Esa ponzoña nos limita a tener un color pálido en todo el cuerpo, y a su vez no genera esa misma vitalidad que nos hace carecer la falta de sangre, por lo cual nuestra piel es sensible a los rayos solares, y este hecho se estabiliza haciéndonos fuertes a cualquier tipo de agresión física que cualquiera pudiese llegar a tener con nosotros. Es decir, nos da una piel protegida, que nos permite sanar con facilidad frente a cualquier estimulo violento que pueda atacarnos. –Me perdí en la luminosidad de sus ojos, fascinándome ante su relato.

-Entiendo… y es muy… -No pude completar la frase, estaba totalmente atraída.

-¿Muy? –Su pregunta me confundió.

-Muy tierno de tu parte. –Mis palabras fueron secas y directas. No se que producía él en mí. Pero sea lo que sea, estaba encantada.

-No es nada. –Su respuesta también fue cortante.

-Pero ¿Qué es lo que tiene ese collar para protegerme del Sol? Aun hay cosas que no entiendo. –Respondí incrédula, y la mirada de Benicio se crispó de inocencia.

-Estas joyas pasan de generación en generación. –Paró con el discurso, como si hubiese dicho algo fuera de lugar, y prosiguió sin notar que yo me quedé en el termino “De generación en generación” ¿Cuántos años tenia él entonces?

-¿Cuántos años… hace que…? –Indagué
.
-Muchos, pero eso no importa. –Me interrumpió y siguió. –La cuestión exacta es que en este collar tenes… -Dudó. –Tenes protección.

Quedé paralizada ante su regalo y su explicación, y no me di cuenta que en fracciones de segundo él se posó detrás de mí con un suave movimiento, corriendo mi pelo que interrumpía ante la acción que iba a desarrollar. Deslizó con delicadeza mi larga melena rizada en sus puntas acariciando casi sin querer mi cuello suave y tenaz, colocando en él su regalo. Una vez puesto, sus manos cayeron sobre mí espalda abotonando mi vestido, que supongo, se habrían desabrochado mientras dormía. Mi cuerpo se contrajo sintiendo cada rose de su cuerpo contra el mío, permitiéndome gemir inesperadamente ante su contacto.
Sentí un suave destello de voz contorsionarse por su parte, sorprendido ante mi reacción y me susurró al oído

-Voy a cuidar de vos. Por toda la eternidad.

SEGUNDA PARTE
Contada por Benicio.

*Atención: *Esta parte de la historia es contada por Benicio, donde se remonta a un pasado de su historia personal**

Capitulo número once.
Encuentro.

Nací en el año mil ochocientos ochenta y nueve, en Buenos Aires. Nunca supe nada sobre mis padres. No se sus nombres, ni de donde venían, ni nada. Nada que me acerque hacia algún origen.

Desde que tuve memoria, recordaba lo vivido con un sumo pesar. No estar al tanto de cosas puntuales en la vida de uno mismo es un tanto frustrante, y ahí empezaron mis problemas.

Cuando cumplí quince años tuve mi primera novia. Mi primer todo, pero ella me dejó por el chico guapo de la institución y a partir de ahí tuve un motivo más para sentirme desolado. Todo mi tiempo se lo dedicaba a ella. Rebeca era mi razón para todo. O para casi todo. Pero ella era rara. Tenía actitudes hostiles para conmigo a pesar de que decía que me amaba. A pesar de eso, me pasaba noches en vela esperando que llegue a buscarme, o que me avise que había vuelto desde la puerta. Entonces, las pocas veces que lo hizo, escuché su voz gritar por todo el corredor de la casa en la que estaba viviendo con los padres de mi mejor amigo en ese entonces: Santino. Y por cierto, Santino era el “chico lindo” de la escuela, con el que ella se fue. Para ese entonces, cuando me había enterado de la situación, ya que solía estar al margen todo el tiempo, ya estaba muy lejos de la Capital en donde vivía con quienes se habían encargado de mí, mis tutores, la familia de mi amigo el traidor.

Viví durante mucho tiempo, en una casa abandonada en Avellaneda, una casa a la que entré fácilmente después de patear algunas maderas mal colocadas en su entrada, y cerrándolas del lado de adentro, pensando en no salir nunca más. Mi vida era una de las cosas más miserables que jamás había visto. No había razón de ser, la mujer que quería y me hacia salir de mí de la mejor manera, me había dejado a un lado, para comenzar un amorío con el hijo de mis tutores, y a su vez la persona a la cual le confiaba los secretos más íntimos.

Supe a los meses que me buscaban, pero en el suburbio en el que estaba, era al último lugar al que iban a recurrir.

Todo pasó muy rápido, pero después de veinte años viviendo entre las sombras, todo carecía aun más de sentido. Prácticamente no comía y no tenía manera de higienizarme correctamente de manera adecuada en tiempo y forma.

Tras mucho tiempo sumido en la soledad, me dí cuenta que la causa de mi sufrimiento y dolor no era Rebeca. A ella la quise mucho, por supuesto, se dice que el primer amor jamás se olvida, pero no tocó mi corazón de la manera que pensaba. Mis problemas iban por otro lado y yo sabía muy bien por dónde. No tenía identidad. A pesar de que un documento decía Benicio Di Franco, yo no me sentía así. No tenía rumbo, no sabía hacia dónde iba, y no tenía idea de donde venía. Los lugares claves que uno tiene que llevar consigo, yo los había

perdido por completo. Mejor dicho, me los arrebataron el día que mis padres biológicos me entregaron a la nada misma.
Sufrí mucho tiempo en silencio, recordando a mi amor perdido, a mi familia que no era mi familia, y llegué a la conclusión que desataría todo mi Ser. Mi gran vacío era la familia ausente. El no saber que soy. Quien soy. De donde vengo y a dónde voy. El no saber plenamente nada. Y fue así que tomé la decisión que iba a marcarme para el resto de mi vida… O de mi existencia.
Con las fuerzas que tuve logré pararme sobre unas cajas que contenían material de construcción en la casa abandonada en la que vivía, y con pedazos de soga y trapo, colgué sobre las vigas del techo mi sentencia de muerte.
Mi vida fue rápida, y el resto también. El suicidio es catalogado y etiquetado sobre personas cobardes, pero no hay acto en este mundo que posea más valentía que el mismo. Y no hay dolor y depresión más grande que la que te lleva a hacerlo.
Pensé que luego de la muerte no venia nada, pero me equivoqué. Pasé el mismo Infierno de todos los suicidas, no hay Cielo para un suicida. Según el Cielo y el Infierno, los hombres que se quitan la vida no tienen derecho a nada de eso, ni un lugar ni el otro. Son poco para el Cielo, y el Infierno tiene castigos convencionales. Así que, por jugar con mi vida, habiendo tanta gente que muere trágicamente, fui condenado a toda una eternidad para ver morir a las personas que podía llegar a amar. Nada mal.
Debes en cuando tenía que volver al Infierno, el Diablo pacta todo lo que queramos en nuestra eternidad, nada esta exento de la demoníaca personificación del mal. Y por tanto fui devuelto a la Tierra con uno de los castigos más temidos. Ser un Vampiro sin alma.
Según ellos, los vampiros son seres de ultratumbas, dueños de las tinieblas, bestias temerarias sin corazón, pero yo, que había visto la maldad en los ojos de cada persona con la que me había codeado, sabía perfectamente que soy y fui una buena persona y no hay nada que yo pudiese hacer con eso. Estaba bien, me hizo sentir bien. Me hace sentir bien, a pesar de todo.
Trabajando en diferentes lugares día y noche, ya que podía evitar dormir si me acostumbraba a ello, logré fortificar una fortuna considerable como para vivir en algún lugar del mundo con bastante comodidad. Las modificaciones que tuvo mi cuerpo en la conversión de forma estética me permitía merodear por donde quisiese sin ser reconocido. Como mucho, algunas de las personas que me conocían hasta que desaparecí, podrían llegar a alegar algún tipo de parecido, pero no más que eso. Mis rasgos se refinaron y mi rostro fue un objeto de seducción, pero no lo use ni abuse de ese “regalo”. Simplemente no creía en el amor.
Pero no estaba pensando en ese hecho el invierno del año mil novecientos ochenta y siete, después de casi noventa años convertido en vampiro cuando la conocí a ella. Mi vida había sido una oscuridad total, estaba verdaderamente muerto. Sin embargo, cada día que pasaba era más fuerte, y me volvía más llamativo al ojo crítico.
En treinta y cinco años como humano y más de sesenta como vampiro, además de observar a Rebeca el tiempo que pude hacerlo, no había sentido atracción por nadie más que por esta señorita que se posaba frente a mis ojos de manera tan vigorosa. Su pelo era lacio, y su mirada era penetrante, me miró casi escogiéndome, pero luego dio media vuelta y siguió su rumbo, casi avergonzada.

Estudiaba en la secundaria en la que yo era archivista. Supongo que el tema de las fechas era lo mío. Estaban encantados de cómo lograba con tanta rapidez etiquetar cualquier cosa para archivar, y recordar cada momento. Vivir tantos años hace que uno memorice muchas cosas. Inclusive las malas.
Después de seguirla con la mirada unos cuantos minutos, la perdí de vista, pero volvió. Mi oficina estaba al lado de la biblioteca escolar, en la que ella había entrado hasta que la perdí. Luego entró a Archivo pidiéndome algún papel referente a la escolaridad de sus padres, no se para que, pero de inmediato encontré lo que buscaba e intercambiamos algunas palabras.
Tenía dieciocho años y una cara hermosa. Su voz era escuchar cantar a un coro de Ángeles juntos, y el olor de su sangre atrapó mis pensamientos por un largo rato. Era la mortal más hermosa que jamás había visto, y en su personalidad encontré refugio para mi soledad.
La belleza impartida por mi don como vampiro, si es que es un don o no, hizo que ella se quedara mirándome más de lo habitual de manera desconcertante, imagino que pudo haber creído que merecía un trabajo como modelo más que como archivista, y me preguntó si hacia mucho trabajaba en el colegio. ¡Por supuesto que sí, pero lo necesario como para no levantar ningún tipo de sospecha! Hacia ya siete años que trababa acá, y en cualquier momento tendría que presentar mi renuncia, a menos que invente excusas como “duermo en formol”.
Después de intercambiar algunas palabras, empezó a hablarme del colegio, y de cómo le costaba estudiar historia ¡Perfecto! Soy un buen profesor, y parte de la historia Argentina que a ella tanto le desagradaba para mí era como la tabla del dos. Era la oportunidad perfecta para excusarme de mi sabiduría y no dejar pasar la oportunidad que se me impartió para gozar de la belleza de su Ser. Y por supuesto que no la desaproveché. Algo en ella me hacía pensar que era la correcta, y su personalidad, su personalidad simplemente me hacia sentir vivo. Era una muchacha medida. Una rellenita y jugosa chica de dieciocho años casi perfecta a juzgar por su belleza, un aroma encantador y una mirada hechizante.
El recreo había terminado y ella tenía que volver a clases, me esperaba a la salida del ciclo diario de estudios, y nos reuniríamos en la cafetería de la esquina, para evitar comentarios maliciosos. Ese día, a lo lejos fue el mejor de mi existencia.
Esperaba en el bar ansioso por saber sobre su vida. Llegó con cinco minutos de demora y tomamos un café con edulcorante, supuse que se cuidaba, su cuerpo era como los renacentistas, había de donde agarrarse y eso me gustaba. Pero calculé por mis emociones que estaba yendo demasiado rápido. Y aunque no estaba al día de cómo era el amor en estos tiempos, me limité a pensar que ella iba por el mismo camino que yo. Conocía las miradas que me lanzaba de pies a cabeza, en noventa años me lanzaron miles de esas, pero ninguna logró atraerme de manera tan perspicaz. Estuvimos una hora y media hablando de cualquier cosa menos sobre la historia de los próceres Argentinos, y fue entonces cuando se auto invito a donde sea que yo viviese. Y aunque algo en mi decía que no debería de ceder a sus encantos, mi voluntad hizo todo lo contrario. Mi cuerpo manejó la mente, y entonces, ya era tarde, porque nos estábamos adentrando a lo que era el hall de mi casa. Demasiadas cosas por hacer y muy poco tiempo humano para disfrutar. ¡Era tan penoso que ellos lleven tan corta vida! ¡Hay tantas cosas por vivir!

Le ofrecí comer algo, pero se negó. Yo necesitaba saber que le gustaba, que era lo que hacía, pero poco pude saber, ella solo hablaba de lo cortés que fui al invitarla, aunque por dentro sabía que en ningún momento la invité. En ese instante agradecí el hecho de haberme alimentado hacia pocas horas, porque de otro modo jamás hubiese podido resistir haber probado de ella. Sin embargo, no podía soportarlo, era el instinto de la gula. Por más lleno que estuviese no podía aguantarme e hincarle un diente en cualquier momento, y excusándome de lo tarde que era, la invité a que nos despidiéramos, aunque eso fuera un poco grosero y todo lo contrario a lo de hace instantes.
Sentía que mi corazón, o lo que quedaba de él se deshacía a pedazos de solo pensar que se marcharía, pero era lo que debía que hacer si no quería heridos por el día de hoy. Y ella realmente me importaba. Demasiado. La quería para mí, pero viva. Con vitalidad, quería sentir su suave tacto y su piel caliente. Quería escuchar y sentir su circulación en mis noches de vigilia. Quería de ella, y nada podía hacer para controlarlo, había dejado que llegáramos lejos. Por un momento me sentí débil, pero si de algo estaba seguro, era de que en tantos años de soledad, cuando el amor golpea así, es porque es verdadero. No había otra explicación. En estos momentos quería que se quedara por siempre a mi lado, sentía un enorme frenesí al escuchar sus latidos desde el otro lado de la sala de estar.
¿Cómo puede ser que un hombre solitario se enamorase en unas horas? ¿Qué estaba pasándome? Definitivamente estaba enamorado, fue un amor a primera vista. O simplemente la soledad estaba volviéndome demente. Frenético. Exasperado.
Me dijo que era tarde, me dijo que al otro día iba a pasar a saludarme, que íbamos a combinar una día de estudios, que era encantador, que estaba agradecida, que era genial, que me adoraba, que jamás había hablado con un hombre como yo y tantas cosas más que se fundieron en un beso de despedida. En un gran beso de despedida. Cuando sentí sus labios en los míos, no pude hacer más que corresponderle el beso. Mi mente se inclinó hacia dimensiones desconocidas, y entonces sentí el sabor y el calor de su piel. Sentía su sangre fluir por todo el cuerpo, desde la punta de la cabeza hasta los pies, y estuve a punto de perder el control. La corrí ligeramente de mi lado, y ella se quedo atónita mirándome.

-Nos… Nos vemos mañana, supongo, si es que no me comporté como una loca desquiciada. –Su voz tembló ante mis oídos, dulcemente.

-Mañana, claro. –Corté la respiración para no sentir su aroma, y mis brazos a los costados me hicieron ver débil.

-Mañana a las seis. Historia, esta vez enserio. –Sonrió.

-Historia, claramente… -Le devolví la sonrisa.

-No, es que… me comporté de manera muy atrevida, y no quiero que pienses que… que estoy desesperada por el primer hombre que se cruza en mi camino. Sentí… Sentí conexión, nada más, parece apresurado de mi parte, pero es la primera vez que hago una cosa así. Lo siento. No soy de esta forma todos los

días, vas a poder comprobarlo ¿No? –En verdad parecía que lo sentía, y si era por mi hubiese comprobado todo lo que me pidiera en ese mismo momento.

-Tu perfume… es muy lindo, enserio. -¿Qué estaba diciendo? Mis palabras no se median a la hora de hablar con la mortal.

-Gracias… Tengo que irme. Mañana, a las seis, en el mismo lugar.

-Sin dudar. –Sonreí estúpidamente. Noventa años vampiricos y no me conozco, me doy asco.

-Amanda. –Dijo ella.

-¿Qué? –Pregunté.

-Que me llamo Amanda, mi nombre es Amanda. –Y se despidió, dejando detrás una estela de esperanza. Noventa años vampiricos sin conocer mi auto control, y el nombre más hermoso del mundo era para mi una de las palabras que más anhelaba escuchar hasta que el mundo sucumbiera. Amanda… un nombre y la razón de conocer al amor de mi vida. Simplemente Amanda, tan fácil y sencillo, su amor comenzaba a doler en lo más profundo de mi Ser.

Capitulo número 12
Confesión.

La esperé en la cafetería de la esquina, como habíamos quedado. A las dieciocho horas. Estaba intranquilo, no la había visto en toda la tarde asomarse en Archivo, pero ¿Qué suponía de raro todo eso? En los años que hacia que trabajaba en la escuela jamás la había cruzado. ¿Acaso era nueva? No, imposible. El día anterior había venido a buscar a mi pequeña oficina del colegio unos papeles para sus padres, que fueron ex alumnos del establecimiento. ¿Qué veía de raro en no haberla visto ese día, si ninguno de los anteriores lo había hecho? Estaba volviéndome paranoico. Estaba desquiciándome por su ausencia y eso me ponía de un ligero mal humor. De repente todo lo ansioso que había estado hasta ese momento se fundió en pura impaciencia. Era casi odio, casi odiar tener que esperarla y desesperarme tanto hasta el punto de que mi estomago sintiese mariposas. La estaba odiando porque me sentía completamente fuera de mi eje. Estaba detestándola, ¿Por qué amar? ¿Por qué ahora? ¡No era posible! ¡Detestable humana que había arrancado en un par de horas mi corazón marmolado de su estúpido lugar! ¡Maldigo el momento en el que mis ojos levantaron la vista de su trabajo y choqué con su inmensurable belleza!
Mi cara cambió de una gran sonrisa a estar completamente turbada por la indecisión. ¿Qué tenía que hacer al respecto? Ya eran las seis y diez de la tarde y la pequeña mortal no llegaba. Mi odio aumentaba. ¿Qué me hace dependiente a una persona de la cual no conocía nada en absoluto, y podía llegar a ser una psicópata? En un punto era gracioso. Yo era el vampiro, sin embargo estaba totalmente aterrado de lo que podía llegar a causarme su presencia, y mucho peor aún: su amor. Para mi era una total desconocida que invadió de un momento a otro mi privacidad. No era de mi misma especie y no sabía de que manera encarar una relación con una persona. Para mí, ella era nueva. Y ahora que lo pienso yo también comencé a serlo. Soy el nuevo Benicio di Franco, al que le gusta estar perdiendo el tiempo en la Tierra, andando de amoríos con una niña mujer que no conozco, y mucho peor aun, ahora que lo pienso bien, todo esto del “amorío” era algo que se me ocurrió de repente, y es lamentable, pero mi cabeza estaba formulando películas que no eran reales. Ella todavía no se había declarado locamente enamorada de mí. Me odio a cada segundo que pasa y yo acá sentado esperando por quien esta enloqueciéndome. La culpable de que mi cabeza no coordine normalmente. La culpable de que el lugar que el corazón enfrío a falta de latidos, comience a calentarse con esa llama que aumenta sin necesidad de cuidar la fogata añadiendo leña.
Ya eran las seis y veinte y ella no daba señales de vida. ¿Qué había hecho mal? Definitivamente todo, el hecho de comportarme como una quinceañera era uno de los puntos fundamentales en los que estaba fallando. Quiero creer que una de las contras de ser un Ser sobrenatural es éste mismo hecho que está volviéndome completamente desquiciado: ¿Enamorarse de un momento a otro era algo normal, o anormal? ¿Humano, o inhumano?

¿En qué momento dejé que esto pasara? ¡No entiendo absolutamente nada! Pero de repente, una suave voz agitada vino hacia mí, cortando todos mis pensamientos de inmediato, ¡Y de eso mismo estoy hablando! ¿Por qué todo el resto de mi vida y pasado termina de manera tan impulsiva al escucharla hablar? Estuve subastando mi cabeza para que pongan un sorbete en mis sesos y comiencen a chupar, pero entonces, escuché su voz y todo desapareció. Ahora sólo había lugar para ella, y todo lo que necesitara decirme.
Comprendí que sus necesidades estaban sobrepuestas por encima de las mías, y me fastidié aun más. Estaba enamorado, y lo que me daba más rabia, no quería estarlo, no ahora.

-Perdón, es que… Estaba rogando por una nota. –Me contaba algo que no entendía a carcajadas, pero yo mantuve mi seriedad. Necesitaba observar que era lo que más me gustaba, cual era el detalle que me hacía caer. Simplemente todo. Me detesto más.

-No te preocupes. Estuve bastante entretenido. –Mostrar una leve sonrisa no estaba mal ¿O sí? Y a esto me refiero puntualmente. Huracanes de mal humor se levantaron dentro mío cuando noté mi bipolaridad.

-¿Y hoy qué voy a aprender? Supongo que si posponemos la historia gramatical durante un día más no vamos a dañar a nadie. –Sus ojos me mostraron picardía, pero de la sana. La picardía de la nena que se esconde para comer chocolates.

-¡De ninguna manera! Amanda, creo que no entendiste el concepto de nuestra reunión… Yo no quiero que mal interpretes las cosas. No creo que sea sano para ninguno de los dos. Además, sos menor y… -Me interrumpió

-Y puedo ir presa, lo sé. –Ella no paraba de reírse. ¿Qué les pasa a los adolescentes? ¡Ya no respetan la ley! O la usan para su conveniencia…

-¡Muy graciosa! –Torcí mi boca, resoplé con sarcasmo y continué. –Pero el que puede ir preso soy yo… -Sonreí con cortesía.

-¡Demasiado excitante para ser cierto! ¿Cuántos años tenés? ¿Benicio? –Su curiosidad era una mezcla de picardía, y ahora no de la sana, sino de la siniestra, de esa que va a hacerme volver al infierno por abusarme de la pequeña menor que se me estaba auto entregando.

-No es algo que pueda llegar a importarte. –Me encorvé totalmente por el nerviosismo.

-Claro que me importa, sino no te lo preguntaría. No puedo llegar a darte más de treinta años…

-Treinta y cinco para ser más exactos. ¿Ya está? ¿Sos feliz? Te lo dije, ahora me siento un pedófilo.

Ella estalló en risas, y se puso extremadamente colorada, su sonrisa era tan amplia, tan luminosa, que hacía que yo olvide en que planeta vivía, daba igual estar en Marte privándome del aire, o acá en la Tierra. Si me trasladaban a Neptuno no me iba a enterar.
Este era el momento entre ella y yo, esos momentos que no se olvidan, esos momentos cargados con colores, y aromas. Pero continuó hablando.

-¿Pedófilo? ¿Es que eso no se aplica habiendo tenido ya relaciones? –preguntó ¿Acaso esta pequeña dama no iba a controlarse jamás? Era extremadamente vigorosa su pregunta. Y si tuviese la pigmentación necesaria en mi cuerpo, mis mejillas hubiesen estallado en llamas.

-Creo que la conversación se nos va de tema. Al igual que la reunión. –Le hice recordar para que estábamos reunidos en el bar. Resaltando la última palabra. Es que yo no tenía inconvenientes de pasar al postre, irónicamente, pero no iba a ser capaz de controlar mi sed estando con ella al lado por mucho más tiempo, y eso me torturaba.

-Y yo creo que tu actitud acartonada no va a llevarte a ningún lado, así que hay lugares que me gustaría mostrarte. –Sonrió ampliamente, parecía que la muchacha me estaba leyendo la mente, porque en cuanto amplió sus labios, yo caí totalmente a sus pies.
-Y creo que… ¿Cómo se dice? –Es verdad cuando dije que caí a sus pies. No podía coordinar. Entonces intenté seguir mi frase. –No sabes mucho sobre historia, pero si de Geografía, ¿O me equivoco?

-Conozco mucho la ciudad, y me parece que te hace falta airearte. Tenes un aspecto muy solitario del que me gustaría que te alejes, ja ja. –Seguía riendo, pero a pequeñas carcajadas ésta vez.

-Entonces vamos de una vez. –Y muy a mi pesar, comenzó la odisea en la cual, aunque ella no fuese conciente de eso, no sabía si iba a resultar sobreviviente.

Amanda me llevó y recorrimos muchos lugares. Yo, que viví en Avellaneda la mayor parte de mi “vida” detesto la capital. Pero estábamos en Barracas para ser más precisos y la plaza en la que nos quedamos era muy vital. Y aunque ya estaba oscureciendo, se sentía en el aire la vida correr.

Pasaron casi dos años de aquel primer encuentro con Amanda, y muchas cosas habían cambiado.
Primero en principal, Amanda me pertenecía de alguna manera. Después de varios meses de nuestra segunda salida ella me confesó que tenía una

atracción que no entendía por mí, y me pidió ayuda, porque se sentía completamente obsesionada, y tuvo miedo de que eso sea una enfermedad dependiente. Recuerdo como si hubiese pasado hace instantes el momento en el que me miró a los ojos y de sus labios se reproducía la confesión más hermosa que había escuchado en tantos años. Su rostro se embelleció aun más al escucharme decir que desde el momento en que la vi, mis sentimientos habían sido tan fuertes como los de ella, aunque yo sabía por dentro que lo eran mucho más.
En segundo lugar, descubrí con el pasar de los meses hasta llegar a estos mismos momentos, que mi amor se incrementaba cada día más, a tal punto de no poder dormir ni siquiera un minuto por noche, tan sólo de imaginar en mi mente su rostro.
En tercer lugar, nadie sospechó absolutamente nada sobre lo nuestro. Y por último, y como toque final: no sabía que su novio era un vampiro.

Por supuesto que mis idas y vueltas fueron para hacerme una estatuilla de honor, no era fácil contenerme con Amanda al lado, el olor de su sangre hacía enloquecerme y al principio hasta me daba dolor de cabeza. Pero pude controlarme durante todo este tiempo, y aunque no fue fácil, me siento orgulloso de mi mismo, y de ella por no presionarme. Debía de parecerle algo extraño que un hombre que vive sólo en una hermosa casa y con un notable buen pasar, no haya aprovechado de esa bella mujer que tenía al lado. Pero me era imposible tocarle un pelo sin terminar corriéndola a un lado antes de matarla.
Mis deseos de beber su sangre, ya no era un hecho de neta gula, ahora había amor. Eran deseos de probar del cuerpo en dónde vivía la persona que amaba con todas las fuerzas.

Pero no todo era de lo mejor en torno a nosotros dos. Desde hacia un tiempo bastante largo, considerando que hacía casi dos años éramos formalmente novios ante nuestros ojos, jamás pude saber nada sobre su familia, hasta el día que llegó a mi casa y todas nuestras verdades salieron a la luz.

Yo estaba cambiando de canales, logrando no encontrar absolutamente nada de mi interés cuando el timbre sonó sin pausa. Me esfumé de un lugar al otro en menos de un segundo, abrí la puerta, y encontré a Amanda llorando desconsoladamente.
No hay, no puede haber, no tiene que tener posibilidades en el mundo para que exista una persona que haga llorar a mí Amanda, no hay cosa en esta vida que yo pueda odiar con todo mi ser, más que al motivo que haga llorar a quien amo. No esta admitido en mi mundo, que alguien la haga sufrir y pueda llegar a salir con vida. La tomé en brazos lo más fuerte que pude, o lo más que me permitían mis fuerzas anuladas, antes que la convierta en un montón de carne deshecha debido a la presión de mis brazos, e intenté que ella me diga algo que sea coherente. Porque desde el momento en el que abrí la puerta, no logré escuchar palabras que tengan sentido.
Entre un montón de desencadenadas lagrimas le exigí que me de una explicación, le pedí a los gritos que me diga quién o qué había causado esta escena, y ella empezó a tranquilizarse luego que me observó tan violento.

-Es algo… muy… delicado. –Su voz se entrecortaba debido al llanto ahogado.

-¿Qué es lo complicado, Amanda? Por favor, ¡Hace quince minutos que no se quien te hizo algo! –No me dí cuenta, pero le grité.

-No te enojes conmigo, por favor. Pero te juro que no aguanto más, no tengo dónde ir. –Comenzó a llorar, más y más.

-¿Enojarme? ¿Por qué tendría que enojarme con vos? Yo te amo, no podría enojarme. Pero jamás vuelvas a decir que no tenés donde ir, mi corazón es tu casa, acá y ahora.

-No, es que… es… mucho… demasiado complicado. No puedo más amor, no puedo más. –Ella miraba al suelo, como escondiéndose. Y antes que yo pudiese acotar algo más, largó toda la información. –Yo sí tengo familia. Vivo con mi mamá y su nueva pareja cerca del colegio. Mi papá falleció incluso antes de que yo logre conocerlo. –Hizo una pausa y rió levemente agregando –¡Me parece tan gracioso! Parece que estoy contando la típica historia de la chica frustrada y rebelde. Pero, no soporto más los maltratos, no los soporto.

-¿Maltratos? ¡Amanda por favor, como vas a ocultarme algo así! ¿Quién se atreve a vivir después de ponerte una mano encima? –Mi cara se trasformó y desfiguró por la ira de tal manera que los ojos de Amanda estaban aterrorizados, más por la reacción que yo tuviese a partir de ahora, que por la de su o sus atacantes.

-Es… la pareja de mi mamá, ella no lo sabe, y yo me quedo callada… no puedo, estoy amenazada. –Siguió llorando, y se sonrojó.

-¿Amenazada? ¡Me lo contas ahora tan fácil! ¿Amenazada? ¡No puedo creerlo Amanda, enserio no puedo creerlo! –Estaba totalmente violento, y me asusté de perder el control. Ella era mí Amanda y nadie podía hacerle daño, nadie.

-Es muy difícil para mi Benicio, ¿Por qué no sos vos el que puede entenderme? Esto me da mucha vergüenza. –Suspiro con dificultad y luego sus ojos se clavaron frente a los míos para completar la frase diciendo -¡En cambio, para mi vos sos un completo desconocido, y eso no parece avergonzarte!

-Por favor, ¿Qué estas insinuando? Yo no te oculto nada, nada sustancial. –Mentí descaradamente y sentía como el semblante se me caía a pedazos.

-¿Nada? ¿Muy seguro que nada? Nunca me hablas de tu pasado, o de tu familia, vivís acá solo como un huérfano, ni un hermano, ni padres, sólo se que trabajas en la misma escuela que yo estudio, por todo el resto sos como un fugitivo para mí. –No podía enojarme con ella por ser sincera, y pese a su sinceridad noté como la ultima frase le costó exponerla a la luz, ella no sentía que yo fuese un desconocido. Lo noté en sus ojos. Nosotros nos amábamos, y nada cambiaba las cosas.

-Amy… hay cosas… hay cosas de las que uno no quiere ser conciente, y prefiere no pensar… hay cosas más complicadas en las que vos no pensas, inclusive imaginas. –Me trabé, pero continué. - ¿Acaso no estabas muy avergonzada y me ocultaste durante casi dos años tu extraña relación con tu mamá? … y… ¿Su pareja? ¡Por dios Amanda, todavía no entiendo como me estoy controlando de no ir a romperle la cara! ¡Voy a matarlo, te lo juro, no va a vivir después de esto! –Grité tanto que no me di cuenta la cara de espanto que estaba formulando ella ante mi violenta reacción.

-¡No vamos a desviar el tema! ¡Ya no más por favor! Benicio, necesito con todas las fuerzas que le quedan a este corazón que me digas ahora mismo quien sos. Qué es lo que te pasa por la cabeza, si sos un asesino serial, decimelo, ¡Pero ya! ¡Estoy muy triste, y te dije de una vez que es lo que me pasa, y de dónde vengo, es tu turno, te lo pido, bien!… -Su tono fue triste, pero severo, ella quería respuestas ante tantos enigmas.

-Amanda, por favor no hay nada que ocultar… Hay cosas que nunca vas a poder entender, y prefiero obviarlas. Respecto a lo de tu… padrastro ¡Que ira que tengo! ¡Voy a ir ahora mismo, y va a suplicar que deje de hacerle daño! –No me di cuenta de lo atroz que eran mis palabras al oído humano, más allá de que el hombre en cuestión le pegara a ella, Amanda jamás iba a permitir que yo sea violento con él.
-¡Ves! ¡A esto me refiero! ¿Qué es lo que te pasa? No puedo entender tus actitudes, no soportas que nadie me ponga un dedo encima, pero en vez de arreglarlo como una persona normal, te la pasas usando términos como “lo voy a matar” –Sus ojos se dilataron.

-¡Por favor! Él es violento con vos, sin embargo no podes aguantar y casi no permitís que yo use esos términos. No te entiendo.

Pero entonces, todo era demasiado difícil, imaginar la situación, imaginar a ese hombre desconocido levantarle la mano a mí Amanda, hizo que yo perdiera el control, la ponzoña que corría por mis venas bombeaba como sangre caliente queriendo derrapar en cualquier orificio. Mi cabeza se transformó en un nudo de secuencias y palabras, que me impedían reconocer quien estaba a mi alrededor, sólo sabía que ella no podía verme así, y que debía recobrar la compostura, pero me fue imposible, era demasiado tarde cuando me encontré con lagrimas de una especie de sangre sobre mis manos, y la mirada de Amanda fue la mirada de la chica que se encuentra en una película de terror y que sobrevive de todas las calamidades inimaginables. La ira se apoderó, de forma total, y comencé a destruir todo lo que se cruzaba, mis ojos no paraban de derramar sangre manchando mi ropa, y todo lo que se interponía ante mí. Caminaba a velocidad vampiro, casi invisible a los ojos de los humanos, a menos que ese humano te vea quieto, y de repente desaparecer hasta otro punto del lugar.
Así que de esa forma lo vio Amanda, ella lo vio todo, y aun yo sabiendo ese detalle, no podía frenarme. Si no iba a poder darle ni una buena paliza al hombre que lastimó a mi chica, tendría que desquitarme de esta forma, sintiéndome de manera tan impotente.

Pero cuando pude detenerme y ver a mí paso toda la sala de estar hecha trizas, limpié los restos de ponzoña disfrazada de sangre que caían de mis ojos para poder dar explicación. Resulta ser que los vampiros en momentos de ira incontrolable, o mucha sed, nuestro cuerpo comienza a generar una especie de "sangre" digamos que la última reserva de sangre ingerida, al estarse consumiendo tiene que salir por alguna parte. Es el sobrante que el cuerpo vampiro no necesita. En cambio, si nos alimentamos rápidamente, ese "sobrante" deja de ser un "sobrante" para mezclarse con nuestro nuevo alimento, y regenerarse, para brindarnos vitalidad. Como para sintetizar: Sí, es común que un vampiro sangre por oídos, boca u ojos cuando estamos hambrientos, es por eso que no podemos estar mucho tiempo sin alimentarnos, e indefectiblemente no podemos evitar hacerlo. Y por supuesto que la ira extrema nos hace gastar tantas energías, que es casi imposible no necesitar ir corriendo en busca de comida.
Pero ahora esa no era mi preocupación. Mi preocupación era el amor de mi vida, que se encontraba hecha un bollo en el piso, mirándome atónita. Cuando caí en la definitiva cuenta de que había cometido un error, me encontraba yéndome en sangre. Y entonces comencé:

-¡Soy un monstruo!

-¡Por el amor de dios! ¡Estoy soñando! ¡Quiero despertar! –Ella lloraba a gritos.
-Amanda… por favor, tenes que entender, es el momento… pero es, es vital que… es vital que sólo te calles la boca. –Mi voz había bajado su tono, y con los puños de mi camisa blanca, que ya no estaba blanca, limpie más restos de sangre y ponzoña de mi rostro.

-¡No entiendo absolutamente nada, Benicio, no entiendo nada! –Su llanto partía mi corazón, y me sentía el ser más demente que existía.

-Por favor, necesito que me prometas que el secreto va a estar en buenas manos. Después puedo desaparecer por siempre, lo juro. –El "por siempre" rompía mi alma, si es que tenía una, pero era el favor máximo que podía prometerle, después de ser ayudante de que su vida fuese una catástrofe.

-¡Es que ese es el problema Benicio! No te das cuenta… no te das cuenta de lo enferma que me siento. Mi novio parece ser que no es quien dice ser, no encuentro explicación de lo que podés llegar a explicar después de haberte visto convertido en un fenómeno de circo, y aun así no hay algo que me haga tener ganas de alejarme. –Su voz era la melodía más triste que escuché en casi noventa años como vampiro, y en mis treinta y cinco años de humanidad, no me había tocado nada más decadente que una situación de estas. Ni siquiera la que me había llevado al suicidio. Así que caí de cuclillas a su lado, cuando ella se alejó asustada.

-Te suplico que no te alejes así de mí, me duele. –Le expliqué.

-La sangre… me da… impresión. –Sus palabras nacían de su boca con duda.

-Perdón, mi dieta personal y diaria suele ser así. –Oculté mi rostro en la sombra más profunda del living, para evitar la vergüenza.

-¿Qué? ¡Estas cargándome! –Su cara se enturbió, pero aun así ella no era muy buena para disimular, y esbozó una leve sonrisa, supuse que producto de la confusión, y a su vez, debía de parecerle una broma de mi parte.

-No, no estoy tomándote el pelo. Soy Benicio di Franco, viví treinta y cinco primaveras como humano, pasé por el Infierno después de suicidarme, y desde hace noventa años que soy un vampiro inmortal, y no hay nada en este mundo o en mi completa existencia que se asemeje al cielo de manera más acertada, que pasando el tiempo a tu lado. Yo siento a tu lado, yo no existo si no te tengo. No voy a necesitar vivir, si eso es lo que estoy haciendo, a menos que sea por siempre y para siempre con vos. –Le dije, y tiré a la borda años sellados por el secreto del que dependía mi inmortalidad. Pero en algo tenía razón, si ese don no me servía para estar con la mujer que amo por el resto de mis días, no lo quería.

<u>Capitulo número trece.</u>
Adicción.

A mi lado nada nos separará, nadie te hará daño
A mi lado nadie te tocará, nadie se acordará de ti.
Cuando no te acuerdes de nada serás mía.
Y estás bajo mi control, sólo yo puedo tocarte y puedo ahogarte
En el vértigo del sadismo.
Cuando no halla aire para respirar, te estaré asfixiando.
Encadenada con mis fotos, condenada a pensar en mí.
El pasado desaparece y eres mía.
No me importa morir…♥

-El otro yo-

-¡Amanda, te lo suplico de una vez, reacciona! –Le grité súbitamente, sus ojos estaban desorbitados y desde hacia aproximadamente cinco minutos se había quedado en silencio.
Había cometido un grave error, desde hace tiempo ya ocultándole la verdad a la mujer que más amo en el mundo. A la única, la que persistirá en el tiempo, para siempre. -¡Amy, soy yo… ¡Esto me está matando a cada segundo, necesito que me hables! –Insistí.

-No se… porque… esto no… me sorprende. –Su mirada iba directo al ángulo de la habitación al que había estado mirando en silencio durante tanto tiempo, provocándome la desesperación absoluta. Es que últimamente no se me estaba dando muy bien esto de estar sólo con mis pensamientos, y menos aun cargando con los de alguien más.

-Sólo necesito que… entiendas, por más raro que sea, por más rara y horrible que sea mi verdad. Pero te amo, y si no soy digno de tu afecto, puedo irme. –Sentía como mis sentimientos se deshacían a pedazos. Estaba a una respuesta de que lo que quedaba de mí, viva feliz o muera por siempre.

-¡Me siento tan enferma! –Gritó mirándome fijamente.

-Am… -Y me cortó antes que pudiera seguir, tapándome los labios con la yema de su dedo índice.

-Me siento enferma… Desde el día que te conocí, desde el día que tu mirada se topó con la mía, supe que algo malo iba a pasarme. –Hizo una pausa, y siguió. –Supe que eso malo que iba a pasar era enamorarme perdidamente. Fue como la sensación de ser un imán. Algo me pegó a tu lado, y a partir de ahí jamás pude coordinar un pensamiento decentemente. –Suspiró.

-Amanda, no es necesario que te hagas esto, te pido perdón. Te juro por lo que más quieras. No voy a retenerte.

-¡No! ¡Jamás se te ocurra ni pensar el hecho de irte! ¡Nunca! ¡No hay probabilidades de que mi vida sea feliz si no me levanto pensando en que voy a verte! –Estaba gritándome. De manera feroz, ella realmente podría causarle miedo hasta al Ser más poderoso y demoníaco del mundo.

-No es posible, no es posible que yo merezca tu afecto de manera tan incondicional… -Me entristecí de sólo pensar que esa era la pura verdad.

-Cuando te dije que me sentía enferma, era por eso mismo. Podrías haberme dicho que eras un asesino en serie, que ibas a matarme, y yo me hubiese quedado firmando mi condena. –Me tomó de las manos. –No quiero que nunca pienses en la idea de abandonarme. No por ahora.

-No sería capaz, a menos que llegue el día que decidas irte de mí. –Me acerqué a su rostro y besé su mejilla, podía sentir el olor de su perfume, y de su sangre, que hacia contorsionarme.
Podía sentir el calor de su vívida piel, y comencé a frotar mi rostro contra su cuello. Ella me abrazó y se sentó arriba mío estando los dos en el piso, me abrazo tan fuerte como jamás lo había hecho, fui el hombre más feliz del mundo.

-No voy a poder irme de acá. Nunca. Te amo para siempre, y eso lo debes tener bien en claro. Para siempre… es… mucho tiempo. –Afirmó con la cabeza, mientras me hablaba entre besos.

-No creo que seas muy conciente de lo que signifique “mucho tiempo”

-No me subestimes. –Me guiñó el ojo. Se corrió de mi lado dejándome sentado en el piso, mirándola, para ver su próximo movimiento. Abrió sus piernas para sentarse sobre mí cómodamente, y una vez sentada, tomó mi nuca con sus dos frágiles y calientes manos, para acercarme y darme un beso. ¿Es que acaso no era conciente del riesgo que podía llegar a causar esta situación teniendo a un vampiro de noventa años bajo su cuerpo? Ella todavía no era conciente tampoco de la sed que yo tenía en estos mismos momentos. Pero además de sed había un fuego, un fuego intenso que ella misma estaba ocasionando.
Hacía casi dos años que estábamos juntos, y jamás pude besarla por más de unos segundos seguidos. Su aroma era tan fuerte que en más de una ocasión estuve a punto de terminar con su vida. Pero la amaba tanto que no podía darme ese lujo. Cada vez que mis besos eran profundos, sentía el latir de su corazón, sentía como en su cuerpo, la temperatura aumentaba, y como ella se desesperaba cuando la corría a un lado sin darle explicaciones.
Pero hoy, hoy ella no iba a darse por vencida. Ya sabía mi verdad, y yo la de ella. Pero eso no le bastaba. Me aceptó, sí, hay que reconocerlo. Pero quería algo más, algo que yo no podía darle al menos ahora. Algo que probablemente jamás pudiera darle sin que salga lastimada… O mucho peor, muerta.

Cuando ella me tocaba, mis sentidos se agudizaban de tal manera, que todo lo que pasaba alrededor se volvía una nebulosa. Todo se agudizaba, por supuesto, pero en torno a ella, sólo ella.
Una vez que sus ojos se posan sobre los míos, no había nada que pudiera frenar el deseo incontrolable de clavar mis dientes en su suave piel y hacerle el amor. Pero no podía… ¡Simplemente no podía! Eso estaba muy lejos de mi alcance.
Amanda comenzó a besarme de tal manera, que me hacia sonrojar. Toda la sala de estar se vio inundada de su perfume, de su aroma, de sus gemidos y de sus manos sobre mi frío cuerpo, que estaba duro como una roca, inmóvil. Cualquier movimiento que pudiera realizar respecto a lo que estaba sucediendo podría causar la mayor de mis desgracias, perderla. Si no la amara tanto, podría haber actuado de inmediato. Podría haber hecho mi trabajo, tomar de su sangre, tener relaciones con ella y dejarla ir. Yo no quería nada de eso. Al menos no de ese modo, por supuesto que no.
No había nada más deseable que todo lo que imaginaba siempre en momentos así, sentirme dentro de ella, besándola y probando ese néctar encantador que debía tener, a juzgar por el aroma, corriendo en sus venas. No podía ceder, y aunque sabiendo su dependencia hacia mí, podría haberle pedido que me dejara alimentarme de ella, pero no podía imaginar siquiera el hecho que sus hermosos tejidos se vieran interceptado por mis feroces y filosos colmillos.
No podía siquiera imaginarme la situación. Ella, recostada sobre mí, dejándose morder, dándome todo el placer en un mismo segundo. ¡No! ¡De ninguna manera! No podría comportarme abiertamente como un monstruo y menos con la mujer que amo.
Temblaba de sólo pensar, en como la parte que mordiera se vería inundada por el flujo rojo que correría a pasos agigantados, pero al contrario, si así lo decidiéramos, tampoco estaba seguro de poseer el suficiente auto control como para detenerme antes de matarla. Ese era un terreno desconocido para mí del cual no quería participar, ni dejar que nadie participe.
Pero entre tanto, ella seguía sobre mí, sin siquiera imaginar que cualquier movimiento en falso desembocarían a… bueno, a eso. A morir por mí deseo más egoísta.

-¡Ja! –Dijo ella, que de un sopetón se había levantado, de manera graciosa.

-¿Por qué paraste? –Lo dije sin entender, yo quería que lo haga, pero ahora la necesitaba.

-¡Porque eso es lo que querías, tendrías que haber visto tu cara de pánico! –Y río entre dientes. Se comportaba como queriendo hacerme sentir bien, como si ella fuese la atacante.

-Fuiste estúpidamente humana arriesgándote así conmigo… -Entrecerré las cejas.

-Ni cerca de haber sido estupida. –Murmuró.

-Amanda, creo que no tenes ni la más minima idea de lo en riesgo que estas, cada segundo que pasas a mi lado. –Trate de ir lento, para que entienda la gravedad del asunto.

-Difiero de la hipótesis a la que te debes estar aferrando. –A pesar de que estaba equivocada, ella sostenía demasiado bien su discurso. Me sorprendió escucharla hablar con seriedad y alegría por primera vez en todo este tiempo.

-No seas necia ¡Por favor! No me alcanzan los números infinitos para contar la cantidad de veces que quise matarte… Sólo para… -Me enervé.

-¿Sólo para? No tengo ganas de completar tus frases Benicio, así que decime las cosas completas. –Casi gruñó.

-De matarte. Estoy avergonzado, lo siento. –Definitivamente merecía un cachetazo. Ella largo una carcajada e intervino.

-¿Matarme? ¿Por qué? –Estaba desconcertada.

-Por tomar de tu sangre Amanda ¿Por qué otra cosa podría ser? –Miré hacia el piso, realmente me encontraba avergonzado.

-Así que todo es por la sangre… -Se puso pensativa y continuó… -Es algo que no logro comprender ¿Sabes? Entiendo que ustedes los…vampiros. –Dijo dudosa mirando mi cara. –Se alimenten de sangre… Pero yo, humana de veinte años, no mato por comida humana. Eso no entiendo. –Y se largó a reír nuevamente.

-No es tan sencillo como pensas. No soy humano, por tanto no me comporto como tal. –Fui duro en mi respuesta, pero no había más que decir.

-¿Entonces es eso? ¿Nunca vamos a poder ser una pareja normal? Jamás vamos a… -Y se llevó las manos a su rostro, avergonzándose.

-No.

-¿Pero por qué? –Exigió saber.

-A menos que quieras terminar en la morgue, no veo la necesidad Amanda.

-¡Nunca vamos a poder ser normales!

-Nunca.

-Es muy egoísta de tu parte… Lo sabes bien. –Me regañó.

-Egoísta sería… ¿Querés saber que es lo egoísta Amanda? ¿Queres que me porte como un ser inhumano y egoísta? –Mi tono era atractivo, lo discerní a través de sus ojos, estaba bromeando, y a su vez, haciéndole entender de manera más didáctica.

-Benicio di Franco, Yo, Amanda, te desafío. –Se río y me mostró sus dientes, bromeando.

-Acepto. –Y me hundí sobre su espalda, de manera veloz, tanto que cuando llegué hacia atrás de ella, su piel se congeló.
Puse mis manos sobre sus hombros, tocándola suavemente, conteniendo la respiración. Ella estaba tensa. Creo que estaba empezando a comprender que esto no era un juego muy divertido. Sin embargo, se quedo expectante.
Sentí como se contraía sobre si misma mientras bajaba con mi mano haciendo ondulaciones con la yema de mis dedos sobre el contorno de su cuerpo.
Suspiró y volvió a componerse, no antes de que acercara mi cara sobre la suya, del lado de atrás. Olí su pelo, y fue uno de los peores errores que podía haber cometido. ¡Que negligencia la mía! Permitirme respirar estando a tan escasos centímetros de ella, sabiendo que de un solo manotazo podía dañarla.
Su cabello olía exquisitamente. Me descontrolé por segundos. Pero de alguna manera, se me hacía más fácil pensar en lo miserable que sería mi vida sin su existencia. Era del todo egoísta mi pensamiento, pero no estaba muy equivocado de todas formas. Mi extremo egoísmo la hacia sobrevivir. Y no me cabía ninguna duda que haría lo que sea para mantener su respiración constante.
Una vez que puse mis manos sobre su cintura, no pude evitar mirarla de cerca, desde atrás, en donde encontraba un ángulo de extrema excitación. Su piel olía a frutillas, debería ser alguna crema que usan las mujeres, el perfume predominaba, no más que su sangre, pero de tal manera que era imposible escapar de ello.
Estuve detenido en su belleza, era implacable, y se dio cuenta, lo supe cuando vi sus mejillas tomar un color extremadamente colorado, rojo sangre. Mi pensamiento se detuvo para desviarse, no podía pensar en sangre teniéndola a escasos centímetros.
Creo que habremos estado cinco minutos de la misma forma, hasta que ella se dio vuelta y me miró muy fijamente. Noté como su mirada penetraba mis ojos de manera posesiva. Y cualquier cosa que pudiese hacer para resistirme, era en vano. ¡Nadie puede resistirse a ella! ¡Nadie! ¡Ni siquiera yo, un Ser sobrehumano!
En segundos nada más, se encontraba explorando mi boca por dentro. Ese era su espíritu. No sabía jamás como es que la dejaba llegar tan lejos, y así es como siempre lo hacia. Me hechizaba por completo. Siempre tenía que volver a empezar, y desde la vereda de enfrente, desglosar toda información o acto, para volver a armarlo. Pero me era imposible. Nunca recordaba como llegábamos hasta donde llegábamos. Sólo me encargaba de disfrutar la mitad del asunto, en donde siempre, indefectiblemente se encontraba la mejor parte. Pero yo seguía yéndome al infierno, una y otra vez, cada segundo que pasaba a su lado, ella me drogaba. De manera total y salvaje.
Su lengua tocó la mía, y me sentí arder, sentí que marcaba su nombre con su saliva. Estaba ardiéndome realmente. La apoyé bien cerca de mí, para que no pudiera escapar, y tomé un respiro, tenía que permitir torturarme a mi mismo de esa forma. Sufrir. Lo merecía. Pero no pude contenerme ni un segundo más, ella había apoyado su sexo contra el mío, y a pesar de toda la ropa puesta, pude sentirla. Pude sentir sus partes más calientes quemándome la piel.

Para ese momento, con todas mis fuerzas salimos disparados a velocidad vampiro al sillón del living, ella se asustó y se quedó mirándome fijo. Sus ojos estaban dilatados de lujuria. Brillosos, mirando un punto fijo. Mis labios.
Retomé besándola con más fuerza que la vez anterior, y no pareció molestarle. Tomó mi cintura por debajo de la camisa, y por primera vez hizo contacto físico con algo más que no fuese mis brazos o mi boca. Sentí como se estremeció. Apartó sus labios de los míos en busca de alguna explicación, pero volví a besarla. Volví a callarla, sellando cualquier distancia con un beso interminable. La senté sobre mí, tocando su cuerpo, desde la panza hasta su cuello, pasando por aquellas montañas medianas que tendían sobre su pecho. No hubo nada más vertiginoso que eso, y sentía que a medida que pasaba el tiempo, comenzaba a debilitarme aun más. Necesitaba alimentarme. De eso ya no había duda. Pero ¿Por qué ahora? No era el momento. Yo quería seguir, y esto era auto flagelarse.
Ella miraba, ya que yo había tomado cierta distancia de un cuerpo a otro, y comenzó a desabotonar mi camisa manchada con sangre, botón por botón, y por cada uno que desabotonaba, hacia notar como cada uno, tenía para ella, un significado distinto.
A medida que terminaba con uno y empezaba con el otro, se notaba como el calor iba subiendo.
Me mordía los labios contra el deseo de arrancarle toda la ropa con los dientes en apenas dos segundos y medio, pero no iba a poder hacer el resto. Era demasiado preámbulo para absolutamente ningún desarrollo. Como leer la introducción de una historia y luego retomar en el final "vivieron felices" Me pregunto ¿Qué pasaba en el medio?
Entre tanto yo me imaginaba historias sin desarrollos, ella había llegado a mis pantalones. Quería obtener como trofeo lo último por desabrochar. Sin dudas: ella quería condenarme totalmente y de por vida a la infelicidad de perderla en caso que yo cediera al resto.
Saqué sus manos de mis pantalones con la última fuerza de voluntad que me quedaba disponible, y gemí de placer en el intento. Error. Grave error. Si tan sólo no hubiese abierto mi terrible boca, a lo mejor Amanda iba a creer que la estaba rechazando. Se levantaría. Diría que era un vampiro estúpido y pegaría un portazo en la puerta de mi casa. Bien. Eso no es lo que yo quería con exactitud, pero al menos iba a vivir un día más. A lo mejor pronto me perdonaría, y bueno… Y bueno nada. Mi vida y mi existencia apestaban de principio a fin. Jamás iba a poder entregarme completamente sin que alguno de los dos salga lastimado. Y lamentablemente, terriblemente, desgraciadamente, en la ecuación siempre me tocaba sufrir. Porque si ella moría en mis garras, la culpa y la desdicha iban a consumirme en la más terrible de las negruras. Pero si hería sus sentimientos, jamás podría perdonármelo, ni siquiera borrar el recuerdo de mi mente.
¡Momento, momento! Todavía hay más. Definitivamente está comprobado. Ella va a matarme a mí, y no al revés como siempre supuse. Que dicha. No me quejo. Lo prefiero así.
Si algo faltaba a todo esto, es que con delicadeza levante parte de su vestido, como lo hizo. ¿Acaso no le importaba verme sufrir? Parecía una vampirita desalmada. Estaba disfrutando de lo que pasaba, sin tener cuidado del daño que podía proporcionar la situación. En sus ojos vi la absoluta maldad. Creo que si existiese la maldad sana, este caso sería parte del top teen. La maldad

que proporcionaba su rostro lujurioso, era propio de la mujer que quiere satisfacer los deseos sexuales del otro, aun sabiendo que esa persona por algún motivo x no podía ceder. Ella me estaba provocando. ¿En qué parte del “Voy a hacerte daño” se había trabado sin comprender? ¿Acaso quería morir? ¿No le importaba dar su vida por mi satisfacción? Y obviamente también la de ella… ¿Pero verdaderamente valía tanto la pena? Para mi sería lo mejor que podría pasarme. Pero… ¿Yo valía tanto? ¿En verdad estaba dispuesta a todo o nada? Un suave gemido interrumpió mis pensamientos.

-Hacelo, y nada más. –La noté agitada, mientras seguía moviéndose sobre mí. Sin parar. Hacia delante y hacia atrás. No pude responder, mis ojos estaban vidriosos, viéndola, debatiéndolo en mi interior. –Tocame. –Finalizó.

-Am… Amanda. Si pararas un poco… aunque sea. –Hablaba entrecortado, no podía coordinar.

-No puedo ¡No ahora! ¡Tocame! –Su voz era profunda, mientras me besaba y saboreaba cada rincón de mis labios, comenzó a bajar. Peligrosamente.

-No hagas eso. No lo hagas. –Estaba implorándole. Estaba pidiendo piedad. Ella no me contestaba, seguía bajando. -¡Por favor no! Amanda, no voy… no… no voy a poder parar… esto no, no va a funcionar de este…modo. –Iba a explotar. Esto era demasiado visceral. Levanto su vista y comenzó a ascender por mi pecho, nuevamente. Esto en ascendente o descendente estaba suicidándome. Me miró a los ojos y me urgió:

-No voy a detenerme, hasta que estés dentro de mí. –Me advirtió al oído. Mi vista ya estaba nublada de principio a fin. Sus palabras bastaban para hacerme volcar de lujuria. Y comenzó a subir su vestido. Su piel no era tan blanca como la mía. Su piel blanca más bien era la común. Acá el muerto era yo, y dejaba la exageración para mí. Mis manos se fueron a sus pechos inmediatamente y los volví a sacar con incredulidad de sólo pensar hasta donde me había dejado llevar. Se había quedado en ropa interior, parecía que estuviera hecha a medida, cada parte del encaje con el que estaba hecha, se fundía en sus contornos. Mi boca se hizo agua.

-¿Tenes hambre? –Me preguntó al oído.

-¡No! –Le rugí.

-A mi no me molestaría… darte un poco de mí. Te amo. –Siguió besándome. Y puso provocativamente su cuello en mi boca, mientras seguía moviéndose sobre mí, de manera cada vez más acelerada.- ¿No te gustaría? –Era una traficante. Parecía vendedora de drogas, ofreciéndole la destrucción absoluta al adicto. Estaba publicitando el viaje de ida.

-Creo que no es eso… Creo que no voy a poder parar… Creo que… -Quedé petrificado al darme cuenta de una verdad absoluta.

-¿Qué? –Exigió saber entre sus dulces gemidos.

-Tu sangre… sería lo de menos en este momento. Necesito tu cuerpo. -¡Qué novedad!

-Entonces… es tuyo. ¡Es tuyo! ¡Te necesito ya, y de manera urgente! –Sus labios apretaron los míos, tan fuerte, que no discerní el momento en que pude haberla mordido, o ella me mordió a mí. Lo único que se, es que su tierna carne se cortó sobre mis labios por el salvaje movimiento. Mi cabeza comenzó a experimentar una especie de jaqueca que nubló toda visión posible, y sólo pude atinar a correrla de mi lado, sin medir la fuerza. Ella necesitaba estar lejos. A salvo. Bien lejos de mí. De mi vista y de mis manos. ¿Qué clase de hombre era? Un monstruo.

-No es tu culpa ¡Es mi culpa! Perdoname por favor… -Me pidió sin consuelo. Evaporándose en el aire todo deseo carnal.

-Al baño… ¡Ya! –Le ordené de un grito.

-¿Qué?

-Que vallas al baño, a quitarte… a limpiarte la sangre. Y a vestirte. –Era una mezcla de suplicas y gritos, o al revés. Ya no comprendía que se interponía a que.

En su viaje al baño mi cabeza daba vueltas, no podía contener las ganas de beber de su sangre, aunque entendía el riesgo. Aunque lo conociera de principio a fin. Jamás me había pasado una cosa como esta. Necesitaba mi alimento de modo urgente. No sabía cuanto tiempo más podía aguantar. Y aunque fuese demasiado no podía permitírmelo. No estando ella en la casa. Entonces, volvió.

-No se que pasa Benicio, pero te necesito ya. –Insinuó de manera sutil. Yo comprendía sus necesidades, y eran las mismas que las mías. No en su totalidad. Además de esa necesidad, yo estaba hambriento.

-Seguís sin entender que es demasiado peligroso. Para muestra un botón.

-O al menos cinco, que fueron los que me permitiste desabotonar. –Bromeo de manera inoportuna.

-¿Qué pasa si salís lastimada? –Exigí saber.

-No serías capas.

-No se de lo que soy capaz en estos momentos, habiéndote dejado que llegaras tan lejos.

-No tan lejos como hubiese querido. Estoy insatisfecha. –Parecía que estaba de buen humor.

-Ni de lo que yo deseo. Pero me es imposible. –Protesté.

-Te deseo, de forma incontrolable. –Su voz ahora parecía un ruego, demasiado inoportuno, por cierto.

-Yo también, tu cabeza jamás podría imaginar cuanto. –Le susurré, acercándome violentamente a ella.

-Eso me asusta. –Me explicó.

-¿Mis movimientos? A mi asustaban los tuyos sobre mí, sin embargo evité hacértelo notar de manera oral. –Ahora yo era el bromista. La sorprendí metiendo sus manos por debajo de mi pantalón, inclusive debajo de mi boxer.

-Oh. –Dijo ella en forma de suspiro. Y sus ojos se volvieron hacia atrás, al igual que su cabeza. Envuelta de placer.

-No me… estas…. Ayudando, en nada. – ¡Esto no está sucediendo! –Le repetí dos veces de manera constante.

-Sos mío. De la misma manera que yo tuya.

-Mía. –Repetí sin pensar, sus manos me desconcentraban. –Basta. –Agregué.

-¿O qué? ¿Voy a morir? Encantada.

-No te imaginas las cosas que estas diciendo. Basta, por favor.

Y entonces, se alejo de mí, a una distancia de cuatro metros, sacó de su corpiño una gilette, que supuse, tomó del baño, y experimentó un corte en en el cuello.

-Quiero morir. Ahora. –Me exigió desafiándome. Y de un salto me encontré sobre su cuerpo. Mojándome los labios.

Capitulo número catorce
Toda mi eternidad.

Su arteria carótida bombeaba para mí, de manera excitante. Tanto, que llegué a perder conocimiento de tiempo, espacio, lugar, etcétera, etcétera. Sabiendo que estaba mal, y que esto jamás tendría que haber pasado, seguí. De todas formas yo estaba condenado al Infierno, y aunque pudiese merecer algo mejor, lo perdí desde el momento en que la condené a vivir bajo las sombras de un vampiro sin sentimientos.
Me dejé llevar bajo su flujo de seducción y me desencontré con mis valores, con mis principios. Todo aquello que había aprendido a lo largo de mi pequeña eternidad, se había fumigado.
Por un momento, me imaginé humano. Sin ir más lejos, y redundantemente no tan alejado de la realidad, los humanos suelen hacer esta clase de cosas. Ellos organizan guerras en las cuales miles de chicos y familias son destruidas, por conveniencias meramente monetarias. Compraban y vendían según sus necesidades. Y acá me encontraba yo. Como un humano más, saciándome de sangre. De la sangre de la persona que amaba. Alejándola de la vida a pasos agigantados a medida que mi boca sorbía un trago más. Era un estúpido humano egoísta, que se dejó llevar por un gran placer, a pura conveniencia, sin importar que el amor se le escapara de las manos como agua entre los dedos.
Cuando salté sobre su cuello, me descontrolé. Mis ojos se dilataron. Vi su rostro alejado entre una gran multitud que me señalaba con el dedo, que me conocía, que sabía mi secreto.
La misma multitud interior que me pedía que lo haga, que la drene hasta dejarla sin vida, ahora me apuntaba con el dedo, juzgándome. Me hacían saber que era un ser despreciable. Sin embargo, no pude parar. Pero lo peor no era eso, en definitiva, lo que me hizo detener hasta ese momento no fue no querer morderla por miedo a matarla, sino que no quería morderla, para no hacerla presente de la tortura que significaba, no quería profanar su cuerpo de esa manera. No a ella, no iba a animarme. Aunque, veo que al fina, si lo hice. Al fin y al cabo, de ésta manera me alimentaba día a día. Cuando muerdo a alguien para alimentarme, mi saliva es el gran antídoto para desvanecer en la memoria del humano todo lo ocurrido. Es por eso que los vampiros no somos moneda corriente en la jerga diaria de las personas. Así que en cuanto pensé en ese hecho me puse feliz, ella no recordaría nada de esto, pero aun así, yo no iba a poder vivir con mi conciencia, por lo que terminaría contándoselo.
Cerré mis ojos y seguí alimentándome hasta que la escuché gemir, pero de dolor. Se me estaba pasando la mano y tenía que detenerme antes de matarla. Saqué mis colmillos de su fino tejido de piel, y fue el momento en que todo se me cayó encima. De repente todo estaba mal, al menos para mí. No estaba bien lo que había hecho, bajo ninguna circunstancia, y tampoco podía culparla a ella por provocar mi instinto asesino. A pesar de que le pedí de mil maneras que se detuviera, no podía echarle la culpa de jugar tan inconcientemente con la muerte. ¿Qué es lo que debía pensar? ¿Mi novia era una demente que le gustaba jugar tan cerca de todo lo referido al más allá? ¿Para ella era tan normal codearse con vampiros? No, de ninguna forma. Pero era

extremadamente grave el hecho que provocara a un vampiro de manera sexual. Definitivamente, Amanda era una humana de lo más extraña.
Levanté la mirada, avergonzado, para ver su rostro, y tratar de explicarle lo que había pasado, dado que no debería recordar nada, mi saliva ya tendría que haber hecho su trabajo y ella iba a molestarse, o a lo mejor no, al fin de cuentas era lo que ella quería. Al menos hasta que me lancé sobre su cuello. Entonces algo de lo más extraño sucedió, me dí cuenta que Amanda no era como los demás humanos. Hasta ahora había podido pasar años y años alimentándome de gente que encontraba en la calle, me tomaba diez segundos saciarme y al apartar mi boca de la micro lastimadura que dejaba, después de interminable tiempo de practica y prolijidad, notando como mis victimas no recordaban el encuentro sangriento. Pero Amanda lo recordaba todo, dejándome atónito frente a su recuerdo. Y totalmente espantado frente a ello.

-Estoy bien. –Pronunció para hacerme sentir mejor, dado a que su cara carecía de color.

-¡De ninguna manera! ¡Soy la criatura más horrible sobre la tierra! –Y de mis ojos sobresalía el dolor.

-No… ¡No digas nunca más eso! –Me gritó enfadada.

-Por supuesto que sí. Jamás se me hubiese cruzado por la cabeza dañarte de éste modo. –Inquirí.

-Lo hiciste. –Y sonrió.

-Por esto y por muchas cosas más, voy a odiarme por el resto de vida que me quede.

-¡Ja! ¿Y si te dijera que me gustó? –Enarcó su ceja.

-Imposible. –Repliqué. –A menos que seas una demente.
-¡Lo soy! –Rió

-Eso creo. –Finalicé

-Entonces, somos monstruos y dementes los dos. ¿Qué te parece? –Bromeo

-Reservo mi opinión. –Le dije mientras con su dedo limpiaba algún resto de sangre en mi cara, llevándose a la boca para lamerla ella misma.

-Cero negativo. Delicioso. –Y amplió su sonrisa.

-¿Qué? –Exigí saber.

-Mi sangre. Cero negativo, eso debe gustarte teniendo en cuenta las películas de vampiros. Sangre azul, como hubiese dicho mi papá. Sangre de realeza. –Se reía sin parar.

-¿Vistes muchas películas de vampiros, no? Pero jamás estuviste tan cerca de morir en manos de uno. –Yo estaba realmente disgustado.

-¡Las suficientes como para amarlos! –Exclamó.

-No sabes de que hablas. –Me enturbié sobre mi mismo.

-No hubieses sido capaz de matarme, me necesitas demasiado como para privarte de mi presencia. –Y sonrió tanto, que me dolía ver toda esa belleza junta.

-¿Tan segura estas de eso?

-No es gracioso que subestimes tu amor, ni que me desmoralices de esa manera, Benicio di Franco. –Y sus ojos se fruncieron, para hacerme saber que había hablado de más.

-¿Por qué lo recordas todo? –Pregunté, exigí saber.

-¿De que hablas? –Dijo confusa, y claro, ella no sabía de los pormenores del tema.

-Cuando me alimento, mi saliva… ¿Cómo explicarlo? Hace que el humano en cuestión olvide ese momento. Sino imagínate que me sería imposible alimentarme, no me agradaría matar a las personas sólo por comida. –Sus ojos se abrieron, estupefactos. Ella ahora debería de sentirse como un fenómeno.

-No sabía eso… -Y sus palabras fueron perdiéndose.

-Sos distinta, siempre lo supe. –Ahora me tocaba a mí sonreír.

-No me gustaría olvidar absolutamente nada de lo que vivo con vos. Y menos esto ¡Fue tan excitante! –Sus ojos brillaron. Y yo imaginé que venía ahora. ¡Amanda y sus hormonas revoloteando, eso me complacía!

-No empecemos de nuevo. –Fui severo.

-Si, yo creo que sí. –Y me guiñó el ojo, levemente.

-Fue suficiente grado de peligro por esta noche.

-No para mí, tengo pilas para mucho más que una mordidita. –Y me codeo.

-Yo necesito comer… Un poco más. –Agregué.

-Y yo tengo algunas vías sanguíneas en muy buen estado para que aproveches. –Volvió a guiñar su ojo.

-¡Por favor! –Reí. –No creo que soportes la extracción de un solo mililitro de sangre más. –Y besé sus labios.

-Oh. –Agregó ella, con un suave gemido.

-Vuelvo enseguida. ¿Sí? –Le rogué.

-¿A dónde vas?

-Plaza Alsina. Muy cerca. Vuelvo en menos de cinco minutos. –Y besé su rostro en varios besos continuos.

-Voy a extrañarte. –Me susurró al oído, y agregó. –Voy a estar acá, esperándote. Creo que sería de mala educación que me hagas volver a casa, de noche. Y tu cama es muy grande para vos sólo. –Entendí por completo su proposición y me dediqué a partir. Sonriéndole. Sin saber que ésa iba a ser nuestra última conversación.

Me dirigía hacia la plaza Alsina, quedaba a unas diez cuadras de mi casa, iba en busca del alimento suficiente, teniendo en cuenta que hoy iba a ser la noche en la cual no iba a poder escapar de Amanda y de sus deseos…sexuales. Pero no podía concentrarme mucho, iba a ser mi primera vez en tantos años como vampiro. Y la amaba, la amaba realmente. Hacia ya dos años que estábamos juntos y todo había sido demasiado caliente. Nunca podíamos llegar a nada, y como éste había sido el momento en el que nos dijimos todo, no podíamos dejar pasar ni un segundo más. Había probado de su sangre, de su exquisita sangre, eso quería decir que algo de autocontrol tenía, y estaba incentivado. Podía controlarme sin lastimarla. Sin causarle daño alguno. Estaba preparado. En hora buena muy bien preparado. Sabiendo que no iba a tardar mucho en mi excursión de casería, me aprонté para hacerlo aun más rápido que nunca. Pero algo desvió mi concentración. Un grito inesperado nubló mis pensamientos e hizo que me enloquezca. ¡Era Amanda! ¡Podía escucharla desde acá! Mi audición totalmente sensible podía darme ese lujo. La escuchaba desde dónde estaba, y empecé a desesperarme, de manera gradual hasta llegar a la ira total. ¿Qué estaba haciéndola gritar de ése modo? Me volví sobre mi mismo eje, realizando mi marcha ahora hacia atrás, para volver hasta mi casa. Miles de pensamientos se me cruzaron por la cabeza. Pero nada cuadraba, nada podía ser tan trágico como para que ella gritara así. Hasta que llegué y lo vi todo. Era el diablo y su grupo de vampiros. Estaban alrededor de Amanda. ¿Qué estaban haciendo acá? Los podía distinguir. El Diablo, encabezando la obra, y a sus costados Benjamín, uno de los vampiros más viejos y poderosos, por cierto, que residía en el Infierno, porque la Tierra jamás le pareció digna de él, y Andrés, hermano de Benjamín, de apariencia juvenil, a pesar de sus años, que demás está decir, nunca se le iban a notar. Amanda se encontraba acostada en el suelo, con la cabeza en las piernas de Benjamín, mientras este la tocaba con sus manos de manera paternal. Y Andrés, que durante mi estadía en el Infierno, jamás me había terminado de cerrar, miraba al amor de mi vida con ojos sedientos. Eso me hizo enervar la sangre de manera que me lancé sobre él en un intento fallido, porque el Diablo ya tenía sus garras sobre mis hombros, apaciguando mis movimientos. Y entonces, bajo la orden del mismísimo rey de las tinieblas, Benjamín cortó con uno de sus filosos colmillos la arteria femoral de Amanda, mientras ella, parecía complacida. ¿Qué estaba pasando? Me transformé de la rabia, pero nada

podía hacer. Quería gritar, pero no serviría. Estaba impotente de la rabia y rompí el silencio.
-¡¿Qué es todo esto?! –Estaba fuera de mí.

-Una linda chica. –Dijo Andrés con tono inocente. A veces me preguntaba si este chico era normal.

-¡Es mía, no tienen derecho! –Grité.

-Pero no es tuya la obligación de mantenernos a salvo. Por eso vinimos. Tan rápido que hasta sorprendemos ¿No? –Preguntó el Diablo.

-No entiendo. Nada. –Exigí saber más. -¡Suéltenla!

-Claro que no. –Dijo Benjamín, haciendo una pausa para seguir bebiendo de su sangre.

-Claro que no. Replico el Diablo, agregando. –Ella lo sabe todo, Benicio, debiste de imaginar las consecuencias.

-Por supuesto que no. Ni siquiera sabía que ella iba a recordarlo, se supone que no pasaría cosa tal. ¿Por qué los demás jamás lo recuerdan?

-Error. Ella si lo recuerda y no puede vivir. Benjamín, adelante. –E hizo su veredicto final.

-¡No! ¡Un momento! ¡Por favor, déjenla ir! –Pedí, llorando.

Intenté soltarme, matarlos a todos juntos, disfrutando de mi victoria. Pero eso no era posible, el Diablo más bien sabía y ganaba por Diablo, y aun así, aunque pudiese arrancarles la cabeza a Andrés y Benjamín, no podría sobrevivir del Rey. Pero eso no me importaba. No podría vivir sin Amanda, nada tenía sentido para mí. Pero tampoco morir en vano. Tampoco me agradaba morir sin llegar a salvarla. Si podía hacer que estos tres seres del Infierno desaparecieran conmigo, y la dejaran vivir, yo pagaría esa deuda. Sin pensarlo. Pero estaba muy lejos de eso. Benjamín había comenzado su trabajo y nada lo detendría.

-Por favor ¡No! ¡Basta! –Pero era inútil, ellos no me escuchaban. Benjamín aceleró el trabajo de aniquilación y comenzó a beber de la misma herida que yo le había producido.
Tardaron menos de un minuto, y yo nada pude hacer. Mí Amanda, se encontraba en el piso, y su piel se tornó en un color más morado que el rosado que solía tener. Mi cuerpo se aflojó sobre su cuerpo. La abrasé como nunca antes lo había hecho. Lloré sobre su cuerpo sin vida, odiándome por no haber podido hacer nada. Me sentía muerto, más de lo normal. Ahora, en ese instante, sentía como tenía corazón. Pensé que nada latía dentro de mí. Pero estaba equivocado. Mi corazón, lo sentía ahí, sufrir. Tenía ganas de arrancármelo. Me dolía, con muchas fuerzas. Sin parar. Dolía más que nunca, esto si era dolor verdadero.

Sacudí su cuerpo, pensando que así la volvería a la vida. Pero nada. No quedaba más por hacer. Al final de cuentas todo había sido mi culpa. Si yo no hubiese cedido a mi deseo de sangre, ella ahora estaría acá. A mi lado. Estaría sintiendo su calor junto a mi cuerpo. Escucharía su corazón latir, la sentiría respirar. Pero nada de eso, por más fuerte que lo deseara, iba a ser posible. No ahora.
Quería tener mi duelo, sin nadie alrededor, o matar a éstos monstruos sin alma, para sentirme mejor, al menos para poder vivir con que los causantes de esto habían tenido su "final feliz" Pero era en vano, cualquier movimiento que realizara sería en vano. Y aun así, lo intenté.
Yo no era un cobarde, no después de que me arrebataron a la mujer de mi vida. Y me abalancé sobre Andrés, al fin de cuentas el me caía mal, y toda mi bronca se centró en su mirada. Pero tal y como me lo esperaba, su hermano se puso delante de él, con sus colmillos expuestos, gruñéndome. No me importó, seguí, y el pecho del Diablo sirvió de barrera, porque reboté contra la pared.

-No van a matarse por una simple mortal ¿O sí? –Dijo éste último.

-Por supuesto que no. –Dijeron a coro los hermanos vampiros.

-¡No tenían derecho! –Grité con vehemencia.

-¡Claro que si! ¡Exponernos, de ninguna manera! –Sugirió Andrés.

-Ella jamás hubiese expuesto nuestra condición de vampiro. ¡No ella! –Expliqué a los gritos, nuevamente.

-No íbamos a arriesgarnos. –Dijo Benjamín.

-Benicio… me interesa tu sugerencia. Pero bueno… obviamente no podíamos esperar sentados el momento en que tu noviecita nos descubriera. –Hizo una pausa. –Sin embargo, hay puntos fundamentales, que veo, no estas enterado.- Me miró fijo.

-No me interesa nada, no en este momento. ¿Por qué no me matan a mí? Ahora… -Mis lágrimas brotaban.

-Ganas no me faltan. –Susurró Andrés a su hermano.

-Bueno. –Interrumpió el Diablo. –Benicio, vos te suicidaste. En tu época humana, si mal no recuerdo ¿No? –Él lo recordaba muy bien. –A Amanda la matamos. –La vena de mi frente se enmarcó. Haciéndoles notar que la furia no iba a dejar controlarme mucho más.

-No veo sentido alguno a tu explicación. –Le recriminé.

-¡No quiero pensar que vas a otorgar…! –Dijo Benjamín, pero fue interrumpido rápidamente.

-Si. A eso voy. –El diablo le cruzó una mirada sentenciante y siguió. –Así como las almas suicidas tienen una condena, las que son arrebatadas antes de tiempo mediante una fatalidad tienen su premio. –Me miró fijamente, pero yo no lograba comprender nada en absoluto. ¿Acaso qué sentido tenía matarla, si iba a premiarla, o a premiarme de alguna manera?

-No entiendo. –Exigí saber más.

-Puedo traerla de nuevo, Benicio. Puedo hacerlo. De hecho… voy a hacerlo, es mi deber. Pero está en vos decidir tener algo que ver con ella o no.

-¿Qué? –Mi cuerpo se enervó. No entendía nada. – ¿Por qué harías algo así por mi?

-Sigo apostando en el amor. ¡Ja! No, en realidad. Que me brindes años de servicios, no me vendría mal. Favor con favor se paga, ¿o no, querido amigo? –Me dijo. Desafiante.

-Haría cualquier cosa por tenerla de regreso, ahora mismo. –Mi voz se apagó de repente.

-No, no creo que sea ahora mismo… Pero… Si en unos cuantos años. –Finalizó.

-¿Años? ¡No podría esperar! -Mis ilusiones se desarmaban

-Bueno, veámoslo de manera positiva. Necesito que regreses a nuestro hogar. Acá abajo. Algunas tareítas sueltas que tengo. Como vez no doy abasto con Andrés y Benjamín. Uno más como mano derecha no me vendría mal. Y por otro lado… Podría concederte el favor… ya sabes. Traerla de nuevo con memoria. Que te recuerde, que sea tuya.

-¿Cómo lograrías una cosa así? –Pregunté con entusiasmo.

-Bueno, es un poco complicado. Como te dije, las almas que son arrebatadas por ciertas fatalidades como el asesinato, en este caso. –al pronunciar la palabra asesinato, se me erizó la piel. –Es inevitable que esa persona no reencarne. Como segunda oportunidad. ¿Entendés?

-¿Reencarnar? ¿Segunda oportunidad? –Estaba sorprendido, yo era un ser sobrenatural, pero estas cosas seguían alterandome.

-Sí, claro. Como lo estás escuchando. Cuando te suicidaste fuiste condenado a pasar toda una eternidad con “vida”. ¿Creías que la gente a la que asesinaban no iba a tener algún tipo de suerte especial? No podíamos dejar con vida a tu querida Amanda, sabiendo que eso nos ponía en riesgo a nosotros. Pero tampoco podemos dejar pasar por alto que lo cometido fue un asesinato. –Esa palabra, seguía dándome escozor. –

-¿Con todo el mundo es así? –Me sentí curioso.

-Claro que sí. Pero nadie reencarna con memoria. Cada persona que muere bajo circunstancias fatalistas, tiene otra oportunidad de vivir, bajo otro nombre, otra familia, otro lugar. Eso es el destino y la casualidad. Yo no elijo. Pero podría hacerlo. Ninguno lo recuerda, por supuesto. Pero, nuevamente, yo podría hacer que sí. ¿Se entiende?

-¿Qué va a costarme eso? -Exigí saber.

-Años de servidumbre, nada mal, nosotros sabemos pasarla bien. –Y me señaló a los hermanos que se encontraban rígidos a su lado.

-¿Cuándo?

-Ahora, y pronto. –El sabía que me refería a lo último que contesto. Al “pronto”

-¿Cuánto es pronto? –Demandé.

-Veinte años más, mínimo.

-¿Veinte años? ¿Por qué tanto?

-No creo que quieras tocarla, teniendo días de vida… O diez años… Aunque claro está, no conozco tus fetiches sexuales. –Se rió a coro junto a los hermanos vampiros.

-¡No me causa gracia! –Dije enfadado.

-Benicio, la hemos matado, ¡Dejala vivir un poco más!

-La quiero conmigo, cuanto antes. –Exigí.

-Las reglas son las reglas. –Cantó.

-¿Cuáles son las reglas, específicamente?

-Renace en otra persona. Si queres muy cerca de acá. Esperaríamos a que tenga veinte años, por causas naturales muere. Se encuentra con vos, en nuestra guardia. –Léase, el Infierno. –Y se va vampirescamente con vos, a hacer de las suyas.

-¿Vampirescamente? -Pregunté confundido.

-¡Claro que sí, a menos que quieras que de nuevo la matemos! –Y volvió a reír a coro junto a Andrés y Benjamín. Esto a mi ya no me causaba ni una pizca de gracia.

-Veinte años es demasiado. –Susurré.

-Más lo es una eternidad. –Me tentó. -¿Entonces…?

-Es que… -Dudé.

-Benicio, es muy fácil. En veinte años vuelve.

-¿Y toda su vida pasada? ¿No crees que va a odiarme cuando se entere que hace veinte años atrás fue novia del vampiro que se alimentó de ella, y por ese motivo perdió la vida, la misma noche que pacté con el diablo su regresó veinte años hacia adelante, privándola nuevamente de otra vida formada? –Me descoloqué de sólo pensarlo.

-Llevará su tiempo, pero son riesgos que vas a tener que tomar, si la queres de vuelta.

Pensé en ella, en su sonrisa, en su amor, en su todo. No podía negarme a tal oferta. Si ella me amaba iba a arriesgarse. Pero no sabía como podía reaccionar una vez vuelta a la vida conmigo, o a la muerte en definitiva. Si ella estuviese viva, todavía, supongo que hubiese sido la primera en votar a favor del Rey de las tinieblas, pero no podía pensar claramente. Mi deseo de tenerla de nuevo se apoderó de mí, y no tuve más alternativa. O no quería tenerla.

-Hecho. –Y mi veredicto fue el final. Había condenado a mi amada a esperar por mí, inconcientemente durante veinte años más en otro cuerpo, que sería el mismo. No tenía escrúpulos, pero supongo que el amor carecía de ese valor.
Y fue entonces, fue cuando volví hacia el Infierno, a esperar veinte años más por la misma persona. Contando cada segundo por volver a verla. Pactando con el Diablo, por primera vez en mi vida de muerto.

TERCERA PARTE.

La historia vuelve a ser retomada de la mano de Amanda.

Capitulo número quince.
Befote the pillow’s war

*Capitulo 15 *Antes de la guerra de almohadones**
La historia vuelve a ser contada por Amanda en lo que es "la época actual como vampiro"

Después de que Benicio me obsequiara el collar que me protegería de los fuertes rayos solares que dañan mi piel, me quedó en la mente, retumbando de manera incesante su última frase “Voy a cuidar de vos, por toda la eternidad” ¿Por qué él haría una cosa así? ¿Qué obligación tenía conmigo? Supongo que ninguna, era raro. Él, de por sí era demasiado raro. Estoy viviendo en esta casa de San Telmo que no se de quién es. ¿Acaso este era su lugar en el mundo humano? ¿Habría vivido acá con su familia? Mejor dicho… ¿Alguna vez tuvo familia? Por supuesto que sí, de algún lado tuvo que haber salido. No conocía nada de aquel misterioso hombre de piel marfileña, de rasgos hermosos y deslumbrantes, de piel fría como la nieve, aunque a mi tacto, era algo normal. Aquel hombre de mirada penetrante. ¡Por dios! ¡Que hermoso que es! Y aun mejor, que terriblemente misterioso me parece. Es, para mí, una película sin final. Un número nuevo de mi saga favorita. Con él, aunque parezca raro, siempre quiero más. ¿Pero de qué hablo si apenas hace horas que convivimos? Un momento… ¿Convivimos? ¡Todo es extremadamente confuso! No se donde estoy, en que año vivo, que hora es, ni quien es el hombre que me protege. No se nada. Sin embargo, a pesar de desconocer todo lo que me rodea, me siento protegida. Felizmente protegida.
Hacia ya dos horas que había salido a caminar. Inmediatamente cuando Benicio me rodeo con sus brazos para colocarme el collar y susurró en mi oído eso que me descolocó por completo, giré, le sonreí en modo de agradecimiento, y salí disparada por la ventana del living. No sabía que hacer, ni que contestar, ni que mirada dirigirle. Solo le sonreí. Y me fui. Estaba demasiado confusa como para pensar, y entonces fue que se me ocurrió dar un paseo.
Me encaminé a la plaza Dorrego en San Telmo, cerca de donde vivía. Ahí siguen juntándose hippies a vender artesanías tal y como lo hacían diez años atrás, y me senté justo al lado de unos puestos callejeros, a observar a la gente. Esta misma me respondía de manera asombrada. ¿Qué tenía? Además de un hermoso vestido que supongo, me puso Benicio antes de acostarme, o me cambio mientras dormía, y una macabra palidez, supongo que nada fuera de lo normal. Momento… ¿Benicio me había desnudado para vestirme? Me sonrojé. A lo mejor yo me había cambiado. Pero precisamente, supongo, que no hubiese elegido este vestido para dormir. Pero sigo pensando porque la gente me mira como si fuese un bicho en exhibición. Esta bien que era blanca por demás, ¿Pero acaso jamás habían conocido a una albina? Yo no lo era, pero… al menos mi color de piel sí.

Se me acercó más de un hombre a pedirme fuego, pero yo no fumo, y mi estadía sentada no fue demasiada. Seguí caminando por la calle Humberto Primo y llegué hasta la Avenida Paseo Colón. A partir de ahí no hice más que caminar en círculos, no quería perderme. Estaba cerca de casa, y pretendía volver con mi cabeza un poco más tranquila, cuando en una de las paradas de colectivo vi un gran cartel que ocupó mi mente. Era grande, más alto que yo. Bueno, a decir verdad no había que hacer mucho para superarme en estatura, pero sea como sea, era grande, y ancho, podría estirar mis manos y no alcanzaría a tocar el otro extremo. Negro, con estrellas diminutas en color celeste, y blancas, y fuegos artificiales, y muchas plumas… Era la invitación a un evento, al evento "Guerra de almohadas".
Textualmente decía así: "Guerra de almohadas SÁBADO POR LA NOCHE-hoy-EN EL PLANETARIO GALILEO GALILEI – Av. Figueroa Alcorta y Av., Sarmiento. Palermo"
Estaba realmente asombrada ¡El planetario seguía existiendo! Me dio mucha felicidad… ¿Guerra de almohadas? Eso sonaba divertido. A lo mejor necesitaba un poco de la medicina que hacia olvidar, olvidar… Olvidar todas esas cosas humanas que ya no podría sentir. Olvidar a la gente que amo, de alguna manera u otra, yo no les iba a hacer ningún bien.
Me acuerdo de la última vez que estuve en el planetario con Dante, nos volvimos peleados, porque había encontrado un envoltorio de chocolate en la cartera, y él quería que yo hiciera dieta… ¡Si me viera ahora! Ahora era hermosa, y estilizada. Mi piel era perfecta… Ahora me amaría más, ¿No?
No quería pensarlo, me retorcía el corazón cada vez que intentaba acordarme de él. ¿Encontraría alguna similitud en el cuerpo anterior de Amanda y éste? Si me viera, seguro pensaría que bajé del cielo, por desgracia subí desde el Infierno y como mucho, quedaría deslumbrado ante tanta similitud. Pero jamás se le pasaría por la mente que la Amanda que murió hace diez años, es la misma que viste y calza en el día de la fecha. Apuesto a que pensaría "Oigan… ¿Por qué yo envejecí y ella no?" Seguramente nadie podría responderle ni de cerca con la respuesta acertada.
Era todo tan complejo que me costaba creerlo. Aun así, seguía con ganas de verlo, de besarlo, de tocarlo, y de todo lo demás también. Tenía ganas de todo. Pero… no podía.
No todos están tan cercanos ni se muestran tan abiertos a lo infrahumano, y no veo porque Dante tendría que ser la excepción a la regla.
Así que seguí caminando. Y decidí volver, la sed de sangre que tenía me quemaba la garganta, necesitaba volver y buscar a Benicio para que me llevara a almorzar. Que lindo sonaba.
Para algunas parejas, y no quería decir que él fuese la mía, salir a cenar era algo de lo más común. Pero nosotros, no éramos comunes. Nosotros bebíamos sangre e hipnotizábamos a la gente en cuanto deseáramos algo y corríamos a grandes velocidades pasando desapercibidos al ojo humano. No, definitivamente no éramos nada comunes.
Cuando estuve a unos cuantos metros de la ventana de abajo que daba al living, tomé carrera como si la necesitara y me puse una meta, entrar volando por ella. Obviamente que el termino no era volar, ya que no podíamos hacer cosa tal, pero, era una forma de decir. Lo hice, corrí y me lancé por la misma, entrando parada a mi casa. Fue sorprendente y sumamente excitante, una gran descarga de adrenalina. Además, entre otras cosas, divertido. Miré a mi lado, y

estaba él sentado en el living, pendiente en un punto fijo en la habitación. Traté de estudiar su mente, de imaginarme que estaría pensando, examinando su rostro. Pero otra vez: nada. Esto empezaba a frustrarme, Benicio era imposible de descifrar, y estaba empezando a impacientarme. ¿Me quería o no? ¿Me odiaba? ¿Por qué? ¿Yo qué quería, lo quería? ¿Lo deseaba? ¿Era su misterio lo que me mantenía excitada de sólo verlo?

-¿Qué? –Preguntó sin siquiera mirarme a la cara, mantenía su vista en ese mismo punto fijo, inerte en la sala.

-¿Pasó algo? –Puse cara de circunstancia.

-¿Qué tiene que pasar? –Inamoviblemente, él no me la iba a hacer fácil.

-Digo… No soy yo la loca que se entretiene mirando manchas en la pared. –Agregué fulminante, mi mal humor se estaba haciendo presente.

-No necesitamos hablar todo el tiempo, ni tengo que decirte que es lo que estoy pensando cada vez que te aburras y salgas por la ventana, en vez de utilizar la puerta, como cualquier persona normal, o como cualquier mujer que lleve puesto un vestido. –Finalizó, así que esto tenía que ver con los sexos, con los modales. Bien, acá voy.

-Y vos, Benicio. –Remarqué su nombre. –No necesitas ser tan hostil, sólo porque eso te haga sentir mejor. –Le saqué la lengua.

-¿Siempre vas a ser tan infantil? –Por fin posó su mirada sobre la mía.

-En tanto y en cuanto me lo permitas, mi Amo. –Rezongué. Hizo un gesto que no pude descifrar, pero era algo muy cercano a ceder.

-Te hecho de menos cuando no estas. Me pongo de mal humor con facilidad al no sentir tu perfume en la casa. –Y agachó la vista.

-Sólo hace un día que vivimos acá. Digo, ¿Por qué tanta dependencia? –Yo sentía lo mismo ¡Me moría por decírselo! Pero si él iba a mostrarse de manera cortante de un momento a otro, prefería reservar mis sentimientos, al menos para no quedar como una imbécil.

-Veo que ahora la rígida sos vos. –Y suspiró.

-Y voy a mantenerme de esta forma con hombres así.

-¿Cómo yo? –Me miró, buscando realmente una explicación.

-No te creas que no me di cuenta, que ocultas la mayor parte de tus sentimientos, sólo para sentirte más fuerte.

-No es así. Simplemente que… -Se quebró y empalideció aun más.

-No es necesario que digas nada, si no estas cómodo. –Lo entendí y le dí su tiempo. En definitiva era raro y a la vez complaciente ver un hombre sensible. Él lo era, a pesar de que quería demostrar lo contrario.

-Gracias. –Me susurró al oído, en un rápido acercamiento.

-Estas cosas siguen asustándome, a pesar de que yo también las pueda hacer.

-¿Esto? –Y volvió a alejarse.

-Sí. -Asentí con la cabeza ladeándose de arriba hacia abajo. –Tengo hambre. –Completé.

-Lo supuse. Y ya me encargué de eso.

-No me gusta la sangre sintética. Y si hasta acá llegaron los Vampiros Sureños de Charlaine Harris, prefiero pasarlos por alto. –Benicio se rió, mostrando sus blancos, hermosos y parejos dientes.

-Por supuesto que no, pero para algo están los bancos de sangre. Y yo no tengo muchas ganas de salir a poseer a nadie en la noche de hoy.

-¡Aburrido! –Y me acordé del cartel enorme que vi en Paseo Colón. Genial. “Guerra de almohadas”

-Vas a tener que acostumbrarte…

-No, de ninguna manera. –Subí el tono de mi voz.

-¿Hay algo mejor que tengas para proponerme? –Preguntó ansioso.

-Una genial y divertida noche de almohadas. –Le guiñé el ojo.

-¿Guerra… de… almohadas? –Me miró confuso.

-Sí, esta noche, en el Planetario. Vos sos mi cita. –Sonreí, pero dudé que mi sonrisa fuese tan hermosa como la suya.

-Mmm..…. Tentador, por sobre todo el término -Me dijo, con una risa confundida.

-¿Entonces… sos mi cita? –Me sorprendí de lo tan rápido que logré convencer a la estatua de piedra.

-¡Como resistirlo! –Y volvió a sonreír ampliamente.

El día/tarde transcurrió sin dificultad alguna. Me dediqué a dormir, tal y como él me lo recomendó para recuperar mis fuerzas. Estaba completamente agotada. Y me sumergí en un profundo sueño. De lo más raro, por cierto.

El sueño transcurría en una época no tan lejana para llamarla antigua, pero no tan actual para calificarla como moderna. Era raro, yo era rara, distinta. Era yo, sin dudas. Pero a la vez, otra persona, otra vida. Estaba en una casa más pequeña, y en otro lugar, pero claro, era un sueño, en los sueños todo puede suceder. Me encontraba sobre el cuerpo de Benicio, besándolo con énfasis. Tanto así que supuse no conocer su lado vampiro. Por cierto, él era vampiro en el sueño, yo no. Íbamos a hacer el amor, pero algo lo impedía. Él se resistía por miedo a dañarme. Me tocaba con sus grandes manos blancas y perfectas, tocaba mis pechos con fuerza, con pasión. Y yo seguía sobre él, moviéndome, para excitarlo. Acariciaba toda mi espalda, con delicadeza, y pasaba cada yema de sus dedos a lo largo de la misma. Entonces, uno de sus filosos colmillos cortó mis frágiles labios, y empezó a beber de mí. Me separé rápidamente de su lado, horrorizada y volví a nacer.
Sí, tal como lo cuento. Volví a nacer. Con otros padres, en otra casa, en otro barrio. No recordaba nada de él, nada de lo vivido en mi anterior vida. Sólo se que crecí y me casé con Dante. Fui feliz, envejecí a su lado, y fallecimos abrazados en una caliente y reconfortante cama.

Me desperté sobresaltada. Dormir no había sido una buena elección después de todo. Dormir no me había hecho nada bien. Al contrario, ese sueño traumó todo lo que restó de tarde.
No podía contárselo a Benicio, creo que me daría mucho pudor hablarle de cómo tengo sueños eróticos con él. Sin lugar a dudas, estaba enloqueciendo. ¿Ahora soñaba con él? No me bastaba con pensarlo y verlo todo el día, sino que además ¿Soñaba? Eso era una crueldad, no tenía necesidad. Y Dante, Dante otra vez. Como si fuese poco, otra vez me empiezo a torturar.
Me propuse apartar los pensamientos y sentimientos de mi cabeza y lo que tenía como corazón, para evitar la depresión.
Busqué a Benicio por toda la casa, para hacerle recordar que seguía en pie nuestra cita, para recordarle que se ponga lindo y me acompañe. ¿Podía ponerse más lindo, un hombre, que te hace doler de la belleza con sólo mirarlo? Imposible. Aunque, siendo lo que soy, creo que en estos tiempos nada lo es.
No lo encontré, se me hizo un nudo en el pecho ¿A dónde había ido? ¿Qué cosas tenía para hacer fuera de la casa además de ir a alimentarse? Él me había dicho que no era su intensión salir, y además, había sangre suficiente para beber.

-¡Basta! –Me dije a mi misma, y fui nuevamente hasta mi habitación. Iba a ducharme antes de que salgamos, si Benicio iba a volver en cualquier momento desde dónde sea que estuviese, tendría que apurarme. Sentía que debía ponerme bien bonita, no se por qué razón, pero quería que él se fijase en mí. Que apreciara mi belleza. Así que una vez dentro de la habitación, busqué entre el armario en donde supuse se encontraba mi ropa, tal como él había preparado esta habitación, creí que lo mismo ocurrió con mis prendas. Tenía buen gusto, no era un vampiro “dark”, cosa que me gustaba. Había una serie interminable de vestidos de todos los colores… Desde blancos, pasando por el color piel, salmones, celestes claros, hasta oscuros, cortos y largos, apretados y mas sueltos, a cuadros. Me encantaban los vestidos a cuadros, que en la parte de arriba eran como una camisa. ¡Que lindo, cuanta ropa, y que bonitas

son!
Una pila interminables de jeans, que al parecer eran tiros bajos y ajustados, y muchas, muchas camisetas en muchos modelos. Me sorprendí al llegar a la ropa interior. No es que juzgue al sexo masculino, pero jamás saben que comprarle a una mujer cuando se trata de moda, y mucho menos cuando hablamos de ropa interior.
En la cajonera inferior del armario, había una serie de lencería femenina, finísima, ¿Qué digo finísima? ¡Extraordinaria! Jamás observé tanto buen gusto en un mismo momento. Tenía al menos cuarenta pares de ese estilo, más otra gran cantidad de lencería para dormir, esos enteritos con encajes. Se me fue la vista a uno de ellos, el que más me gustó, era un enterito para dormir, muy sexy. De esos que van debajo de la ropa, con un lindo vestido. Pero yo quería probar como me quedaba. En este cuerpo, y no es por alardear, nada podía quedar mal. Así que me desvestí rápidamente con la puerta cerrada y me puse la prenda en cuestión. En la parte de abajo, era un mini short, y la parte de arriba una muy escotada musculosa con tiritas finas que levantaban mis pechos, haciéndolos exuberantes. El encaje de la tela, se pegaba a mis abdominales y mi gran cintura marcada. Me gustaba eso, había mucho encaje, me agradaba, definitivamente. Solté mi lacio pelo que llegaba hasta la cintura, con sus puntas onduladas en las terminaciones, y me dirigí hacia el baño de abajo. Por algún extraño motivo quería pasearme un poco por la casa, y aprovechando que Benicio no estaba, lo iba a disfrutar. Yo y mi traje interior. Bajé directo al baño, que tenía bañadera, planeaba darme una ducha de inversión, y de paso observarme por un buen rato frente al espejo. Ver como me quedaba este hermoso babydoll, que mi vampiro preferido, y el único que conocía, además de mí misma, me había regalado y puesto en mi placard, por algún motivo que desconocía. Me sonrojé de sólo imaginarme a Benicio sacándomelo en un impulso de pasión mientras me arrojaba violentamente a mi cama de dos plazas. Sonreí por dentro y comenzaron los calores. ¿Verdaderamente estaba excitada? Sí. Muy muy excitada diría yo, auto corrigiéndome. Santo cielo, de imaginarlo nada más se me erizaba la piel. Él era tan lindo, tan callado, no, mejor dicho, tan correcto, él siempre decía lo correcto. Ni más, ni menos. ¿Cómo sería en la cama? Uf, ni que yo fuese de lo mejor. ¡Estaba muerta! Mis únicas relaciones estando viva fueron un hombre y una mujer. ¿Qué tanto podía saber? En cambio él… él lo habría hecho todo. Él si debería saberse manejar. Me detuve, no me permití seguir cuestionando la actividad sexual de Benicio, esto se estaba poniendo algo… húmedo. Me dí vergüenza. Y frente a la puerta del baño, estuve dubitativa unos segundos, y entré. La luz estaba encendida, y la bañera estaba llena, se sentía el calor del agua caliente. Pero la mampara estaba cerrada. Benicio debió de haberla dejado así antes de irse. Estaba a punto de abrir la mampara y sacar el tapón para que se vaya el agua, o simplemente aprovecharla… Pero me detuve en el espejo, y mi lencería se veía extremadamente muy sexy. Me miré de atrás, de adelante, y me distraje imaginando como peinarme para hoy a la noche y mi salida con Benicio. Pero me dí cuenta que no estaba sola en el cuarto de baño, y me espanté.

-O me pasas la toalla, o te tapas con ella. –Dijo una voz fuerte y fría del otro lado de la mampara de baño.

-¡Ou ou ou! ¡No sabía que tenía acompañantes! –Mi cara se puso de todos los colores, literalmente.

-Y yo tampoco, sino hubiese mandado a hacer ésta cosa más grande. –Se escuchó una risita al final.

-Te paso la toalla, no tengo intención de dejar de mirarme frente al espejo. –Fui una desfachatada total. Le cedí la toalla a Benicio, y observe su mirada fija en mis tetas. ¡Al fin había hecho que la roca que tenía de amigo, me mirase!

-Por tu bien. –Y me cubrió con una salida de baño color violeta.

-¿O qué? –Y puse mi cara bien cerca de la tuya.

-O voy a tener que decirte que una dieta no te vendría mal. –Mintió, por supuesto que mintió.

-¡Mentiroso! ¡Te gusto! –Al parecer, al convertirme en vampiro perdí un poco el pudor, entre otras cosas. ¿Por qué hablaba tanto demás?

-No seas ridícula, Amanda. –Y se apartó de mi, y de un solo paso lo vi desaparecer del baño. Me dio mucha bronca su actitud, así que con la misma rapidez, fui tras él.
Pero cuando entré en su habitación, que era la contigua a la mía, Benicio se encontraba vestido. Sorprendente. Y cuando digo sorprendente, no me refiero a su rapidez, sino que a su belleza. Él de por sí era perfecto. Alto, hombros anchos, una cara perfecta, y una mirada… uf, lo que era ésa mirada. Tenía puesta una camisa blanca, que se dejaba ver por su cuello, con un suéter negro arriba, y un jean oscuro, bien apretado en las piernas, un pantalón ajustado chupín, como se dice en la jerga. Olía de maravillas.

-¿No vas a vestirte… para salir? –Y me siguió examinando con la mirada, me excitaba saber que lo excitaba. Era extraño, pero era así. Instinto vampiresco femenino. Me sentí patética por emplear ese término.

-No, voy a salir así para que todos los hombres me miren. –Bromee.

-¡No! –Y su cara se puso rígida. Sus ojos se hicieron aun más profundos de lo que solían ser, y vi bien marcadas sus ojeras, ya estaba oscureciendo, y la luz de la luna que se filtraba por la ventana dejaba al descubierto su palidez. A cada momento se iba convirtiendo en un Ser aun más seductor que en segundos anteriores.

-¿Por qué no? Soy una mujer libre y sin compromisos. –Logré notar como su mandíbula se apretaba.

-No esta noche. –Dictaminó.

-Así que… ¿Te pone celoso pensar que podría llamar la atención de cualquier mortal?

-Así que… ¿Tan rápido te amoldaste a tu nueva vida? Vamos a comer. Bajemos a nuestra especie de cocina. Al subsuelo. -¿Acaso había en esta enorme casa un subsuelo? Sí.

Bajamos, yo estaba muerta de hambre… o más bien, de sed. Bajamos al famoso subsuelo, estaba todo más bien con una iluminación lúgubre, pero no me molestaba ni me ponía incomoda ese hecho. Benicio sacó de un gran congelador cuatro bolsas de sangre factor negativo, por lo que pude ver de la etiqueta. Parece que no era un mito que esa sangre era la más especial en cuestiones de vampiros. Sobre una mesada, había un microondas.

-Supongo que te gusta a treinta y siete grados, ¿O no? –Me miró mientras con sus afilados colmillos tajaba la bolsita que contenía nuestro antídoto.

-Supongo… -Estaba en éxtasis. Y entonces, el volcó en una taza la sangre. Llevándola al microondas.

-Primero las damas. –Y me cedió el primer sorbo. O más bien la taza entera, porque no paré hasta acabarla, haciendo ademanes con la mano para que vaya preparando la próxima.

-Más. –Llegué a decir.

-Por supuesto.

-¿Vos no? –Le pregunté, perdida en la gula.

-Sí. –Y bebió directo desde la bolsa.

-Creo que ya estoy bien. –Estaba llena. Llenísima.

-Entonces te acompaño a tu habitación, así te cambias.

Subimos hasta mi cuarto, y él espero en la puerta, pero yo comencé a desvestirme, y pareció sonrojarse, al menos eso noté. No me importaba cambiarme delante de él, además tomé un vestido rojo que se encontraba a mano, y me lo puse. Una vez puesto, me saqué mi lencería enteriza, para ponerme simplemente el corpiño y la bombacha. Le habrá parecido algo antiestético porque se giró para darme mi espacio.

-No es necesario. –Le comenté mientras me ponía la bombacha, obviamente el no veía ninguna de mis partes intimas ¡El vestido ya estaba puesto!

-Veo que estas bastante desinhibida. –Y se sonrojó.

-En mi vida humana, le rogaba a Dante para que se de vuelta, pero ya no tengo

esta sensación de complejo. –Al pronunciar el nombre Dante, me dí cuenta de cómo la cara de Benicio se puso seria. Pero no me hizo mucho ruido, así que imaginé que, de alguna forma, a él le dolía que siga teniendo recuerdos humanos, supongo que, porque creería que de un modo u otro me podría llegar a hacer sufrir.

-¿Necesitas ayuda? –Preguntó al darse cuenta que estaba teniendo complicaciones con el sostén que se me enredó de manera torpe entre los dedos. Me frustré al pensar que era la primera vampiresa torpe. Pero en cuanto me quise dar cuenta, él se encontraba atrás mío, bajando el cierre de mi vestido, para tomar el corpiño y abrocharlo.

-Veo que te gusta estar siempre detrás. –Le comenté como quien no quiere la cosa, recordando el momento en el que me puso el collar. Pero ahora, a diferencia de aquel momento, del cual sólo habían pasado unas horas, esta vez lo estaba disfrutando. Disfrutaba sentir su respiración cerca de mí. Al parecer, en pocas horas el instinto sexual se había despertado. Pero no era con cualquiera. Lo necesitaba a él. O a lo mejor estaba fantaseando demasiado. Quizá sólo sea eso. Era la clase de hombres que podría hacerme vibrar. Era callado, caballeroso en todo momento, serio, y si lo exploraba un poco más, podría llegar a pensar, que era rudo. Rudo sexualmente. Me lo imaginé sobre mí, besándome apasionado. Sin parar. Uff… estaba volviéndome loca. Sentía como sus dedos acariciaron mi espalda, y cuando quise parpadear, él estaba pidiéndome parado en la puerta de mi habitación, con gesto apurado y acalorado, que nos apuráramos para salir.
Me puse unos zapatos de plataforma baja color negro, me miré en un espejito pequeño que tenía colgado a la pared, y tomé de su mano, para ir con él a donde me pidiera.

Capitulo número dieciséis
Paso en falso, saltando al vacío.

Pensé que tendríamos que hacer algo humano. Pero supuse que si expresaba mi idea ante Benicio, se iba a reír, o bien, iba a poner mala cara. Así que decidí callarme la boca, algo que no era común en mí.
No se que pensar, él no habla si yo no le hablo, y hasta a veces me encuentro, cuando lo miro, que él ya me estaba mirando desde antes. Es demasiado raro, nuestra relación es rara.

-¿Qué tal si te juego una carrera? –Le pregunté.

-Voy a ganarte. –Me contestó de una manera fría y calculadora, pero no dejó de ser amable.

-No lo creo. –Le mostré mis dientes.

-Podríamos llegar en 3 minutos a Palermo… -Dudó, me examinó rápidamente y agregó. –Pero preferiría que seamos normales una noche.

-¿Ya estas cansado de ser un simple vampiro? –Mi voz se iba apagando.

-Quiero recordar lo que es… ser una persona… normal. –Hizo una media sonrisa que me conmovió. Tomé de su brazo que tenía metido en el bolsillo del pantalón, y sentí como se enderezó tomando una postura rígida. Empezaba a entender que era un caparazón que se ponía muy a menudo, cuando lo tomaba desprevenido.

-¿Pedimos un taxi?

-Sí. –Y fue su ante última palabra, la ante última fue “Hasta el planetario, por favor” y como frase final agrego “¿Cuánto es?, gracias”

El viaje en taxi fue de lo más extraño. El tachero no paraba de echarnos miradas incrédulas. ¿Yo era demasiado anormal? ¿Benicio lo era? ¿Tanto llamábamos la atención? Empujé con un pie, la pierna de mi vampiro protector, pero éste ni se inmutó. Me miró fulminante y siguió callado. El taxista seguía mirándonos detrás. ¿Habrá sido por lo separados que íbamos en la parte trasera del auto? Por ser que subimos juntos, íbamos bastante separados, y sin hablar. A mí me hubiese llamado bastante la atención. ¿Por qué Benicio se mostraba tan distante?
Yo no soportaba más esto. ¿Iba a ser siempre así? Espero que no, porque es intolerable.
Era de noche, yo estaba fascinada, a pesar del pequeño detalle de distancia que mantuve con él. Así que me dediqué la mayor parte del viaje en mirar el gran paisaje que me brindaba la capital. Estábamos llegando al Planetario, tal y como lo recordaba. De noche toda la parte de arriba en la estructura del

mismo, seguía exactamente igual que hace diez años atrás. De noche las luces brillaban, y ésta, parecía una noche prometedora.
Fue entonces cuando llegamos, y bajamos del taxi los dos, a diferencia del viaje, uno muy pegado al lado del otro. ¿Hacia cuanto que Benicio no salía a dar un paseo, que implique algo más que beber la sangre de sus víctimas? No quería ni preguntarlo.
Caminamos un poco más hacia el centro, y al parecer estaban tocando bandas. Era un ambiente jovial, y muchas parejas disfrutaban de la hermosa noche que estaba haciendo. Alrededor de un mini anfiteatro que se había armado con mucho detalle, sonaba una banda, al parecer Indie, o al menos hace diez años atrás este estilo se llamaba así. Con guitarras sin distorsión, estaban interpretando "Just Like Heaven" de The Cure, al parecer esta banda, una de mis preferidas, jamás iba a pasar de moda. Benicio parecía conocerla de principio a fin, ya que me susurró hablando una estrofa al oído mientras tomaba de mi mano bien fuerte

"I opened up my eyes
And found myself alone
Alone
Alone above a raging sea
That stole the only girl I loved
And drowned her deep inside of me"

**Abrí mis ojos*
Y me encontré solo
Solo
Solo sobre un mar de rabia
Que se robó a la única chica que amé
*Y que la ahogó profundamente dentro de mí**

Sorprendida por su muestra de afecto, mis ojos se abrieron como platos, observando su rostro, al mismo tiempo que lo corrió de mi visión y separo sus manos de las mías.

-¿Te trae recuerdos? –Pude preguntar en un hilo de voz.

-Demasiados, en grandes cantidades. –Contestó automáticamente, con voz sombría, que dejaba entrever un pasado de dolor, un dolor muy grande, algo que no le permitía sonreír con facilidad, y que inundaba de rabia, a la vez, su enorme y hermosa mirada.

-Es una de mis canciones favoritas. –Fue lo único que se me ocurrió decirle en ese momento, y no mentí. De alguna manera a mi también me traía recuerdos, aunque no lograba ubicarlos en una línea en el tiempo.

-No tiene importancia. –Y me miró finamente. -¿Qué tal si nos sentamos cerca del lago?

Y nos apartamos entre la gente, al costado del pequeño lago, que quedaba enfrente del escenario en donde tocaba la banda, bastante lejos como para escucharla.
Se sentó cruzando sus piernas, tenía una habilidad sobrehumana –demás está decirlo- para salpicar con buen gusto el lugar donde se situara. Y comencé a examinarlo mejor. Por supuesto que, no encontré palabras. Ninguna palabra para describir lo asombrada que estaba. Yo era una vampiresa, no podía dejar ganar su glamour de ésta forma, se suponía que sus victimas se encontrarían automáticamente, de alguna forma, atraídas por él. Por su belleza sobrenatural. Pero no yo, yo, de ninguna manera.
Él me miraba, y esta vez, no trataba de ocultarlo, me miraba diferente, me miraba como quien mira una posesión, me miraba con fuerza, tanta que me hizo sonrojar, cosa que me era imposible, *Dios mío, estoy muerta, no puedo ni siquiera sonrojarme, pero lo estoy sintiendo,* pensé. Y aunque estábamos bastante alejados el uno del otro, sentía una densa nube de atracción en esa distancia que se proyectaba por nuestros cuerpos.

La noche transcurrió sin más, a las doce habría fuegos artificiales, y luego se concentraría la gran lucha de almohadas. Que divertido, salvo porque ninguno de los dos trajo almohadas. En fin. Nos acercamos al escenario, sólo porque yo me levanté, ya que si era por Benicio, todavía hubiésemos estado, inclusive hasta que los fuegos artificiales y la guerra de almohadas hayan pasado, sentados a un lado. Tomé de su mano y estiré hacia mí, para que entendiera que quería ir hacia delante.
Se levantó haciendo una mueca torcida con su rostro, ladeo la cabeza de un lado hacia el otro, y comenzó a seguirme. Pero empecé a enojarme demasiado. ¡Todas las chicas estaban mirándolo! ¿Acaso nadie había traído pareja, que tenían que mirar la mía? ¡Que modales, eh! Estaba fastidiándome a pasos agigantados, hasta que mi garganta empezó a arder de las ganas de arrancarles el cuello que tenía, pero, tendría entonces, que vérmelas con la mayor parte de mujeres que se encontraban observando a mi hombre. Bueno, en sentido figurado, él no era nada mío. O al menos no tanto como yo quería. ¿Yo quería? Traté de apartarme ese pensamiento, y seguí. Traté de no mirar, para que no se despierte en mí una furia asesina, pero de repente una chica se le abalanzó a Benicio antes que él pudiese reaccionar. Incluso antes que pueda hacerse a un lado, cosa que me parecía de lo más extraño teniendo en cuenta nuestros reflejos. Al final de cuentas ¡Benicio era un pervertido al que todo le venía bien! Él seguía sin correr a un lado a esta chica, y hasta pareció confortarle el hecho que ella lo abrazara. Su único gesto fue de incredulidad, y esbozó una pequeña sonrisa, me miró con cara de confusión. Sin embargo, seguía ahí.
La chica lo tomo por su cintura, y un tanto alcoholizada, por lo que llegué a percibir en mi estado de furia, se seguía quedando a su lado. Mis ojos se dilataron, pero no de placer, sino de enojo extremo, estaba realmente enojada. La desconocida, estaba rodeada por tres amigas más que se reían y tenían una botella de alcohol en las manos. Ahora entendía por completo su actitud, sin embargo, continuaba sin aceptarlo. Pero algo la hizo desconcertarse de repente, y no fue precisamente la belleza de Benicio, sino su frialdad. Cuando la chica logró tomar su cara con las dos manos, saltó un gemido indescriptible, más cercano al espanto y al miedo que otra cosa, y se aparto de él, mirándolo

fijamente. La cara de esta muchacha estaba incontrolable, fuera de sí. Y mi mente captó un leve pensamiento, que no sabía que podía leer, dado a mi falta de contacto con humanos, fue algo así *-Como si estuviese muerto-*
¿Quién lo había dicho, quién lo estaba pensando? Fue demasiado raro, entre mi confusión logré acercarme a Benicio, que estaba duro como una piedra, con el gesto un tanto preocupado, pero no por eso menos serio.

-Vas a venir conmigo. –Le dijo él a la chica, que le devolvió una mirada afirmativa y poseída, ¿acaso él estaba usando su poder mental? –Ahora. –Afirmó fuertemente.

-¿A dónde? –Exigí saber.

-Amanda, vuelvo en un segundo. –Me contestó. ¿A dónde iban? ¿Qué iba a hacer?

-Voy con vos. –Prácticamente le grité.

-No. –Y se alejó de mí. Junto con esta desconocida.
Las amigas de la misma me miraban con tono triunfal. De ves en cuando en el transcurso que estuvieron ausentes pasaban a mi lado y me empujaban. Ellas deberían creer que mi acompañante me había dejado por su amiga, y parecían disfrutarlo demasiado. ¡Pobres idiotas! Si estuviesen enteradas con que clase de persona se fue su amiga, o con que facilidad les pegaría un buen empujón para lanzarlas al otro lado del país, seguramente dejarían de subestimarme tanto, o de burlarse de mí. Si supieran que en menos de treinta segundos podría desgarrar sus carnes, alimentándome de ellas, oh si, seguramente dejarían de molestarme. Pero me quería portar bien, tal y como lo hacia Benicio. Así que me fui hasta el costado del lago, para esperar que vuelva de valla-uno-a-saber-donde. Estaba fastidiándome este pequeño incidente. Pero, no me fastidié menos, después. Cuando llegué al costado del lago, se me acercaron dos hombres. De gran estatura, castaños, tez blanca, no como la mía pero un blanco normal de gente viva, y unos anchos hombros. Traté de ignorarlos, miré hacia otro lado, bajé más mi vestido que se estaba subiendo, pero ellos seguían ahí. Mirándome. Por un momento, sentí miedo. De que ellos sepan lo que soy, de que se hayan dado cuenta. Pero eso era algo totalmente imposible. No estábamos en la época de la inquisición, era una era moderna, en la que cosas como vampiros eran estupideces para adolescentes, quienes deseaban la inmortalidad, y que las amen por los siglos de los siglos. Sin embargo, no obstante, yo era real. Estaba parada enfrente de estos dos muchachos, y era totalmente peligrosa… para ellos. Mi garganta comenzó a estremecerse tan solo de sentir su aroma. El aroma de su sangre. Lamentablemente, a pesar del atractivo obvio que estos dos hombres tenían, para mí, seguían siendo dos bolsas de sangre a punto de ser devoradas. Era lamentable pensar de esa forma, pero yo tenía hambre. Al parecer la comida que ingerí antes de salir de casa no fue la suficiente, y jamás había salido de caza sola, al contrario, lo hice una sola vez y fue acompañada de Benicio.
Miré a los ojos a uno de los hombres, y de inmediato reaccionó.

-Vamos. –Me dijo. Ya estaba cansándome que me den ordenes. Así que lo miré con incredulidad y me enervé. La gente mandona no me gustaba.

-De ninguna manera, además estoy esperando a mí… novio. –Temblé con la última palabra.

-Nosotros tenemos la formula exacta para que te diviertas más, con los dos. –Me guiñó el ojo, y a pesar que reconfirmé que verdaderamente eran atractivos, no me interesaron. Generalmente nunca me interesaron los hombres que se creían mucho por estar en grupo. Así que me conformé con responderles simplemente de manera breve, pero contundente.

-No creo que puedan darme lo que quiero, de todos modos. Así que váyanse, no pierdan el tiempo conmigo. –Volví a mirar al segundo fijamente, y empezaron a reírse.

-Bueno, entonces una pequeña y grata compañía no tiene porque molestarte. –Me investigó con la mirada. -¿O sí? –Y se echaron a reír en conjunto. Que seres fastidiosos y estupidos, pensé por mis adentros.

-De ninguna manera. –Les dije a los dos a la vez. Estaba mintiendo, pero que más me da. –Al que no creo que le agrade demasiado es a mi novio. –Volví a repetir la última palabra con un temblor, y casi dudando.

-¿Será celoso, tu… novio? –Refiriéndose a éste con algo de sarcasmo, preguntó el primero y completo su frase –Porque nosotros estaríamos dispuestos a compartirte. –Y volvieron a reírse de manera estupida. Al fin y al cavo, su belleza exterior quedaba plenamente tapada con su idiotez. Entonces, se me sentó uno a cada lado, apretándome.

-Aléjense los dos. –Gruñí.

-¿La única difícil de la fiesta? ¡No lo creo! –Dijo el más alto, sarcásticamente otra vez.

-Créanlo. Fuera. –Me encontré sorprendida de volver a gruñirles de ésa forma. Y uno me apretó contra él con fuerza, de manera inútil. Por más fuerza que juntaran entre los dos, inclusive entre varios hombres, yo podría apartarlos con un movimiento de mis manos. Y eso fue lo que hice, aunque, obviamente, de manera leve. Entonces, persistente, uno de ellos se acercó nuevamente.

-Estas muy fría. Podríamos emplear el famoso método de estufa humana. ¿O no? -Le preguntó a su amigo, que se encontraba enfrente mío con mirada escéptica. Sin duda alguna sería porque aun, seguiría preguntándose como fue que logré apartarlos de manera tan práctica de mi lado.

-¡Fuera! –Y me paré alejándome lo más que pude de los dos. Pero eran las criaturas más insistentes que había conocido jamás. Por suerte, al menos para mí, aunque si lo pensaba mejor, para ellos de igual o mayor manera, ya que

evitarían ser mutilados por una depredadora hambrienta, apareció Benicio, poniéndose delante de mí, mostrándose más enojado que nunca, aparto con las dos manos a uno de los hombres, y luego al que quedó atónito mirando.

-Váyanse ya mismo, ¿no escucharon a la chica? –Sus cejas se fruncieron ante la furia, no recuerdo haber sentido nunca antes en mi vida un enojo tal. Parecía que iba a salirse de orbita, produciendo una catástrofe mundial. Pero no tuvo que decir más, porque en cuanto pronuncio sus palabras, ejerció con mis dos pequeños no-gratos compañeros, el control mental, que hacia posible solucionarnos algunos problemas debes en cuando.

-¿Así funciona todo al fin de cuentas? –Quise saber, la situación me había puesto los nervios de puntas.

-Sí. –No dijo más. Su rostro seguía inundado por la ira.

-¿Y yo que culpa tengo?

-Ser… tener… -No lograba completar las frases jamás, y escondía su mirada entre las sombras de la noche, la Luna estaba haciendo un efecto por demás atractivo sobre su rostro pálido.

-¿Puedo ayudarte a completar tu frase? –Pregunté de manera burlona.

-Ser tan sexy. Tener puesto un vestido tan corto. ¿Feliz? –Y se dio vuelta, para hacerse el distraído. Por supuesto que su confesión me había hecho soltar una risita estupida que no controlé. Pero sentía mucha vergüenza –ahora si lograba sentirla- así que cambie el tema, al tema central.

-¿Quién era esa? –Volví a acordarme de la chica que trató de seducir a mí… a mi amigo.

-Nadie importante. -¿Toda la vida iba a responderme de manera tajante, o simple? Mis preguntas respecto a él jamás tienen respuestas.

-¿Quién era esa? –No pensaba dar el brazo a torcer.

-No vas a parar hasta que… -Y le puse una cara con una obvia respuesta, por lo que completó con el ceño fruncido:- La verdad es que no tengo ni idea… sólo percibí sus pensamientos, una loca fanática del Sanatismo, la sangre, los zombies… y obviamente los vampiros. Me tocó y automáticamente pensó que era uno, por mi apariencia y mi temperatura corporal.

-¿Es eso posible? No creo que hubiésemos corrido ningún riesgo… -Finalicé.

-Prefiero evitar problemas. Y no, no creo que hubiésemos corrido ningún riesgo, pero es la costumbre. –Y fue su última palabra.

Entre miradas, sutiles, y otras no tanto, seguí pensando en algo obvio, yo era, según él, sexy. No voy a mentir, pero la atracción física que siento por Benicio,

es hoy por hoy, muy fuerte. Una atracción demasiado fuerte como para controlarla. Pero debía de hacerlo, porque, además de la misteriosa atracción sexual que sentía por él, Benicio me estaba agradando, a cada segundo que pasaba un poco mas. Era raro de creer puesto a que era un ser totalmente fastidioso en algunas ocasiones. Bueno, en sí no era fastidioso, ya que para lo serio y formal que era, la palabra fastidiosa quedaba grande. Entonces, en su defecto, fastidiosa era como me ponía yo cuando estaba cerca de suyo. Pero no porque me cayera mal, sino, porque me llamaba tanto la atención, que terminaba por fastidiarme, ya que, no tenia ni un poco de ganas de enamorarme. No en esta vida, de ninguna manera.
Pero entre idas y vueltas de mis pensamientos, detrás de nosotros los fuegos artificiales iniciaron su vuelo hacia lo alto.
Nos acercamos hasta el mini anfiteatro, los rostros de la gente resplandecían entre las luces y Benicio solo me miraba a mí, y yo, estaba completamente enamorada de todo lo que me rodeaba, la gente feliz, disfrutando sus momentos de ocio, muchas parejas enamoradas… Pero yo sola. ¿Por qué todos eran tan felices? ¿Acaso existía la felicidad completa, esa que te hace sentir entera? Soy eterna, y me considero solo un punto en esta existencia. Mi mirada empezó a entristecerse, lo sentí cuando él me miraba a los ojos. Estaba empezando a divertirse hasta que vio que mi semblante cambió de un momento a otro automáticamente. Pero no pude evitar disfrazar la angustia que sentía muy dentro mío, no había manera de apagar mi computadora mental, ni de resetearme y que todo empiece de nuevo, mucho menos de apagar ese dolor, no… no había manera de hacerlo, ojala tuviese un interruptor que me permitiese simplemente apagarme. Uno que me haga poner en pausa cuando me empiezo a sentir así, pero cosa tal no existe, jamás va a existir. Al parecer tanto en la vida como en la muerte uno tiene que aprender a pasarla también mal. ¿Acaso eso es justo? No solo que mi vida terminó miserablemente, dejando en el camino un montón de cosas pendientes por hacer, sino que mi muerte iba a ser proporcionalmente igual de miserable al resto. Por un momento, o por varios, me resigne a creer que nací y morí por lo mismo. Por mediocridad, por resignación, por dejar de luchar, por ser tan débil y vulnerable, sin embargo, mi reacción y comportamiento, no eran más que un puñado de cosas que fui, soy y seré por siempre, aunque me cueste.
Benicio, que imagino, había estado presenciando mi debate espiritual, viendo mi cara cambiar de facciones todo el tiempo, me tomó por la cintura y me corrió con rapidez hacia su costado, para que no caiga al piso de un almohadonazo. Al parecer, mi mente voló a kilómetros de distancia, inclusive los fuegos artificiales habían cesado, y la lucha de almohadas había empezado. Me di vuelta, lo miré fijo, y con un gesto amable le mostré mi agradecimiento.

-Podríamos correr entre todos ellos –Dijo de una manera divertida, como buscando emoción. –Que nadie se enteraría…. ¿queres…? –Reprimió la diversión que su cara delataba ¡siempre queriendo demostrarse tan fuerte! Y empezó su carrera entre la gente, pero yo quería ver como lo hacía. Era magnifico, sólo se veía una mancha borrosa, que por supuesto, los humanos no verían bajo ningún punto de vista, sus sentidos no eran tan potentes.

No supe como, ni porque, ni ninguna respuesta entendible a lo que pasó, pero una ola de calor se encaminaba a donde yo estaba. Mi cuerpo era tan frío, que

hacia ya bastante que no experimentaba una sensación de calor. Pues ahora si la estaba experimentando. Me quedé inmóvil, y vi como una chica me tomó desprevenida y calló sobre mí. Quedamos las dos sentadas en el piso, ella arriba mío. La miré y le sonreí. Pero un bulto en su panza me hizo enderezar.

-¡Por dios! ¡Estas embarazada! ¿No te hiciste daño? –La miré fijo a la cara, y me puse de cuclillas, acoplando mis ágiles piernas. Al parecer todavía conservaba algo de humanidad, me relajé con ese solo pensamiento.

-Estoy bien –Me dijo animada, mientras reía. –Simplemente me resbalé.

-¿En el pasto? –Solté una risa bastante burlona e incrédula, pero no había sido mi intención. No me contestó, porque una multitud de gente se caía una encima de la otra y en la masa de personas solo escuché una voz, una voz que podría haber reconocido estando dormida, despierta, a distancia, cerca o… muerta. Era la voz de lo último que vi antes de pasar al otro mundo. Era la voz que me daba apoyo y me retaba, la voz que pasó conmigo los últimos casi seis años de vida. Era él, era Dante. Mis piernas me fallaron, y seguí mirando al piso. El calor, todo lo que sentía en este pútrido cuerpo, era producto de su presencia. Mi cabeza se convirtió en una maraña de pensamientos e imágenes confusas, que provocaron una sed abrasadora, y sentí como mis sentidos se pusieron al límite. No necesitó más para enloquecerme, y presté más atención mientras miraba hacia el suelo.

-Perdón. –Seguía riéndose torpemente, como siempre lo había hecho. Me sentía tan humana mientras hablaba, a pesar de todo el resto. Él me hizo volver a casa, me hizo volver hacia atrás. Recordar lo que no quería, volver a amar algo que no podía amar. -¿Perdón? –Volvió a preguntar. –No te vimos… ¿estas bien? –Y se agachó un poco para verme.
Yo no podía escapar. Tenía que mirarlo. Como mucho, recordaría a su ex novia fallecida en su propia cama… Ahora era solo una sombra de lo que fui, una sombra, por cierto, mejorada y estilizada, pero el parecido casi idéntico de las facciones estaban. Estaban ahí, para torturarlo… y torturarme. Porque si yo tuviese otro rostro, sólo se disculparía por la torpeza y se iría, eso me dañaría, sí, pero podría superarlo. Es mi dolor, mi dolor es mío y lo soporto yo. Pero en cambio, si me reconocía, iba a sufrir, y por tanto, yo también. ¿Nunca nada iba a estar predestinado a terminar bien?
Levanté la mirada, fulminantemente, a lo mejor si me mostraba enojada, y deformaba mi cara con una torcedura de labios, le sería una mujer totalmente repugnante y se marcharía. Debería de mostrarle mi lado salvaje y malvado, el que todo vampiro tiene, cortar mi humanidad de raíz e irme corriendo lo más rápido que pudiese, a ningún lugar. Pero ni así pude lograr mi objetivo. Dante se puso de todos los colores, y sus ojos mostraban total confusión, parecía estar en una película de muertos vivientes, horrorizado por encontrar la replica –casi exacta- de la mujer que alguna vez amó. Su cara mostró signos de horror de todos los grados conocidos. Y empecé a temblar.

-Perdón. –Le dije, sin saber porque, aunque supongo que fue la culpa.

-No… digo, si. ¡No! Perdón a… nosotros. -¿Nosotros? Diez años le fueron

suficientes para volver a emplear el termino –nosotros- Él sin ninguna duda, estaba desconcertado, y su voz tembló a cada sílaba. Pero el –nosotros- me molestó demasiado. Aunque, ¿qué esperaba? Que sea un infeliz toda su vida, ¿recordándome? Por supuesto que no, sin embargo, sentía una punzada en el estomago que me paralizó. Esquivé su mirada y contesté de manera frívola.

-Esta todo bien. Sin cuidado.

-Es que… enserio. –Sus palabras carecían de profundidad, y la mujer que se encontraba a su lado, con una panza mediana por el embarazo me miraba confundida, y observaba a Dante actuar de manera tan extraña. –Me llamo Dante. –Dijo, y lo miré fijamente, evitando que mis sentimientos lleven algún tipo reacción a mi rostro, cuando escuché su nombre se me revolvió el estomago. Pero recibí señales de su mente, que estaba siendo leída por la mía de manera inconciente, eran frases sueltas que sólo decían "*No puede ser, Dante, ella está muerta, es un error, un horrible error* o simplemente *No, imposible, no no y mil veces no".* Él estaba confundido, demasiado confundido, pero jamás pensaría que reviví. El mundo no estaba preparado para pensar así.

-Lindo nombre. –Soné tan estupida.

-¿Cómo te llamas? –Su mente seguía.- "*Ella no es Amanda, no lo es, no lo es. No puede ser. ¿Por qué es tan parecida? ¿Por qué tuve que cruzármela?"*

-Me llamo… -No pude terminar la frase, sentí una fuerte mano helada en mis hombros. Benicio había llegado.

-Vamos –Me gritó, manteniendo la calma, con su cara de póker.

-¡No! –Me salió de adentro. Pero no pude evitarlo, mis palabras salían, sin ser controladas.

-Vámonos ya mismo. ¡Esto no puede ser! ¡Vamos! –Su última palabra fue un rugido, y una orden.

-¿Cómo te llamas? Por favor…. -¿Por favor, qué? Pensé.

-Me llamo… -Me interrumpieron.

-¡Te dije que vamos! No seas tan idiota. –Benicio solo me exigía. ¿Qué pasaba? Si anteriormente había mencionado que jamás lo había visto tan furioso con la secuencia de los dos hombres, perdonen, me había equivocado. Ahora si estaba descolocado, y hasta llegué a temer por mi existencia.

-Ella no va a ir a ningún lado si no quiere, ¿qué problema hay? –Exigió saber Dante. -¿Cómo te llamas? –Volvió a preguntar.

-Ella ya mismo se va de acá. Conmigo. –Miró a Dante de una manera que me

molestó. Me puse furiosa, pero recordé que no servía de nada, en definitiva era por mi bien, a nadie beneficiaria más que a mí, alejarme cuanto antes.

-¡Cómo te llamas! –Estaba rozando lo desesperado.

-No puedo, perdón. –Miré con tristeza su rostro por última vez, y cuando traté de levantarme, Dante ya estaba parado, se adelantó hacia mí sin importarle ni quien yo supuse que era su mujer, ni preocupándose por mi acompañante, me tomó de la muñeca, apretándola y exigió saber mi nombre nuevamente.
Pero Benicio ya se había descontrolado, lo único que hacia era soltar gruñidos que hacían asustar hasta al mismísimo Lucifer.

-¡Nos vamos ya, Amanda! –Había cometido un error, un gravísimo error, el mismo que queríamos evitar. Eran demasiadas evidencias, demasiadas coincidencias. Benicio había pronunciado las seis letras que no debía pronunciar. El nombre prohibido. Él, mi protector, el que jamás dejaría que me hagan nada, me había tirado hacia el vacío. Pero automáticamente supe, que lo había hecho por la rabia, no se había controlado, se llevó una mano hacia su boca, y su cara se envenenó. Se había equivocado, sin dudas. La equivocación que desencadenaría la catástrofe. Y la confusión.

-¡¿Amanda?! –Preguntó Dante, partiéndose en un grito de dolor.

Capitulo diecisiete.
Hermanos.

Todo fue horrible. Yo gritaba, Benicio gruñía, la mujer que acompañaba a Dante no entendía nada, y Dante me gritaba a mí. Me hubiese quedado corta al decir que mi vida era un caos, pero nunca fui de quejarme demasiado, así que preferí guardar mis propios pensamientos para mi misma. Me molesta mucho la gente que habla de la depresión. La gente que dice constantemente “estoy deprimida”. Depresión no es dejar de comer por unos días, no es pelearte con tu novio y querer matarte. Depresión es morir. Es consumirse uno mismo, es saber que todo va a acabar de manera trágica, y aun así pasarlo por alto, porque el dolor es más fuerte. El caos y la depresión, aunque no lo crean o sea difícil de explicar, hacían a mi equilibrio. No estaba demasiado deprimida para morir, porque el movimiento que el mismo caos producía no me dejaba margen de tiempo para estar mucho sin hacer algo. Por ende, mi cabeza se mantenía bastante ocupada en otros problemas que me embargaban. Porque, a estas alturas, ser un vampiro me resultaba demasiado problemático.
Pero esta no es la cuestión, tiempo para victimizarme tengo de sobra, de hecho, el tiempo es lo de menos.
Si pudiese describir cada momento después de que Benicio me nombró, sería todo un logro. A partir de ahí todo se nubló y me impidió ver con certeza que era lo que pasaba. Quedé de cuclillas nuevamente en el piso tratando de procesar los gritos, los forcejeos, y todo lo demás. Fue imposible. Benicio tomó de mi cuerpo, ya no más de mi mano, y me arrastró lo más rápido que pudo. Pero recobré el control de mi misma y me paré en seco para impedir que haga de mi persona lo que se le antojara. No estaba dispuesta a servirme en bandeja para que él haga y deshaga.

-¿Por qué estas haciendo esto? –Traté de mantener la calma el mayor tiempo posible, pero me di cuenta, que el momento que estuve callada, había sido para no llorar, y ahora, que había abierto la boca, desaté en lagrimas. -¡El es mío, y está ahí! ¡El destino… es el destino!

**

Cuando abrí los ojos y miré alrededor, todo parecía calmo. El día estaba justo como a mi me gustaba, gris, con un viento fino y frío que tejía mi piel, pero claro… ya no lo sentía como antes. Me recosté sobre mi hombro y miré por la ventana, haciendo enrollar un mechón de pelo en mi dedo índice. Moví una y otra vez mis pies dentro del acolchado suave y fresco mientras mis ojos recién despiertos observaban la lluvia caer y golpear de forma uniforme la ventana. Lo de la noche anterior había sido una locura, casi no lograba recordar como fue que terminó. Tampoco recuerdo como es que estaba dentro de mi cama, como había llegado ahí, y como…. Sí, Benicio. Lo había vuelto a hacer…. Estaba con mi pijama, un corto solero de seda color salmón, de encajes negros. ¿Es que acaso pensaba que yo era algo así como su hermana menor, para tener

derecho a traerme a casa y dormida ponerme el pijama? No puede enojarme esta idea, pero me dan ganas de castigarlo. No tengo ganas de ser su hermana, y no se por qué, no quiero que ni piense en esa posibilidad. Quizá mi amigo vampiro protector haya perdido alguna hermana alguna vez y por eso este tan obsesionado conmigo. Tal vez sea instinto paternal, pero no… yo sentí mas de una vez sus manos sobre mi cintura, eso no era instinto paternal. Cada vez que sus manos rozan mi cuerpo, siento un fuego saliendo desde el interior de mi piel helada y marfil, como si la estuvieran tajando de adentro hacia fuera. Definitivamente no era instinto paternal, y no se porque, pero el solo hecho de estar segura de eso me hacia sonreír. No por mucho tiempo, claro está.
Después de toda la locura en la que me sumergí este último tiempo, lo de ayer había sido el punto culmine, y el hecho de estar siempre con una larga lista de preguntas que tengo para con Benicio, y que éste me ignore todo el tiempo, o responda con evasivas, lograba desesperarme un poco más.
Sentada ya en la cama, mirando por la ventana como una loca esquizofrénica no me estaba aburriendo para nada, y continué. No por mucho tiempo. Había un aroma, algo familiar que sentía, supuse, desde la sala de estar en la planta baja de la casa. Y resalto que “familiar” no significa en este momento algo “agradable”. Sino que todo lo contrario, era algo conocido… algo que me hacia irritar, algo usual. De un momento a otro me agazapé contra la puerta de la habitación y pensé un largo tiempo que esto del vampirismo me estaba poniendo, además de esquizofrénica, paranoica. No podía escuchar ruido alguno, y me pregunté si Benicio estaba en la casa, entonces me decidí a bajar, a su encuentro. La lluvia se había puesto algo intensa, así que de una zancada estaba nuevamente junto a la ventana, cerrándola. Caminé hacia atrás, y bajé.
Claramente lo que había percibido anteriormente, pudo confirmarse. De un rugido me fui al humor al primero que vi de mis dos visitantes varones. No podía creer que me haya arriesgado a quedar en evidencia en mi propia casa, pero… ¿qué hacían acá? ¿Eran invasores? Apreté lo suficientemente despacio para no matar, pero el hecho que lo haya arrojado de un lado del living al otro en una fracción de segundo, me dejaban al descubierto que yo era una fenómeno, y no solo que estaba arriesgándome yo, sino que también a él…. Se me turbó el cuerpo de solo pensar lo furioso que se pondría Benicio por tener que matar a estos dos inocentes –y no tanto, primero acosándome en el planetario, y ahora en mi propia casa- hombres. Pero tendría que hacerlo, no pueden ser testigos de lo que somos, no en este siglo. Mis ojos lo miraban fijamente, pero mi victima mostraba en los suyos un total vacío. Como si nada importara, y lo que es peor, su acompañante estaba sentado al otro lado del living mirando todo, podía sentirlo sobre mi espalda. Pero reaccioné que no estaba sola, había alguien más. Mi cabeza comenzó a voltearse lentamente cuando al lado del desconocido que sólo miraba sin siquiera tratar de defender a su amigo, estaba Benicio, con cara de “te ves ¡taaan estúpida!”. Arrugó su frente, hizo una media sonrisa un poco forzada por la situación, y entonces sentí como el cuello de mi rehén se estaba poniendo totalmente frío, y pensé por dentro de manera desesperada si no era que ya lo había matado de asfixia y no me había enterado antes. Dejé de mirar a los espectadores cuando mil cosas pasaron por mi cabeza, eran realmente extrañas. Estos dos hombres, uno entre mis manos y el otro sentado junto a Benicio me hacían confundir. Entonces, una brisa helada cubrió todo mi cuerpo. Quien yo creí que era mi

victima, realizó un giro inesperado y rápido con mi cuerpo hasta dejarme a sus espaldas, mientras me tomaba casi por las manos y me acercaba contra su pecho, volviéndome a girar. Sentí su respiro de aliento dulce bien cerca de mi oído, y todo quedó calmo. Yo seguía apretada contra él e imaginé el cuerpo de Benicio contraerse de furia, mientras miraba sentado desde el sofá, estirando cada dedo largo de su mano contra los bordes del apoya brazos en el sillón. Sentí un fuerte zumbido dentro de mi cabeza, y tenía ganas de retorcerme en el piso, inmóvil, pero él me seguía sosteniendo apretando de mis muñecas. Todo me sorprendía, hasta que de un momento a otro, el hombre me traspasó recorriendo toda la habitación en medio segundo y me aplastó contra la pared. El zumbido había pasado. Lo vi alejándose de mí, cuando de su boca lo único que se escucho pronunciar fue la palabra “Sexy”. Me incorporé, fulminándolo con la mirada y le pregunté

-¿Quién sos? –Me sentí tarada, por primera vez en mucho tiempo, me sentí realmente tarada.

-El amor de tu vida. –Y me guiñó el ojo. Que estupido, estupido, estupido, estupido, pensé.

-Ya basta. –Interrumpió Benicio, poniéndose a mi lado. Me tomó suavemente el brazo, haciendo una leve caricia con su mano, y me pregunto bien cerca -¿Estas bien?

-Ss ss, sí. –Mentí. Estaba abrumada, me dolía demasiado la cabeza a causa de ese zumbido, el cual no sabía que había sido. – ¿Quiénes son? –Pero el hombre que había estado callado como una estatua, se acerco a mi lado en apenas un parpadeo, y mi mano, la que había estado agarrada de Benicio, ahora estaba en la suya, mientras él la besaba.

-Ayer por la noche fue todo demasiado informal, en mi época a las mujeres se las besaba en la mano. Pero claro…. Pasaron siglos de eso. –Y se rió de manera perversa, pude imaginarlo retorciéndose el bigote, disfrutando el momento. –Por cierto, soy Benjamín. Supongo que ya conoces a Andrés, mi hermano.- Y señaló a mi victima, o victimario, ya no sabía que pensar, lo había tenido inmóvil entre mis manos, y luego todo fue tan rápido, que terminé presa de su fuerza.

-Hola. –Dijo Andrés. Su cara no mostraba ni un uno por ciento de la alegría y aceptación de la noche anterior, cuando nos encontramos como dos desconocidos en el Planetario. Ahora se mostraba hostil. Miraba con recelo, haciéndome sentir culpable de algo que yo desconocía totalmente. Falso, hace dos segundos me había dicho que yo era sexy, y que él es el amor de mi vida…. Hombres, ¿Quién los entiende?

-¿Qué es esto? –Le pregunté a Benicio, desconcertada. –Pensé que no los conocías, ayer… yo…. ¡Eran humanos! Sentí su aroma, su sangre…. –Imaginar que él los había convertido, en castigo a que solamente me hayan acosado un poco el día anterior fue demasiado, pero esa idea duro la nada misma en mi cabeza, Benjamín, el primero y a mi entender el más viejo, no por

apariencia, sino por experiencia siendo vampiro, si esta bien decirlo así, había hablado de “siglos”. Descarté la idea de la venganza. Bien. ¿Entonces?

-Bueno mi querida Amanda… lindo nombre por cierto. –Y enarcó una ceja hasta mirar a Benicio. –Podrás entender, en cuanto estés al tanto, que vampiros de nuestra edad, pueden realizar cualquier truco sobre otros vampiros un tanto… inexpertos, como es tu caso, ¿no? –Volvió a sonreírle a mi amigo, guiñándole un ojo.

-¡Benicio! –Alcé la voz para que me escuchara bien claramente. -¿A que se debe la visita de…? –No supe como caratularlos.

-Grandes amigos… quizás los mejores que él haya tenido en su existencia. Nos debe mucho… tal vez hasta su felicidad. –El vampiro más viejo remarcó la palabra felicidad, como si se tratara de algo entre líneas que yo tendría que haber entendido, o que pondría en alerta a mi compañero. Ya estaba un poco cansada de sumarle más misterio a todo, me fui de ese pensamiento si pretendía conservar la calma unos instantes más.

-Ajá… -Dije y miré dudosa a Benicio, él sabía que en cualquier momento iba a empezar nuevamente con las preguntas, así que me devolvió la mirada con un levantamiento de hombros y una dulce sonrisa forzada.

-Andrés. –Y tomó una pausa para seguir. –Viene a quedarse con nosotros un tiempo… Espero que no te moleste. Es sólo por un rato. –Nos dijo Benicio, mirándonos, y remarcando las palabras “quedarse con nosotros”, “no te moleste” y “solo por un rato”.

-Asuntos laborales… no lo entenderías… -Y fue como una sentencia de parte de Benjamín, donde me comunicaba que por asuntos de trabajo tendríamos que alojar a un vampiro que no conocía, al menos yo, y convivir con él, quien además, me parecía entre otros tantos adjetivos que podría utilizar en su contra, un hombre de mirada histérica y depravada. Y vaya una a saber que otras cosas más. Pero eran prejuicios míos, lo único que hice es repasar con la mirada a nuestro nuevo huésped, quien me la devolvió apartándola y haciéndose el importante, hasta llegar a Benicio, que no dijo nada. –Así que bueno. –Repitió nuestro visitante, el más grande. –Es hora de irse… Volverán a saber de mí. Fue un gusto. –Con una mirada penetrante y algo tajante, desapareció.

**

-¿Asuntos laborales? –Le indagué a Benicio, horas más tardes en el sótano, mientras bebíamos algo de sangre.

-Sí. –Y siguió tomando, como si nada.

-¿Sí? –Me fastidio su respuesta, como todas, pero la transformé en pregunta.

-Sí. –Respondió sin decir más.

-¿Es lo único que pensas decir?

-Sí. –Y tomó otra bolsa de su depósito.

-Bien, entonces me voy. –Quería saber hasta que punto íbamos a seguir con el ida y vuelta. Porque se estaba tornando insoportable. Por supuesto que no iba a irme… no podía. De cierto modo, aunque deseaba alejarme y hacer todo por mi cuenta, algo me ataba a él, una especie de imán. Jamás encontraba respuestas de su parte, sentía una punzada fuerte en el estomago de sólo pensar en separarme. Lo necesitaba, como el enfermo necesita su remedio. Pero necesitaba otras cosas, además de lo sentimental. Necesitaba respuestas.

-No. –Contestó. En cierto modo, me gustaba que aplique la fuerza conmigo, y de solo pensar que me estaba obligando, o prohibiéndome algo, mis ojos se dilataban, se daban vueltas… no era sadomasoquista, simplemente era la sensación de placer que me producía el sentirme protegida de esta manera, como si yo fuese algo realmente valioso.

-Bueno, veo que vamos avanzando. De un “Sí” a un “No”, hay algunos cambios. –Traté de sonar amable, necesitaba de mi amabilidad si quería salir beneficiada.

-No, eso no es avanzar. En cierto modo sabes exactamente lo mismo que antes. Lo que sea que te diga, va a dar igual. –Lo escuché algo sombrío. Me dio la espalda, y apoyó sus brazos contra el frezzer que tiene nuestras bebidas.

-Empecemos por una de ellas. –Me fui acercando lentamente.

-No. –Fue tajante.

-¿Otra vez?... Por favor… -Y lo invité a darse la vuelta, para que sus ojos se juntaran con los míos. Por un momento parecía ceder, daba la impresión que lo estaba tentando a algo, pero que era demasiado prohibido como para que de el brazo a torcer.

-No se de que queres hablar, me facilitaría demasiado las cosas si me lo dijeras. –Me explicó, y su mirada volvió a ser vacía.

-Primero: ¿Quién es Andrés… y Benjamín? Los conocías y no me dijiste nada. Momento…. ¡Dejaste que me maltratara! ¡Sí! En la sala… dejaste que me agarrara por la fuerza…. ¡Lo dejaste! –Caí en la cuenta… él lo había permitido.

-Shhh… -Me interrumpió tapándome la boca con su dedo índice, miró donde lo había apoyado, se sonrojo y lo aparto, continuando con la charla. –De a una pregunta por vez. –Pretendió, y con mucha razón. Reí por mis adentros.

-¿Qué pasó ayer a la noche? ¿Por qué no vi más a Dante? ¿Cómo llegamos acá? ¿Y quién me puso el camisón? –Era inevitable, no podía cuestionar nada

por separado, eran muchas las preguntas y pocas las respuestas como para dejar pasar la oportunidad de encontrarlo dispuesto a contestar algo.

-Cambiaste de tema, no vale. –Su voz no parecía nada agraciada para conmigo. Dudé y volví al punto inicial. No me convenía hacerlo enojar, me repetía por mis adentros.

-Andrés. –Solo pronuncie el nombre.

-Lindo nombre. –Se burló de mí. Pero lo miré con desaprobación, a lo que agregó -¿O no?

-Muy chistoso. ¿Quién es?

-Un viejo… amigo. –Se hizo el distraído.

-¿Y te cuesta tanto decirlo? –Le fruncí el ceño

-¿Y quién dijo que costara? Amanda… no saques tus propias conclusiones, menos sobre un tema desconocido para vos. ¿Es todo? Estoy algo ocupado.

-¡Mentiroso! –Le grité. -¿Por qué tiene que quedarse acá? –Quise saber.

-Por que lo digo yo. –Contestó.

-Me pone incomoda… me aterroriza el solo hecho de mirarlo. –Le hice saber.

-Deberías. –Dijo Andrés, apareciéndose de repente en el sótano. –Y con respecto a mi estadía en esta casa… es un pequeño favor que tu… compañero me debe. –Cuando dijo compañero, noté como se regocijaba. –Por otra parte –Continuó. –No vamos a dormir juntos vos y yo, como para que te sientas incomoda. –Y largó una risita, que quedó atrapada cuando Benicio lo miró de forma asesina. –Aunque se que quisieras. –Finalizó.

-¿Yo? ¡Por favor! La gente pedante no es mi estilo… ni por cerca desearía tenerte, ni a cientos de kilómetros de mí. –Me enfurecía cada vez más mientras se lo decía. Y vi como se acercaba a la ventana más pequeña tapada con maderas y una gran cortina color azul marino. Fue un instante, Andrés corrió la tela, cuando sentí que el cuerpo se me incendiaba, y Benicio se abalanzó hacia mí, protegiéndome del Sol. Caímos juntos al suelo, y entré en un estado de inconciencia, mientras Benicio preguntaba por mi collar.

-Se habrá desprendido mientras dormía. –Dije en forma de susurros con las pocas fuerzas que tenía. -¿Cómo fue que en mi habitación, cuando desperté no pasó nada?

-Las ventanas están protegidas, y el Sol no daba de lleno –Dijo desesperado, y dirigiéndose a Andrés añadió rápidamente –Las cortinas ¡Cerralas! ¡Ya!

Entendía muy poco lo que pasaba entorno a lo que había ocurrido… Sólo se que en unos segundos, estaba recostada en la pieza.
Sumergida en lo más profundo, sentí las manos de Benicio alrededor de mi cuello, como caricias, poniéndome el collar que me protegía del Sol. Casi como magia, caí a la nada. La conexión con una realidad que deseaba, solo la podía encontrar en mis sueños

Capitulo dieciocho.
Human memories (Recuerdos humanos)

Nada podía hacer para salvar mi vida, se había dictado la sentencia de muerte, y estaba inconciente paralizada al costado de la gran habitación. Sus rostros eran perfectos, había rasgos de una delicadeza sumamente perversa en sus caras. Tenía casi todo el cuerpo manchado con sangre y sentía mis extremidades latiendo a ritmos inalcanzables en un estado de normalidad.
Nada era coherente, todo había perdido sentido. Pero aun así, como en un sueño, luchaba por despertarme, luchaba por que mis gritos se escucharan, por que mi cuerpo reaccionara, por levantarme, por ver quien era la tercera persona que estaba en la habitación. Pero los veía a ellos dos, únicamente a ellos, que me observaban como quien codicia el premio mayor. En cualquier momento iban a saltarme a la yugular. En cualquier momento iban a atacarme, y sin saberlo aun, sin estar totalmente segura de aquel hecho, lo presentía. Mi cuerpo lo hacia, me estaba hablando, poniéndome en aviso de que cualquier pisada en falso, decretaría mi fin, rápidamente. Al menos, en el fondo de mi ser sabía que si iba a morir en aquel instante, todo iba a ser rápido. Aunque eso no era lo que me atemorizaba. Me daba terror el simple hecho de no saber que era lo que pasaba, y a la vez, darme cuenta que mi sentido de supervivencia me estaba pidiendo a gritos que reaccione, que me levantara y luchara, aunque muy lejos encontraba una razón por hacerlo.
Naturalmente levanté la mirada, para observar la cara de mis dos agresores de manera más nítida, pero cuando quise abrir bien los ojos sentí una punzada en la nuca, tan fuerte que me hizo retorcer. Todo era confuso, y sentí una respiración dulce sobre mis hombros, ascendiendo hacia mi cuello. Abrí los ojos, y recordé su llegada. Eran ellos dos, y uno más que no pude ver. Me atacaron los primeros, caí inconciente. Ahora que estaban volviendo los recuerdos de esta visita me espanté por su andar, fugaz como las estrellas. Cuando todo parecía el final, cuando todo me recordaba a cuentos de terror, el atacante hincó sus dientes sobre mi frágil piel. Lancé un grito ensordecedor, y a mi rescaté por la ventana lo vi entrar. Tal y como lo recordaba, exactamente igual.

-¡¿Qué es todo esto?! –Estaba fuera de si.
-Una linda chica. –Dijo uno de los hombres que se mantenía al margen mirando.
-¡Es mía, no tienen derecho! –Gritó el que entró por la ventana. Benicio…

Desperté, había sido un sueño, sólo un sueño. Era yo, claramente. Pero… ¿En qué momento? ¿Benicio entrando por la ventana? ¿Cuándo había pasado todo eso? No estaba sola, miré a un costado, y sentado en el sillón estaba Andrés, mirándome, esperando, con una risa burlona.

-¿Qué fue eso? –Le pregunté, desconcertada.

-*Memoria hominum**. –Fue la respuesta de Andrés.

**Recuerdos humanos.*

<u>Capitulo número diecinueve.</u>
Sueños placenteros.

-¿Memori-qué? –Dije, inexpresiva.

-Memoria humana, bebé, o recuerdos humanos, más precisamente. –Contesto con las líneas de su frente descansadas.

-Imposible. –Le repliqué, jamás conocí a Benicio en mi vida humana…-Todo estaba alrededor de Dante, que al pronunciar su nombre en mi mente, volví a sentir el látigo de dolor desde lo más profundo de mi pecho.

-Bueno bebé, parece que hay muchas cosas de las que tendrías que hablar con tu… amiguito. Al parecer no son tan íntimos como yo pensé. –Y se rió por lo bajo, corriendo su cabeza hacia un costado. ¡Como si eso hiciera no verlo!

-Tengo nombre, y no es bebé. –Exclamé furiosa.

-Prefiero los apodos. –Me hizo saber.

-Y yo mi nombre. –Lo miré de manera hostil.

-Y yo los apodos. –Finalizó la palabra “apodos” acentuándola bien, y mostrándome, como si yo no supiera, cada marcada sílaba.

-Te detesto. –Fue lo único que mi boca pudo formular.

-Te deseo. –Replicó de manera instantánea. Pero ignoré por completo su frase, mientras sentía que mis mejillas iban a estallar.

-¿Cómo es que entraste a mi habitación?

-Estas colorada, te intimidé. –Su media sonrisa, más levantada de su lado derecho, era atractiva, pero que más iba a dar, si él era insoportable… insoportablemente sexy. Giré mis pensamientos por donde venían.

-¿Cómo es que entraste en mis sueños? –Me estaba poniendo un poco excitada por la furia.

-No hay llaves que traben la puerta, y aun así veo imposible que eso sea una dificultad para mí, tendrías que saberlo, bebé. -Y torció su labio, dubitativo

-¡Sos un enfermo! –Exclamé, violenta. – ¿Vas a decirme, o no, que te izo sentirte en derecho de entrar a la habitación de una mujer, y más aun, como es ese truco que utilizaste para meterte en mi sueño?

-Si te acercaras un poco más a mí… quizá puedas convencerme a que te lo

diga.

Cuando Andrés dijo eso, pensé que a lo mejor, podría empezar a usar yo misma el método de seducción. Al fin de cuentas con Benicio no me estaba funcionando, él parecía tan rígido y estructural –y me encantaba por eso, tengo que admitirlo- que no se dejaba chantajear siquiera por mis encantos, si es que los tenía. En cambio Andrés, él estaba coqueteando conmigo, y era más que obvio. Lo que no entendía era por qué. Andrés, por otra parte, me parecía peligroso. Pero esa palabra no podía no ir acompañada por sexy y peligroso. Eso me parecía él. Bajo su hermosa altura, por que era alto, y bajo su mirada indecente, y su rostro perfectamente tallado a mano, se encontraba él. Andrés. Un vampiro altamente peligroso. Al menos esa era la impresión que me daba con solo verlo u oírlo. O así mismo sólo mirar como Benicio se ponía ante su presencia. Si quería entender por que fue que él estaba metido dentro de mi sueño, mientras yo lo soñaba, tenía que ser más pícara.

-¿Un poco más? ¿Así? –Y me acerqué de una punta de la habitación hacia donde él estaba en un microsegundo.

-No va a funcionar, bebé. No sos mi tipo, aunque quisieras. –Me dijo desconcertándome. Había tocado un punto en mí que no era conveniente tocar. Mi ego.

-Pe… pero… -No caía aun en el rechazo. Hasta hace un momento juré que había estado coqueteando conmigo. Lo podría haber afirmado.

-Me refiero con “tipo” a que no me gustan las mujeres que me engañan. Que me usan. No funciona conmigo, y me doy cuenta de eso en el instante. –Sus ojos parecían disfrutar el simple hecho de haberme visto rebajarme ante él. Se había dado cuenta que lo que intenté hacer era, pura y exclusivamente, para mi beneficio. Aunque, debo reconocer, que al tenerlo cerca, una pequeña llamarada se encendió. Lamentablemente, estaba herida, y sin dudarlo, abofeteé su cara. O intenté abofetearla, por que paró mi puño en seco y sonrió, al instante que su cara se turbaba ciertamente seria.

-Jamás vuelvas a intentar una cosa tan estupida. Voy a arrancarte la cabeza y tirarla al fuego la próxima vez. –Susurró en mi oído, acercándome contra su pecho, en el momento que me tomó por la cintura, luego de frenar mi mano.

-Soltame, o voy a llamarlo. –Dije pacíficamente, aunque claro está, no me encontraba de ninguna manera pacifica.

-Ahora me siento muy cómodo teniéndote tan cerca, de hecho. –Y sonrió, despidió un aliento tan dulce como la miel, o alguna fruta demasiado dulce. Sus dientes eran perfectos, y yo lo observaba bien de cerca levantando la mirada, y corriéndola cuando sentía mis mejillas sonrojarse.

-Te olvidas que también soy vampiro, y tengo fuerza, aunque sea mujer. –por

dentro pensaba en el maravilloso rostro de mi oponente, mi voz estaba disgustada.

-¡Bebé! –Dijo, y me soltó riendo.
Tan fuerte que Benicio apareció por la puerta de mi habitación, encontrándome a mí en paños menores y a Andrés junto a la cama de dos plazas situada al lado de mi ventana. –Que se joda- Pensé por mis adentros. Benicio jamás me mira como si yo fuese una mujer, me hace sentir como a una tonta nena de quince años. Quizás esto le de su merecido y sienta un poquito de rabia en el fondo, por verme junto a su “amigo” si así podía llamarlo. En sus ojos noté una mezcla de incertidumbre, rabia y desconcierto, todo licuado en el mismo trago agridulce, de lo que supongo, son sus pensamientos. Pero no lograba hablar o pronunciar palabras. Yo seguía parada junto a Andrés, y Benicio, más que el gesto de su cara que logré descifrar, no decía absolutamente nada. Rompí el silencio.

-¿Entonces? –Exigí saber de manera inmediata a Benicio.

-Los dejo solos. Amanda, tengo una invitación que hacerte esta noche, por cierto. –Dijo Andrés, y Benicio lo miró con un aire devastador, sin comprender.

-Rechazado. –Le dije cortante, sin verlo a la cara, estaba preocupada tratando de entablar conversación con el recién llegado.

-Me encanta. Ponete linda… Perdón. Más. –Concluyó y se retiró de la habitación antes que yo pudiese volver a decirle que ni loca saldría con él, bajo ninguna circunstancia.

Benicio se cruzó de brazos contra la puerta, y noté un leve choque de hombros entre él y Andrés. No se por qué, pero esa situación no me sorprendía para nada. Una vez que nos quedamos solos, puso cara de no-tener-la-culpa-de-nada, y yo me senté sobre la ventana, el atardecer había caído en el cielo. Me crucé de piernas y me di cuenta que seguía en unos mini shorts muy cortos, y una musculosa blanca que dejaba ver mi ombligo. Mi pelo estaba enmarañado, pero eso no importó. Cuando quise bajar del marco para buscar mi bata, lo tenía a Benicio al lado mío, más rápido que el viento alcanzándomela.

-Toma. Tapate. –Se dirigió a mí fríamente. Y volvió a alejarse tan rápido como se acercó. –Veo que te relacionas bastante bien, con extraños. –Remarcó esa última palabra.

-Tal vez sea que él deja que yo me acerque. No suele suceder con todos lo mismo. –Y mi comentario fue venenoso. Fue adrede.

-Hoy también estas imposible. Te espero abajo, con la cena. –Y amagó a irse, cuando yo de una zancada trabé la salida de la puerta, con la llave de la habitación.

–No vas a irte a ningún lado hoy. –La cara de Benicio gesticuló una sonrisa, que escondió moviendo la cara hacia uno de sus costados. Pero yo me di

cuenta, él había sonreído. –No, digo. Emm, que vas a darme algunas explicaciones. Esta vez si que lo vas a hacer. –Le dije.

-No tengo nada que explicar, Amanda. Quiero salir. –Me contestó, cruzando sus dos brazos.

-Tuve un sueño. –Acusé.

-¿Con Andrés? –Me respondió él, levantando una ceja y achicando su mirada hacia un costado nuevamente. Parecía molesto.

-Él tiene mucho que ver. –Y en realidad, tenía bastante que ver para mi gusto, y comencé con mi explicación. -Estaba durmiendo muy placidamente, aunque no tanto, por que tuve una pesadilla.

-Intenso. –Comentó Benicio interrumpiéndome y mostrando una media sonrisa forzada, mientras giraba su cabeza para ver el cerrojo de la puerta.

-No me interrumpas. Como te decía, estaba durmiendo casi placidamente, cuando tuve y desperté de una pesadilla. Me incorporé en mi cama confundida por el sueño extraño y estaba Andrés a mi lado, sentado en el sillón. –Esa última frase la había dicho bajando un poco más la voz.

-Y despertaste, te encontrabas en ropa interior, él te vio. Fin del cuento. Del sueño, perdón. –Sonó sarcástico, entonces preferí ignorarlo.

-¿Celos de hermano? –Odié decírselo, pero se lo merecía. Abrió grande sus ojos.

-Si abrís la puerta te respondo. –Me dijo.

-No voy a abrir la maldita puerta para que escapes con evasivas y te sea más fácil dejarme con la palabra en la boca. –Mi oración parecía más bien un regaño.

-No voy a escaparme. –Contesto firme y conciso. Como siempre. Abrí la puerta lentamente, dejándolo a él de espaldas, y yo enfrente a la salida.

-Eso espero.

-¿Qué tengo que ver yo en tu encuentro intimo con Andrés? –Preguntó. Su pregunta fue molesta para mí.

-No fue ningún encuentro íntimo. Él sólo entró. Además, ¿qué tiene que…?

-¿Qué mas pasó? –Quiso saber con vehemencia. Y para no parecer celoso, agregó –En tu sueño, digo… -Miró hacia la ventana, quizá para disimular el enrojecimiento de su mejilla, al darse cuenta que yo había interpretado hacia otro lugar su pregunta.

-Te soñé. –Le comenté como una minucia, aunque no lo era, para acabar con esto. Su mirada por primera vez mostró un interés profundo. Un interés que no creí que iba a despertar en él. Y continué –Te soñé a vos, y a tres personas más. –Él pareció exaltarse de manera imprevista, pero no agregó nada, así que seguí –Yo estaba tirada en el rincón de una casa que no recuerdo, mejor dicho, no conozco. Claro, si fue un sueño –pensé por mis adentros- tenia sobre mi cuello a un hombre cuya cara desconozco, mordiéndome. Bebiendo de mí sangre. Y a otros dos observando, cuando de repente… -Y fui interrumpida bruscamente por Benicio.

-Ya Amanda, fue un sueño ¿qué importancia tiene? ¿Por qué tanta trascendencia? –Noté en su mirada y en su voz cierto nerviosismo que llamó mi atención, pero como yo jamás descubría nada de parte de algo contado por él, decidí seguir hablando, para saber por donde ir en cuanto notara en su actitud algo extraño.

-Cuando de repente entraste por una ventana desde la oscuridad. Era tu casa, aparentemente. Lo raro es que vos… -Benicio volvió a interrumpir mi relato, con más demostraciones de su actitud pasmada.

-Fue sólo un sueño, vos lo dijiste. –Él no me miraba fijo a los ojos, algo andaba mal con esto.

-Lo raro era que vos… eras vampiro, y yo no. Yo no me convertí así. De hecho no recuerdo por que fue que ahora soy como soy. Sólo desperté acá un día y vos fuiste mi guía. –Mis ojos comenzaron a lagrimear. –Yo dormía placidamente en la cama de… en la cama de… Dante, en mi casa… -Los recuerdos me inundaron. –Morí por alguna extraña razón, y acá estoy.

-No es necesario que te provoques este sufrimiento. –Dijo acercándose más a mí. Pero tomé distancia para continuar.

-Eso no fue todo Benicio, por favor, dejame continuar. –Exclamé –Vos en el sueño… dijiste algo.

-Por favor, Amanda, fue solo un sueño. ¿Por qué buscas torturarte de esta forma con los sueños? Es algo normal, la gente sueña. ¿Por qué no vamos a comer algo? –Él trataba de eludirme, lo sabía. Algo andaba muy mal y yo me había dado cuenta, Benicio estaba siendo demasiado obvio, si esto había sido solo un sueño, como él lo llamó, ¿por qué estaba comportándose de manera tan extraña?

-En el sueño dijiste algo… que llamó mi atención. Dijiste algo así como “es mía, me pertenece”.

-Ya basta Amanda, no se de que forma pedírtelo. –Y como yo tenía la mirada gacha, pude ver como las venas de sus manos sobresalían de las mismas, debido a la manera en que él estaba cerrando sus puños. Tomé una de sus manos con suavidad, y relajé cada uno de sus dedos.

-Solo necesito la verdad. –Le dije de manera dulce, de la manera que me salió desde muy dentro.

-No puedo manejar tus sueños… -Me dijo de forma sombría y tranquila.

-Andrés me dijo que fueron recuerdos. –Sentencié. –Recuerdos humanos. –Y levanté la vista para encontrarme con la de Benicio. No pude encontrar su mirada, sentí como cada músculo de sus brazos se endurecían.

-Lo son. –Afirmó, mirándome fijo, de manera violenta.

Capitulo número veinte.
“Toilette”

-¿Lo son? –Tal vez había perdido una pieza de la historia, porque definitivamente no podía entender que estaba diciéndome. Ni darme cuenta de lo que me estaba hablando. -¿Recuerdos humanos con vos? -Él seguía sin contestarme, y si de por sí es blanco, ahora ya el mínimo de color que pudiera tener, desapareció por completo. Estuvo a punto de abrir la boca, pero volvió a cerrarla, apartando la vista y volviéndome a mirar al instante, para luego volver a correrla del campo visual que lo conectaba con el mío. De enserio que esto era muy raro. -¿Lo son, Benicio, vas a contestar?

-Amanda. –Dijo, con una voz entrecortada, y mirándome fijamente. Su mandíbula parecía salirse de lugar.

-¿Qué? –Exigí calurosamente.

-¿Por qué sacaste esa conclusión? No seas absurda. –Esa fue su respuesta, pero entonces ¿por qué parecía que en cualquier momento iba a desaparecer? Sentí de repente, que de un momento a otro iba a borronearse en el paisaje, y evitar seguir hablando. Lo percibí, y me puse del lado de la puerta.

-Andrés. –Fui corta, resumida, concisa.
-¡Oh vamos! Lo sabía! –No le agradó mucho. Pero que me importa, mi cabeza no podía procesar nada de lo que estaba pasando. Sueños extraños, gente extraña, como Benicio, como… Andrés. Sí, Andrés es extraño.

-Te odio. –Exageré. Pero si no se apuraba a darme respuestas, mi odio era la próxima estación en esta discusión. Su cara se transformó de la indignación a la confusión. No sin después mostrarse triste.

-¿Ese es el sentimiento que despierto en vos? –Me preguntó, ahora se veía totalmente infantil. Estuve a punto de conmoverme y echarme a sus brazos, pero no podía sacarme de la cabeza todas las cosas, que probablemente él me este ocultando.

-Sí. –Volví a mentir. Doble mentira, doble dolor.

-Resulta ser que… -Pero él no completó la frase, a lo que yo lo miré seriamente, y siguió –Andrés te mintió. –Me dijo, y calló.

-¿Cuáles son las pruebas de eso? –La intriga me ganó. Ahora quiero saber, y espero solamente una respuesta autentica. Ya no más mentiras ni acertijos que se dejen a libre interpretación. Hoy quiero blanco o negro.

-Nosotros dos no nos conocíamos antes. –Eso era cierto, jamás en la vida me lo había cruzado alguna vez. ¿Pero que necesidad tenía Andrés para

mentirme? Benicio estaba muy claro en el sueño. ¿Por qué había soñado así con él?, no entiendo. Pero… momento, hay algo que estoy olvidándome.

-Falta un detalle. –Dije casi para mis adentros, pero lo suficientemente alto para que él me escuchara. -¿Cómo supo Andrés que fue lo que había soñado? La cara de Benicio se iluminó.

-¡De eso se trata! Amanda… Andrés es un vampiro muy viejo y poderoso, aunque su apariencia muestre la de un joven de unos treinta años. Él puede hacer todo ese tipo de trucos.

-Como pasar desapercibido ante otro vampiro, sin que este se de cuenta… - Dije para mi misma esta vez, en voz alta, como sacando mi propia conclusión. Estaba sorprendida, ¡como no me había dado cuenta antes de una cosa así!

-Incluso, él puede provocarte sueños. –Agregó mirándome muy fijamente. –O pesadillas.

-¿Provocarlos? –Esa idea me horrorizó.

-Exacto. Es decir, puede usar su influencia y sus poderes para hacerte ver las cosas que él quiera que veas. Los sueños son algo común entre esos poderes. Puede ingresar en tu mente. Estando vos dormida, es mucho más fácil. –Me contó bajando la voz, al mínimo volumen.

-Eso es… -Me trabé ante tanta información.

-Prácticamente un delito. –Completó.

-¿No hay manera de bloquear eso?

-No. Es de acuerdo a la vulnerabilidad de las personas, en cierto modo… quizá haya manera, pero eso no lo puede controlar uno mismo.

-¿De qué depende? –Estaba empezando a preocuparme.
-Depende de nada. Si anímicamente estas bien, es muy difícil ejercer ese poder, por más adiestrado que los tengas.

-Y si me encuentro sensible… estoy… -No podía pensar.

-Desprotegida. –Finalizó.

-Exacto. –Estaba anonadada ante las justificaciones de Benicio, realmente me encontraba desprotegida, y no tengo las fuerzas necesarias como para luchar contra eso. En los sueños, Benicio no iba a poder protegerme como estando despierta.

-Amanda… Es de vital importancia que te mantengas alejada de él. –Me dijo lanzándome una de sus serias miradas.

-Como si fuese posible… -Mi voz todavía no recuperaba brillo.

-Lo sé, lo sé. Pero quizá pronto se vaya. –En sus palabras noté que ni él se creía lo que me decía. -No estarás pensando en… -No completó la frase. Pero sabía que era lo que me trataba de decir… “¿No estarás pensando en aceptar su invitación, no?” Por supuesto que no estaba pensando en aceptarla. Pero ahora lo único que quería era saber por qué Andrés estaba ejerciendo sus influencias conmigo, y por qué de la forma en la que lo hacía. ¿Qué necesidad tenía de hacerme soñar con Benicio? Estaba tratando de entender cual es el juego, pero por más que exprimía mi mente no lograba comprenderlo. Cambié el rumbo de mi decisión.

-Tal vez… de hecho, tal vez la acepte. –Le dije tratando de parecer poco preocupada respecto a esa situación.

-¿Estas loca o qué? Creo que no estas entendiendo… -No dejé que termine de hablar. Y lo interrumpí.

-Tal vez un poco… -Sonreí. ¿Qué le pasaba? ¿Estaba preocupada por mí, o eran celos? Me da igual. Conmigo, las cosas claras. Y si esto servía para matar dos pájaros de un tiro… ¿Por qué no aprovechar de la situación?
Benicio me tomó del brazo bien fuerte, y al oído, casi como una amenaza susurró:

-No vas a moverte de acá. Incluso si tuviese que atarte. –Sonó amenazador. Me gusta. Pero no pensé lo mismo de ese brazo apretándome, así que en un veloz movimiento, lo arrinconé contra la pared. La situación estaba invertida, y ahora la depredadora que amenaza, era yo.

-No me gusta la violencia. –Dije con un tono serio y severo. –No vuelvas a poner, nunca jamás, una de tus manos encima mío. –Finalicé.

Pero cuando quise darme cuenta, Benicio ya se había escurrido de mis manos. Esta vez, no voy a gastar un solo minuto más de mi existencia tratando de entender que era lo que le pasaba conmigo. Estoy totalmente harta, y muy enojada, más que enojada, furiosa. Siempre preguntándome que es lo que le pasa a él conmigo, por qué se comporta así, qué me oculta, etcétera, etcétera, y mil etcéteras. Esta vez, que todo quede como está. Tengo algo de carácter un poquito más urgente que hacer ahora. Salir con Andrés. Cuando lo digo suena raro. Pero es así. Hoy voy a averiguar que es lo que se trae entre manos.
Me dirigí hacia el placard a buscar que ponerme. Me sonrojé cuando del mismo saqué un vestido negro de encajes. Corto. Muy corto. Pero elegante. *Esto es lo que voy a ponerme si quiero conseguir algo hoy*, pensé por mis adentros.

Plan A en marcha, vestimenta provocativa. Acomodé un poco mi cabello, y lo recogí. Bien alto. Me puse (demasiado) perfume, y salí de la habitación. *Vamos a ver que piensa Benicio de esto*, repetía en mi fuero interno, y largué una risita estupida. Agudicé mis oídos. Mientras iba bajando las escaleras, supe que los dos estaban en el living, sentados. Benicio leyendo, podía oír el pase de las

páginas, y de la manera en que las pasaba, fue más que obvio, era él. Nervioso, haciéndose el que leía, pero en realidad, no lo estaba haciendo. Yo eso lo sabía.

Cuando estuve en el último escalón, y los vi de espaldas, velozmente me lancé al lado de ellos, sentándome entre medio de los dos en el sofá. Pude ver de refilón como las manos de Benicio apretaron la tapa del libro que leía, hundiéndola. *Que se pudra*, me decía una y otra vez, con risas internas. Me crucé de piernas y observé como Andrés las miraba, con los ojos desorbitados. En cualquier otro hombre, hubiese sentido eso como un acto de babosada, totalmente desagradable. Pero a él no. *Esta noche, va a ser una buena noche*, y esa frase en mi cabeza trataba de repetirla una y otra vez. Hoy tenía que volver con alguna respuesta. Con algo más en mi conocimiento, respecto a todo lo que hay detrás de sus juegos mentales, y por qué no, algo sobre Benicio. Si la información no viene a mí, yo tendré que ir tras ella.

-¡Woow! –Dijo Andrés.

-Hola. Tanto tiempo. –Le respondí, lanzándole una mirada cómplice.

-Rico perfume. –Agregó. Y miré a Benicio, en vez de mirar a mi nuevo fan. La cara de mi querido amigo se puso tensa, eran celos. De hermanos, claro, como siempre. Me fastidié. Si Benicio no quería que me fuese con Andrés, entonces ¿qué estaba haciendo?

-¿Vamos a ir a cenar, pasear…. algo? –Volví a enviarle una mirada pícara. No me gustaba la idea de fingir así. Andrés era lindo y todo, pero yo no soy así. *Todo sea por una buena causa*, me dije auto convenciéndome.

-Sí. –Me contestó y miró a Benicio, mostrándole los dientes con una amplia sonrisita, burlona. Pero Andrés era de sorprender, en cuanto dijo que sí, me había levantado por la cintura, llevándome de manera veloz hacia la calle. Ya estábamos del lado de afuera. No distinguí bien, estando del otro lado de la puerta, si lo que escuché que Benicio había tirado o estampado contra la pared, fue la TV o algún mobiliario. Increíble. Estaba furioso. A ver si ahora cuando yo quiera saber algo me lo va a decir o no. Andrés lo escuchó instantáneamente junto a mí. Pero hizo una de sus medias sonrisas con una parte del labio más levantado que el otro, y un revoleo de ojos. No más que eso. No le di mayor trascendencia al asunto, y me di vuelta.

-Oh... –Dije, en el cordón de la calle cuando vi el auto estacionado en la puerta de casa.

-¿Te gusta? –Me preguntó Andrés, frente a su auto, mirándome risueño, enarcando una ceja.

-Es…. Genial. No se mucho de autos, pero… este es perfecto. –Qué estupida que me escuchaba. Sí, era cierto, los autos no eran mi fuerte, pero este era increíble. Alguna marca determinada, y negro.

-Toyota Hybrid X Concept. –Respondió sin que yo preguntara.

-Claro. –Le contesté, haciéndole una mueca. Él sonrió.

Mientras conducía traté de observarlo. Lo miré muy detenidamente mientras hablábamos de cosas banales. Era muy lindo, sin dudarlo. Tenía un perfil que dejaba relucir su hermosa nariz. Conducio media hora más o menos, supongo, y bajamos en un restorán, no puedo describirlo, era simplemente genial. Desde afuera se veía muy bien, y por dentro… Bueno, yo sólo quería información. No me detuve a mirar grandes detalles. De un momento a otro me tensé, por el simple hecho que empezaba a confundir un viaje de negocios para mí, por uno de placer, y no era así.

-¿Vino tinto, para empezar? –Preguntó.

-Coca Cola, mejor. –Le dije. Que imbecil que soy. Cuando vi que él levantó su mirada de la carta para inspeccionar si era un chiste o no, agregué –Light. –Y sonreí, estupidamente.

-Como quieras. –E hizo el pedido.

-Así que sos amigo de Benicio. –Le pregunté. *Tonta, por su puesto que no es amigo de Benicio*, pensé.

-Si así se puede decir. –Me sonrió, esperando que el tema se desviara por su propia cuenta. Y agregó –Así que sos la famosa Amanda, el amor de Benicio. –Me preguntó con mirada astuta.

-Por su puesto que no. –Le contesté casi pisándome las palabras, unas con otras.

-Entonces no veo por qué estar hablando de él. –Me sugirió, de manera inusual.

-¿Por qué él se pone tan…. sobresaltado con tu presencia? –Dije con curiosidad real.

-¿Vos no? –Volvió a levantar la vista, mirándome extremadamente fijo, y lanzó una risita por debajo.

-No te entusiasmes. –Y entonces llegaron las bebidas. Tomé un sorbo de mi Coca Light.

-Por nuestra… *amistad.* –Levantó su copa y me la acercó. Resaltó la palabra amistad, como si esta tuviese un doble sentido a partir de ahora. No comprendí.

-¿Generalmente entras a manipular los sueños de tus amigos? –Se lo dije, para algo venía y no se me daba muy bien la historia de dar vueltas. Me

gustaban las cosas directas, y por ende, yo proporcionaba lo mismo ante mis espectadores. Siempre. La cara de Andrés se mostró de manera sorprendida.

-No mucho. –Me dijo.

-¿Todos los vampiros hombres son de pocas palabras? Me estoy hartando de esto. –Le dije y empecé a levantarme suavemente de la mesa. Soy bipolar, estuve a dos segundos de mandar todo por la borda si seguía cruzándome con gente que no responde de manera puntual a mis preguntas.

-No te vayas. –Me dijo Andrés. Se había levantado rápidamente, y se situaba detrás de mí, arrimando mi silla, conmigo en ella, hacia dentro. Volvió a su lugar.

-Nos pueden ver. –Le comenté, por su rápido movimiento.

-No lo creas. –Miró a su alrededor y sonrió.

-¿Por qué entraste en mi sueño? –Le pregunté más directamente.

-Yo no entré en tus sueños. ¿Quién te pudo haber dicho eso? Hmmm… no me cuesta mucho adivinarlo ¿eh? –Parecía disfrutarlo.

-Benicio me contó todo, respecto a esa influencia que te permite meterte en mi cabeza. –Le dije, despacio cada palabra.

-Es cierto, pero… no es el caso. –Y me guiñó el ojo otra vez.

-¿No lo es? –Pregunté sorprendida. Ni Benicio parecía estar mintiéndome cuando me lo dijo, ni Andrés parecía estarlo haciendo ahora, mientras me lo dice.

-Hmmm, nop. –Me contestó, mostrando su amplia y bella sonrisa.
-Pero yo no lo conozco a él. Jamás lo conocí, antes de ahora… -Mis ojos comenzaban a ponerse vidriosos, no soportaba estas mentiras, alguien estaba tomándome por idiota, ¿pero cuál de los dos lo estaba haciendo?

-¿Estas segura de eso? –Sugirió, sembrándome la duda.

-Definitivamente. –Hablé de forma pausada. De nuevo empecé a sentir que mi vista se nublaba.

-Amanda… -Me dijo y supe que se venía algo, no se qué. -¿Crees en la existencia de la doble vida? –No entendí su pregunta.

-¿Doble vida? ¿Estas insinuando que mientras vivía con Dante, estaba con Benicio? –Me sentí ofendida.

-No, no, de ninguna manera. ¿Pero es así? –Me dijo de manera burlona.

-¡No! Lo recordaría si fuese así. –Le dije gritando, y él asomó su dedo índice para callarme, y lanzaba sus ojos, de manera sarcástica para que mire a mí alrededor, haciéndome recordar que había gente.

-De todas formas cuando dije doble vida me referí a… algo más complejo. –Él hizo una pausa, pero no lo interrumpí. –Me refiero a un ciclo en círculo. Morir y renacer, morir y renacer. –Me dijo arqueando sus cejas, para ver si había entendido el concepto.

-Lo recordaría. –Contesté. Se que soy algo que pensé que no existía. Pero lo otro era muy poco probable.

-Te aseguro que no. –Agregó, como si supiese mucho sobre el tema.

-Sólo quiero respuestas, y lo único que conseguí en meses, fueron evasivas, escenas de celos, mentiras… -Me sentía frustrada, y un fuerte dolor en el pecho se apoderó de mi.

-Él te miente, Amanda, lo hace. –Toda su compostura, se vino abajo, mostrándolo… mostrándolo más humano. Pero yo sabía que él era malo, yo lo sabía. Sabía que no podía confiar en él, Benicio no lo hacia. Pero Benicio también me ocultaba cosas, prácticamente tampoco sabía mucho de él. ¿Qué más da, si vivo con dos extraños?

-Voy al baño, un minuto. –Le dije y me levanté de la mesa. Estaba confundida, demasiado para mi gusto. Mi vista se nublaba de a ratos, y pensé si no estaba a punto de enfermarme, la presión en el pecho era más grande, y entonces me miré en el espejo ya estando alejada de Andrés. Abrí la canilla de agua y me lavé la cara, todo mi rimel se había corrido, parecía una drogadicta. *O Courtney Love después de un fin de semana salvaje*, me dije. Solté mi cabello, pero eso no funcionó. Empeoraba mi panorama. Yo en un lugar concurrido solo por la elite, y de esta forma, como una loca cualquiera. Me encerré en uno de los baños individuales, todos estaban vacíos, no había nadie. Lloré, lloré mucho. Lo único que rogaba era que Andrés no me mandara a buscar por alguien del restorant. Todo este tiempo con engaños. Nadie me decía la verdad. Y encima inducían en mi mente mucha más información que me hacía confundir. Ahora dobles vidas, los sueños eran reales y no provocados. O sí. Daba igual. Ya no podía confiar en nadie. Pero con quien más estaba enojada era con Benicio. Se supone que él iba a cuidarme, que estaría conmigo y sacaría todas mis dudas. Pero so no pasaba. Jamás pasaban esas cosas. Él me evitaba, ignoraba mis preguntas, y debes en cuando se comportaba de manera insolente, por que para mí era una insolencia que se demuestre celoso y no me deje hacer mi vida como si yo le perteneciera. Como si yo le importara. Pero el dolor fuerte en el pecho no era enfermedad. Yo lo quería. Yo quería a Benicio, lo deseaba. Muy detrás de los sentimientos de odio, el mayor odio que le tenía, era verlo llegar a mí para ocuparme, para acapararme, y el momento más oportuno para los dos, él lo hacia inoportuno. Lo transformaba en dos segundos.

No supe cuando tiempo pasé dentro del baño. Pero mientras estaba acomodándome el vestido, que se me había subido mientras estaba sentada

de cuclillas llorando, Andrés entró en el que yo me encontraba, mirándome fijamente. Vi fuego en sus ojos, y no distinguí si estaba enojado por mi demora, o que era lo que estaba pasando.

-No estoy enojado. –Me dijo, sacando su seria mirada, a una seria también, con una leve sonrisa picaresca.

-¡Fuera de mi cabeza! –Le grité. –No soporto saber que entras a mi cabeza sin permiso, al baño. A todo. Salgamos, nos van a ver. Muchas personas vienen aquí a cenar con sus… -Y él no permitió que terminara mi frase, por que en el transcurso que yo le hablaba, trabó la puerta del baño, quedando a mi lado, en la parte de adentro, y fundió sus labios con los míos, de manera salvaje.
No se de que forma estaba funcionando mi cabeza, sólo se que me resistí. Juro que lo hice. Pero Andrés no se detenía. Sus besos estaban devorándome. Me sostuvo la cara fuertemente, pero sin lastimarme, mientras su lengua jugaba dentro de mi boca, y terminó en una fiesta con la mía. No se como habíamos terminado así. Pero acá estábamos. Estaba besándolo dentro del baño, en un espacio reducido de un poco más de un metro por un metro. Muy cerca de mí, de mi cuerpo. Abrí mis ojos para verlo, mientras seguía sin soltarme, y él también los abrió como dándose cuenta. Me sonrió con lujuria, y me alzó sobre él, golpeándome contra la pared sin dejar de besarme y volvió a cerrar sus ojos. Mi mente estaba en llamas, y a estas alturas, mi cuerpo también. Cuando se aseguró que su sexo me mantenía apoyada contra la pared del baño, sus manos empezaron a jugar con mi cuerpo. Comenzaron desde mi muslo, levantando el vestido con furia y suavidad a la vez. Sentí como mis piernas se abrieron aun más de golpe, rodeando su cintura, frotándolo. Fue casi como un acto reflejo al rose de su cuerpo. Mis manos no tardaron en reaccionar, y tomé su espalda con fuerza, devolviéndole el beso, con mayor agresión.

Capitulo número veintiuno
“Pesadillas”

Estaba emocionada, tenía expectativas. Todo comenzaba a tomar rumbo, respecto a los hombres en mi vida, porque iba a verlo. Era muy loco que después de tanto tiempo en la escuela, jamás lo haya visto. No se que era en realidad lo que más me llamaba la atención de él. Si sus perfectas piernas dentro de su jean ajustado, o su mirada. Tenía una desviación.
Estaba llegando tarde, así que me apuré y apresuré la marcha. Cuando entré al bar de la esquina del colegio ahí estaba esperando, su cara mostraba preocupación. Pero todo se borró en un segundo.
Benicio, así me habían dicho que se llama, una compañera suya de archivo escolar. Y me estaba esperando a mí.

Me levanté sobresaltada. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que me dormí? De nuevo los sueños extraños. Puedo decir que quizás sea producto del hambre. Últimamente no estábamos saliendo a “cazar” si así podía llamarlo. Y hoy no había tenido mi porción de sangre diaria. Mi garganta ardía. Pero eso no era lo que más me desequilibraba. Era otra cosa. Otra vez soñar con él. Como si los recuerdos de Dante hubiesen sido borrados, para en su lugar poner los de Benicio. Lo extraño, es que lo que yo soñaba sobre él, jamás había sucedido con Dante. Mi propia cabeza estaba creando un universo paralelo que estaba enloqueciéndome. ¿Yo una colegiala conociendo a un muchacho? Soy una soñadora con bastante poca imaginación de hecho. Muy obvio. Otra vez sentí una fuerte punzada de dolor en mi pecho, y visualicé nuevamente el rostro de Benicio en mi sueño. Era, y es de hecho, muy hermoso. ¿Cómo no me había dado cuenta de eso antes? ¿En qué estaba…? ¡No! Pensé. Sin abrir los ojos, traté de adivinar donde estaba. Me rendí, sabiendo la respuesta, y miré con todo mi campo óptico.
Estaba en el auto de Andrés. Oh-oh –me repetí por dentro- ¿Cómo es que había llegado? Nosotros estábamos en… en el baño. Mi cuerpo generó una fuerte quemazón que quemaba más que el ardor de mi garganta por la sed. ¿En qué había terminado todo eso? ¡Como pude saltar algo así, sin recordar! Estaba empezando a ponerme histérica y frenética, todo a la vez. Era muy de noche, y supuse que era muy tarde. Tres y media de la madrugada, decía el reloj de él. Lo miré de reojo, tenía puesta la vista en el camino que iba conduciendo. Me miré las piernas, tenía el vestido muy subido, y se me veían demasiado. Cuando intenté arreglarlo, Andrés habló.

-Sabía que iba a pasar en algún momento. –Y me dirigió una mirada cómplice, casi de refilón.

-¿Dónde estamos? –Pregunté queriendo desviar el tema.

-La mirada desde acá era interesante. –Dijo, moviendo sus labios de manera sexy. E ignorando lo que había dicho.

-¿Y desde el baño, también lo fue? –Pregunté con una doble intención. No podía creer que me haya dejado ultrajar de esa forma. Apenas lo conocía. Me odié, todo el tiempo me odié. Pero también lo disfruté. Y eso me hacía odiar más. Lo poco que recuerdo, fue disfrutable. ¿Qué estaba pasando con mi memoria?

-Oh, sí. Completamente. –Me respondió conteniendo una sonrisa.

-No recuerdo nada. –Miré hacia la ventana del auto.

-No te creo. –Su cara no cambio de facciones.

-Enserio, este… es muy confuso. ¿Por qué me hiciste esto? –Le pregunté, casi casi como echándole la culpa.

-Porque lo quise. –Y me miró, con ojos perdidos, como si la lujuria del baño lo siguiera y se amplificara al mirarme. Observó detenidamente mis labios.
-Estuvo mal. –Le respondí. –Y quiero que lo olvidemos al bajar del auto.

-Prometido. –Me dijo, con un guiño de ojos.

-Tengo sed. Estoy hambrienta. Ah, por cierto. Volví a soñar, algo muy extraño.

-Estamos llegando. –Su mirada se alertó, y continuó. -¿Escuchas eso? –Me preguntó sobresaltado.

-No. ¿Qué tendría que oír? –Pregunté curiosa.

-Novata. –Contestó de manera burlona. –La música. El olor. –Hizo una pausa, para luego añadir. –Todo es proveniente de casa.

-¿El olor? –No entendí a que se refería. ¿Acaso se estaba incendiando nuestra residencia?

-Sangre. Humana. –Y nos miramos.

Bajé apenas aparcó el auto. Velozmente llegué hacia el picaporte, cuando Andrés me corrió de manera bruta, casi tirándome a un costado. En la puerta se dio cuenta que su fuerza había sido mucha, y se disculpó. Verdaderamente no lo había hecho apropósito.

-¡Estas loca, Amanda! –Me gritó

-¿Qué está pasando? –Pregunté. La música se escuchaba desde la puerta, y el olor a sangre era muy fuerte.

-No quiero apresurarme, pero… -No siguió.

-¿Pero qué? –Pregunté saliéndome de las casillas, algo no andaba bien.

-Nuestro amigo se deschavetó. –Y rió con una corta carcajada, que terminó con mi cara de seriedad fulminante. Quise abrir el picaporte, pero Andrés volvió a frenarme.

-¿Qué es lo que pasa, exactamente? –Le dije, exasperada.

-Está de casería en su propia casa, Amanda, jamás querrías interrumpir a un cazador en pleno proceso. –Me contestó y mi cabeza estalló.

-¿Qué quiere decir eso, exactamente, vuelvo a preguntarte? – ¿Benicio cazando? No puede ser, pensé. Él roba los bancos de sangre, eso es lo suyo. No la mutilación a inocentes, al menos así me había enseñado. –Es imposible. –Agregué.

-No hay cosas imposibles. Si vamos a entrar, que sea con cuidado. –Me aconsejó. Más que aconsejando, dándome una explicita orden.

Y así lo hicimos. Él se puso delante de mí, y empezó a caminar lentamente, apartándome hacia atrás con su mano, cuando yo intentaba ponerme por delante de él. Mi mente no respondía. Mis piernas tampoco lo hacían, pero solo gracias a la inercia, seguí moviéndome.

-Parece que se están divirtiendo. –Comentó Andrés, antes de poner su primer pie en el gran living principal. Y no se equivocó, el panorama era… desagradable.

Lancé un rugido que me salió desde muy adentro, inconciente, pero Andrés lo tapó con su mano. Mi ojo izquierdo estaba teniendo un tic nervioso ante los hechos que se me presentaban. Si algo no me esperaba, era un espectáculo como este.
Dos mujeres estaban apoyadas sobre el diván, aun concientes, una tomaba whisky de la botella y reía sensualmente. La otra estaba boca abajo, con su largo cabello a un costado dejándolo caer. Mis ojos fueron directos a sus heridas. Tenían heridas múltiples. Pero nuestra bebedora no fue lo que me llamó más la atención. Seguí corriendo la vista de la muchacha que estaba recostada sobre el sillón, y lo vi. Benicio estaba succionando de a pequeños sorbos la entrepierna de la chica. Bebiendo de su sangre. Mi corazón empezó a bombear a todo motor, lo que corría por mis venas, estaba congelándose aun más. Miré a Andrés con furia, buscando alguna respuesta en sus ojos, y él la respondió con una sonrisa de oreja a oreja, como disfrutando de la función, encogiéndose los hombros y levantando las manos.
Todo estaba a oscuras, y la música muy alta. Sonaba de fondo una canción que me heló hasta los huesos. Justo en el momento que llegamos yo y Andrés. La canción me hizo sentir perseguida. Sencillamente, como si Benicio lo supiera todo.

Casi como afuera de un sueño estoy

Inundado con recuerdos del ayer
Sueños que me invitan una y otra vez
Sueños que no confían en poder

Hace cuatro años que te vi nacer
Hace cuatro años que te vi crecer
Y puedo darte todo lo que vos queres
Y puedo querer todo lo que vos tenes

Casi casi nada me cierra aquí
Las palabras que te dije al fin
no llegaron a buen puerto jamás
las escuché yo y nadie más

Me siento como un ciego perdido acá
adentro de una jaula con oro y grass
Me faltan unas cosas para sentir
que aun yo tengo porvenir

Ríos de alcohol corren otra vez
Y lagrimas de sangre envenenan mi piel
Un caminar felino que gruñe de sed
de sexo, de aventuras, de placer también

Arden las miradas y se puede oler
un orgasmo étnico sobre tu piel
Se entrelazan las manos y echan a correr
Los cuerpos se calientan y quieren coger.

Recorrer tu cuerpo en la oscuridad
Sueño que te tengo una noche más
Mi cuerpo desnudo esta por estallar
Mi sexo salvaje ya no puede más

Todo me daba vueltas, últimamente, esa era la sensación que ocupaba mis horas. Recordé ese sueño, su mirada. Lo volví a recordar. Pero algo llamó nuevamente mi atención. Ahora estaba sola, del otro lado del living estaba Andrés, observando a las mujeres con sed en sus ojos.

-No sabíamos que ibas a organizar una fiesta, podría haber llamado a algunas amigas. –Le dijo Andrés a Benicio en tono condescendiente. Benicio levantó su mirada, sus labios goteaban sangre fresca. Se veía sexy. Pero estaba muy enojada como para pensar en él de esa manera.

-¿Y vos no estabas en una fiesta? –Le contestó rápidamente, de forma poco amigable, repasando toda la sala para encontrarse con mi mirada. Fue el pie para irme acercando lentamente, con cautela.

-Y en una bien grande. –Dijo Andrés con sarcasmo y risitas ahogadas entre dientes, mirándome.

-¿Puedo? –Y haciendo esa pregunta, mi acompañante de salida le preguntó a Benicio, insinuándole que comparta a alguna de las dos chicas que estaban con él. Perras, pensé.

-¿No te basta con utilizar a la única persona que me importa? –Le contestó, abriendo en mi pecho un gran surco entre lo real y lo que no. ¿Yo le importo? Era probable que yo le agrade, eso sí. No podía discernir el significado exacto de importar saliendo de su boca, cuando siempre se comporta conmigo de manera indiferente.

-No me gusta que me respondas con una pregunta, cuando yo te hago una. –Le dijo Andrés, sonriendo, como siempre. Jamás perdía su siniestra sonrisa, eso estaba perturbándome.
-Todas tuyas. –Entonces se levantó y de manera fugaz desapareció de la habitación.

Todo esto me estaba dando jaqueca. Y no me refiero a lo que hizo Benicio. Me refiero a absolutamente todo, desde que lo conocí. Apenas hoy me había dado cuenta que mi corazón siente cosas por él. Pero yo también la había cagado. No tuve mejor idea que salir con Andrés. Necesitaba trabajar sobre él. Saber para que estaba acá, y por sobre todo, la cuestión de los sueños. Hay algo que sigue sin cerrarme. Pero en vez de eso, terminamos juntos, matándonos en un baño publico. Y lo peor de todo, no sabía como habíamos terminado, que es lo peor.
Miré a Andrés pegar el primer mordisco sobre la chica del whisky, y subí las escaleras hacia la planta superior, siguiendo a Benicio. Al diablo con todo.
Él estaba en mi habitación, esperándome, supuse. No hay otra explicación.

-Lindo vestido. –Me dijo. Noté inmediatamente que había estado bebiendo… y no digo únicamente sangre.

-Estas… digo, tomaste. Estas ebrio. –Miré hacia su mano, tenía una botella de vodka, que estaba tomando puro, mientras me escuchaba acusarlo.

-Es un poco corto, solamente. –No me respondió mi pregunta, solo seguía hablando de mi vestido.

-¿Produce algún efecto la bebida alcohólica? –Lo miré queriendo retomar el tema.

-Me pregunto si llevas puesto algo más, abajo. –Me dirigió una mirada picante, si había sentido calor con Andrés, ahora estaba prendiéndome fuego. Me sentí

una cualquiera. Pero esa es la verdad, y yo hablo siempre, puramente con la verdad.

-Benicio, estas borracho. No sabes lo que decís. –Le di una de mis miradas más rigurosas, mientras mi cabeza me decía –pensá en algo feo, pensá en algo feo-

-¡Ja! Yo se muy bien de lo que hablo. –Y cruzó la habitación, como lo hace él, en un micro segundo, poniéndose a mi lado. Incomodándome… su presencia cercana aumentó el calor.

-Hoy volví a tener un sueño. Con vos. –Le acusé.

-¿Se puede hacer realidad? –El tono que empleó fue perverso y juguetón.

-Si quisieras trabajar de archivista, quizá. Puedo uniformarme como colegiala. –Le guiñe un ojo y me sentí tarada. Pero él estaba incontrolable, no se si iba a ayudar de mucho. Pero al momento que terminé mi oración, su rostro cambio, y la botella de vodka que sostenía con sus manos, estalló contra el suelo. ¿Qué tenía de extraño este sueño? ¿Acaso no era algo sin importancia como el anterior? ¿Qué de realidad tenía, y por qué él adoptaba esa postura, cada vez que siquiera lo sugería?

-No voy a hablar de tus sueños. –Me dijo, de manera cortante.

-No entiendo todavía por que te inquieta tanto. Si sólo fue un sueño, ¿por qué te incomoda? –Lo miré seriamente.

-Por que vos me presionas, buscando una justificación. No soporto la presión. –Y considerando que esto no iba a llegar a buen puerto, di por terminada la conversación sobre los sueños.

-¿Quiénes son esas mujeres en el living? –Le dije.

-¿Qué son esas marcas en tu cuello? –Me dijo, mientras sus ojos y su frente adoptaban rasgos furiosos, que supe reconocer. Me miré en el espejo trasero de la puerta del placard, y ahí estaban. Bien marcadas. Andrés, pensé.

-No, hemm… no, no se. –Me puse muy nerviosa.

-Andrés. La pasaron bien. –Y su acotación fue meramente maliciosa. ¿Celos? Pensé por un momento.

-Y veo que vos también. –Aseguré. Pero él dio media vuelta, pegando un buen portazo con la puerta de mi habitación.

Eran las seis de la mañana, y no podía dormir. Andrés había salido. Lo escuché irse con el auto, y supuse que iba a encargarse que los cuerpos de las dos mujeres no vuelvan a aparecer. Cruel.
Conciliar el suelo estaba matándome, y me levanté. Benicio estaba portándose de manera imposible, y yo seguía sin saber más de la mitad de las cosas. Salí del cuarto con un plan. Un poco loco, por mis insuficiencias. Tenía decidido ejercer el poder para entrar en su mente y buscar, era lo único que podía hacer para conseguir algo. Pero había un detalle. Él me había dicho que esas cosas son propias de la experiencia y de los años, quizá siglos. No estaba segura si iba a funcionar, pero debía intentarlo si quería ganar conocimiento.

Estaba dentro de su habitación cuando lo contemplé dormir. Es muy hermoso. Su piel, sus ojos cerrados, parte de su pelo sobre la cara, la postura en la que estaba. Me gustaba y mucho. No era un amor tonto, meloso. Era real, lo sentía, pero además, estaba cargado de deseo. Deseaba su cuerpo, deseaba sentirlo. Saber como es que sus manos recorran todo de mí. Sí, era real. Por sobre todas las cosas, verdadero. Su cara mostraba cierta tranquilidad, su piel parecía virgen, el contorno de su rostro parecía tallado a mano, y las pestañas arqueadas naturalmente eran casi perfectas. Todo eso contemplé, cuando entonces, me desperté en su propio sueño. Lo había logrado. No se como, pero lo había logrado. Todo encajaba, todo estaba bien. Ahora tenía que seguir concentrada. Pendiente. Porque si con tanta facilidad, y casi sin saberlo, me encontraba acá, eso quería decir que con el mismo poco esfuerzo podría ser expulsada.

Claro que sí. Pero nadie reencarna con memoria. ¿De dónde salían esas voces? Empecé a caminar en la oscuridad. Esta habitación ya la había visto en mi primer sueño. ***Cada persona que muere bajo circunstancias fatalistas, tiene otra oportunidad de vivir, bajo otro nombre, otra familia, otro lugar.*** Esa voz era familiar, era…. Era el diablo, lo estaba escuchando. Este lugar es la casa de Benicio, yo lo sabía, mi primer sueño. ***¿Qué va a costarme eso?*** Esa pregunta… era él. ¿Por qué no estaba viéndolos? Miré alrededor, las voces bajaban, estaba yo. En este sueño de Benicio, o lo que estaba soñando él que había pasado con anterioridad, si no saco mal mis cuentas, estaba yo. Tirada en el piso, desangrándome. ***Veinte años más, mínimo.*** Empecé a gritar sobre mi cuerpo ¿Veinte años más para qué? Las voces volvieron a hacerse presentes, volví a escuchar a Benicio hablar ***La quiero conmigo, cuanto antes.*** ¿Sobre qué discutían? ¿Qué es lo que se estaba negociando? ***¿Cuáles son las reglas, específicamente?*** pregunto mi anfitrión, al que estaba invadiendo en sueños. Pero la respuesta que escuché, me devolvió a la superficie, fuera de la mente de Benicio: ***Renace en otra persona. Si queres muy cerca de acá. Esperaríamos a que tenga veinte años, por causas naturales muere. Se encuentra con vos, en nuestra guardia.*** Respondió el Diablo.

Cuando volví en sí, mi mente estaba aturdida. Entré en un sueño de Benicio, algo que había pasado realmente. Una pesadilla suya. Yo le pertenecía.

Inclusive mucho antes que a Dante. Un flujo de terror y descontrol se apoderó de mí, pero él también había despertado.

-¿Quién sos? –Y lo miré fijamente a los ojos mientras se lo preguntaba, con lágrimas en los míos, mientras mis palabras salían descontroladas.

Capitulo número veintidós
Como imanes

Miedo. Eso era lo que estaba sintiendo por Benicio. Él me había mentido, pero no encontraba desde cuando. Ni por donde empezar. Ya no confiaba en él ni en la excusa o las excusas que podría llegar a darme respecto a esta situación. Hubo un silencio absoluto, en dónde ya no se escuchaba el ruido de la madrugada, no veía el amanecer, y sentí como si todo quedara parado en el mismo segundo en el que lo vi abrir los ojos y me encontré con su desorbitada mirada, volcándose a la mía. Si tengo que seguir describiendo el momento, no podría hacerlo bajo ningún punto de vista. Esto me sobrepasaba, incluso a mí y a mi extraña naturaleza. Yo no recordaba a Benicio entrando en mi vida, sólo lo había visto en sueños, sueños que Andrés me avisó, eran reales, eran recuerdos humanos, tal como me lo señaló en su momento. En el fondo no le creí, o a eso aspiraba, a no creerle, a no sumar un motivo más para desconfiar de quien me protegió desde un principio.

-No entiendo que es lo que esta pasando. –Se lo dije, dándome tiempo a acomodar las ideas desordenadas en mi cabeza. –Ya es hora. De que me des una buena explicación, antes que me vaya.

-¿Irte? –Me preguntó sorprendido, saliendo de entre las sabanas. Tenía una camiseta blanca sin mangas, y un pantalón negro de jogging. Jamás lo había visto preparado para dormir, y mis ojos se deslizaron sobre su blanca piel, e imaginé mis manos sobre esos músculos marcados. Recorrer desde sus pómulos hasta su cuello, bajar por el hombro… llegar hasta… Detuve mi imaginación y respondí.

-Irme, no pienso quedarme acá, nunca más. –El tono de mi voz estaba apagado, ya no tenía fuerzas para seguir luchando contra la mentira. –Todo fue una mentira. –Le reclamé –Desde el comienzo. –Y una lágrima volvió a caer de mis ojos.

-No todo… -Su voz se había quebrado, Benicio por primera vez dejaba de parecer un necio estúpido, para convertirse en algo más humano. –Yo te… -Pero no finalizó.

-¿Vos qué? ¡El gran problema es que ya no te creo nada! –Me puse de rodillas sobre el suelo, y enrollé mis manos escondiendo mi cara sobre ellas, sobre la cama. Sentí su mano sobre mi cabello, y me corrí bruscamente hacia la ventana de su habitación. El amanecer no estaba muy lejos de llegar, y el denso aire frío del exterior parecía entrar por mis pulmones, como si lo necesitara para respirar.

-Hubieses hecho lo mismo en mi lugar, Amanda. Se que lo hubieras hecho. –Su voz era suave y apenada, estaba sentado en el borde de la cama mirando hacia abajo, con sus manos sosteniéndose en los costados.

-¿Qué hubiese hecho?, si ni siquiera se lo que vos hiciste. Es realmente frustrante. –Entonces se había parado tras de mí. Observando el horizonte.

-Solíamos disfrutar de noches como estas. –Me dijo muy cerca del oído, podía sentir como cada músculo de su cuerpo se tensaba.

-¿Noches como estas? ¿Desde cuando nos conocemos? –Le pregunté horrorizada, no podía imaginar la respuesta.

-Mucho tiempo. –Tardó en contestar. Me di vuelta, pero él no estaba mirándome. Seguía con la vista puesta a lo lejos.

-¿Cuánto es mucho tiempo? Benicio, no quiero más mentiras. –Y me interrumpió, dándome una respuesta, que ya no se si quería escuchar.

-Mil novecientos ochenta y siete. –Sus ojos se pusieron sobre los míos, muy fijamente, esperando una respuesta.
Me llevé las manos a la boca. Estamos en el dos mil veinte. Treinta y tres años habían pasado ya de eso. Eso es antes de Dante, es antes de todo. Esto no significaba solamente haber tenido otra vida, sino, otros amigos, otros lugares, otra familia, y lo más importante: otra identidad. Ya no era cuestión de cosas que él me había ocultado, iba más allá de eso. Benicio robó todo de mí, ultrajó mi persona para convertirla solamente en su sombra. En una sombra de lo que fui alguna vez. Pero más allá de eso, me encontraba realmente hambrienta. Me sentía con una furia asesina, lo miré con desaprobación y mi garganta estaba desgarrándose por dentro. Era enojo, hambre, frustración, todo junto en un mismo minuto. Cuando él quiso acercarse, me tiré en su contra arrojándolo contra la puerta de la habitación, y en un segundo me encontré sobre su cuerpo, golpeándolo con todas mis fuerzas. Pero todo fue en vano, él sostenía y esquivaba mis puños, y yo sólo pude poner atención en una sola de mis acciones, y era la de llorar. Cuando me di cuenta que no podría jamás contra su fuerza que era la que bloqueaba mis ataques, ya estaba sentada con las piernas abiertas sobre él, que estaba apoyado sentado, sobre una de las paredes muy cerca de la entrada donde nos encontrábamos. Siempre esperé este momento, pero ambientado con otra situación. Ahora la tristeza y la impotencia, mezclada con el hambre y el enojo, eran tan fuertes que lo único que pude hacer fue llorar. Llorar, pensando que algo podría cambiar. Pero las cosas ahí estaban. No iban a cambiar. Benicio me miraba muy fijamente, sosteniendo mis puños que todavía estaban en el aire, lo hacia de manera delicada, sólo para bloquear mi arranque violento, no para lastimarme. Pude haberme levantado y sentado en otro lado, pero sinceramente, sentí como mi cuerpo se debilitó de un momento a otro, y solo mascullé algunas palabras perdidas y apoyé mi cabeza sobre su hombro.

-La última vez que estuvimos así, terminamos muy mal. –Cuando Benicio me dijo eso, por un momento noté un tinte de diversión en su voz. Levanté la mirada y lo miré cortante. Fue como si hubiese leído mis pensamientos, se

puso algo incomodo y aclaró. –No en ese sentido. Quiero decir. Empezaron nuestros problemas.

-Cuando yo hablo de nuestros, me refiero siempre a Dante. –Pronunciar ese nombre, me hacia mal de por sí. Y no se hasta que punto a Benicio le provoca lo mismo, sólo de escucharlo salir de mis labios.

-No te culpo. –Lo noté frustrado y apartó por un momento la mirada.

-¿Por qué sigo acá? Quiero decir, con vida. Si es que tengo una. –Pregunté con nata curiosidad.

-Tenías esta edad cuando te conocí. Estabas en la secundaria. Jamás te había visto antes, pero apareciste, como una burla del destino, no encuentro otra respuesta. Eras exactamente como ahora, nada cambió. El cuerpo sólo un poco, estilizado por la transición humana-vampiro, pero eso lo sabes. –Hizo una pausa y siguió con cuidado, como si algo fuese a romperse de un momento a otro. –Hacía muchos años que me encontraba solo, rondando por el mundo, y trabajaba hacia algunos en el archivo de la escuela, donde apareciste por primera vez. Tu sonrisa sigue intacta, de la misma manera graciosa con la que te reís hoy en día. Contagiosa. Tu risa siempre me dio risa. –Formuló una mueca lo más parecida a una sonrisa. –Me pediste ayuda con algunas cosas respecto al estudio, y no pude negarme a hacerlo. Hasta esos días mi autocontrol era manejado casi de manera automática. No me interesaban los humanos como para interactuar con ellos. Pero cuando te vi, bueno, cuando te vi dudé un poco al respecto. –Yo lo escuchaba hablar de mí, casi sin poder quitarle los ojos de encima. Era la primera vez en mucho tiempo que lograba mantener una conversación de más de veinte líneas con él sin que alguno terminara fastidiado por el otro, pese a eso, no lo interrumpí –Ése día me besaste en el hall de mi casa, Amanda. –Mis ojos se abrieron de par en par, ahora me sentía como en una película de terror, en la que queres gritar mientras huís del atacante, pero a pesar de que sientas las cuerdas bocales desgarrarse, el sonido no es emitido en altoparlante. Benicio continuó –Todavía recuerdo tus labios sobre los míos… -Hubo otra pausa –Todavía me acuerdo del aroma de tu sangre meterse bajo mi piel. Tu cuerpo sobre el mío. Mis brazos rodeándote, como si fueras a evaporarte. Es tan verosímil la vida de un humano, que a pesar de tu corta edad, sentía que cada segundo se evaporaba como agua entre mis dedos. Me remordía día y noche solo de pensar que a lo mejor, con mucha suerte podría disfrutarte cincuenta o sesenta años más. –Me dijo, cuando se detuvo y se sonrojó.

-¿Cincuenta o sesenta? Por Dios… -Le dije, casi en un susurro, confundida.

-¿Qué pasa con eso? –Me preguntó curioso, y sorprendido como si no conociera mi voz.

-Que es espantoso, vos ibas a verte como de treinta, y yo iba a tener ochenta. –Lo miré con asco, solo de imaginarme. Resultaría que Benicio hubiese cuidado de mi, como quien lo haría por una abuela, con la diferencia que él estaría enamorado. Sonaba absurdo de pensarlo.

-Amanda. –Pronunció mi nombre, ofendido –Yo te amo. Lo hice, y siempre lo voy a hacer. Yo te amo y cincuenta años no eran suficientes para mí. –Me dijo, decidido.

-Entonces, ¿me convertiste? ¿O no? –No sentía indignación. Pero tampoco sabía si sentía lo contrario.

-De ninguna manera. –Soltó de mis puños, que había estado sosteniendo, mostrándose indignado por mi pregunta, por un momento pensé que quizás él habría pensado que fue una acusación. –Jamás te hubiese condenado de ésa forma. Pero vos buscaste la verdad, tal como ahora. Siempre tan necia. –Me miró fijo, como retándome –Tu necedad no va a ayudarte, a veces hay cosas que no tienen solución. Cosas que son preferibles no conocer. A veces hay que dejar que las cosas fluyan, sin excepción. Después de dos años empezaste a preguntarte por qué yo era como era. Había detalles que no cuadraban, teniendo en cuenta mi edad, y la tuya. –Se sonrojó aun más, jamás lo vi con un color en su rostro tan rosado. Pero imaginé de qué estaba hablando. Sexo.

-¿Nosotros alguna vez en esos dos años tuvimos…? –Pero no logré terminar la frase, mis ojos se apenaron, avergonzándose.

-No. Por supuesto que no. Era imposible. –Me contestó de manera automática, él sabía cual era mi pregunta.

-¿Sos gay? Oh, ¡Benicio, decime que no sos gay! ¡Decime que no me usaste como un experimento para comprobar lo contrario, por favor! -Por un momento me preocupé, pero Benicio, que tan serio había estado hasta ese momento, rompió la tensión con una risa enorme. Una que jamás había visto. Sus dientes blancos se asomaban en su gran boca, unas líneas se mostraron sobre sus ojos. Y por debajo de su blanca piel, se veía un morado muy oscuro, que dejaban a la vista unas grandes ojeras -¿Eso quiere decir que sos gay? –Repetí. Pero entre risas contestó.

-¡No! –Seguía riéndose – ¡Por supuesto que no, Amanda! Me sorprende tu pregunta. Por favor, no soy gay. Para nada gay, de hecho. –Pero se habrá sentido incomodo, porque se calló. No tenía nada de malo que el demuestre deseos sexuales. Pero esto era todo nuevo.

-¿Entonces? Yo no era suficien… -No terminé cuando él volvió a interrumpir.

-Eras suficiente. Todo lo que yo necesitaba. –No se le daba bien eso del cariño, aparentemente o era muy vergonzoso, porque enseguida que dejaba ver que yo era el amor de su vida, apartaba la vista. Yo. El amor de su vida. Esto era más increíble para mí que el hecho de que los vampiros existan.

-¿Y qué pasó entonces? –Estaba más tranquila, y ahora conciente de que estaba sobre él, me paré bruscamente. Me miró confundido y se levantó tan rápido como yo, poniéndose a mi lado, cuando nos sentamos uno al lado del otro en el alféizar de la ventana.

-Como te dije, Amanda. Después de dos años te inquietaba saber por qué yo era distante, a pesar de que sabías que te amaba. Lo nuestro jamás pasaba de un beso. No sabías casi nada de mi o de mi familia. Pero lo primero era lo que más llamaba la atención de tu parte. Te deseé de mil formas distintas. El solo hecho de estar a tu lado ponía mis sentidos de punta. Y no era fácil, no era fácil. –Se repitió y continuó –No era fácil estar besándote y sentir el flujo sanguíneo en tu piel. No era fácil luchar contra mi instinto asesino que me decía que desgarre el cuello y te mate. –Me sorprendí solo de escucharlo, era tan sincero. Como jamás lo había sido. –Mi garganta quemaba, no bastaba toda la sangre del mundo para no desear una y otra vez la tuya. Ardía por dentro, imaginando el sabor sobre mis labios, recorrer todo mi cuerpo. Pero yo no era capaz de lastimarte, y muy a pesar de eso, todo el tiempo del mundo no iba a lograr que yo deje de desear probarte. –Me miró de forma muy seria y agregó. –En todos los sentidos. –Esta vez supe muy bien a lo que se refería, y misteriosamente, no apartó la mirada. No se que es lo que pasa entre nosotros dos, sea lo que sea, nos mantiene como imanes. Puedo estar odiándolo por su falta de sinceridad en el momento que tendría que habérmelo dicho todo. Puedo odiar su carácter frío y protector. Pero su pasión, hace de mi fuego lo que el carbón y el alcohol al mismo: aumentarlo. Mi llama ahora, estaba aumentando sin calor. Como todo, cuando estaba junto a su presencia. Él me miraba tratando de descifrar que podía estar pasando por mi cabeza en estos momentos, y al no encontrar respuesta aparente, prosiguió con su relato. –Un día llegaste por la noche, llorando, confundida. Eran tus padres me dijiste. Tuviste un problema con ellos. –Mis padres, un problema, pensé. La piel se me erizó. ¿Quiénes habrán sido? Él siguió –Pero yo estaba ahí para vos, como siempre iba a estar. Estabas desestabilizada, Amanda, traté de calmarte, pero enseguida empezaste a hablar sobre que tampoco vos sabías nada de mi, y discutimos. Quizá fue el peor error que cometimos, pero sabía que eso iba a pasar. No iba a poder engañarte mucho tiempo más respecto a lo que yo era. Te besé, quería hacerte olvidar. Te cerré la boca con un beso como quien dice, pensando que no iba a funcionar, pero funcionó. –Se detuvo para seguir observándome. Yo no decía absolutamente ni una palabra. Supongo que él estaría sorprendido, dado a que a mi se me conocía como a alguien que jamás se queda callada. Pero era shockeante, todo lo era. Desde casi siempre tuve fantasías con Benicio. Imaginaba besar sus labios, recorrer su cuerpo. Jamás pasó, al menos no en esta vida, y escuchar como fuimos pareja dos años, hace mucho tiempo, era difícil de digerir. Dejando de lado, que todavía estaba enamorada también de Dante. Dante era la vida que yo recordaba ¿cómo podría olvidar? Sin contar el pequeño incidente de baño con Andrés, que pensándolo ¿en dónde estará metido ahora?

-Amanda, ¿en qué planeta estas? –Me preguntó Benicio.

-Te escucho. Solo procesaba todo lo que decías. –Contesté.

-Todo se fue de las manos. En un segundo habíamos llegado demasiado lejos. Fue culpa mía, yo lo permití. –Su voz cambio de repente, se entrecortó y se recompuso al instante también. Quise decirle que no era culpa suya. Decirle que… en realidad no sabia que decirle –Amanda, te mordí. –Sentí un escalofrío

sobre mi espalda, largué un chillido sordo y ahogado. Lo miré, dándole la señal de que continuara, a pesar de mi sensación. –Te dejaste, te confundiste, y tuve que contarte absolutamente todo. Pero para mi sorpresa, y quizás hubiese preferido lo contrario, lo entendiste. Yo esperaba que reacciones mal, que te vayas, que me odiaras para siempre. Librarte de mí. Que hagas tu vida. No sería lo mismo, pero saber que alguna vez había tenido tu amor, que había sido tu dueño, eso me bastaría para poder morir de una vez, y de forma definitiva.

-¿Querías deshacerte de mi? ¿Mostrarme que eras un monstruo, asustarme lo suficiente y huir? –Mi pregunta fue fuerte, estaba indignada.

-¡No! Por supuesto que no. Simplemente… yo simplemente, quería que sigas, que vivas tu vida. No quería esto para vos. No quería condenarte de manera tan egoísta. Pero fue tarde. Apareció él. –Me miró rotundamente, yo sabía a quien se refería con "él". Se refería al Diablo.

-¿Y qué hay con él? ¿Si no es que la ponzoña del vampiro hace olvidar los recuerdos? ¿Qué le significaba yo? si de todas formas me hubiese olvidado de lo ocurrido… Es lo que me enseñaste a la hora de ir a cazar. Sólo que jamás lo hacemos. Los bancos de sangre sufren perdidas por nuestra culpa, nada más.

-Amanda, vos no olvidaste. Cuando lo hice no había empezado la seducción que se requiere como manipulación antes de morder, no sabía que eso era necesario, me enteré mucho después. Fue instinto. No manipulé tu mente porque no tuve tiempo, estaba besándote, y luego mordiéndote. No ibas a olvidarlo. Y eso pone en riesgo nuestra existencia. O a la misma persona que pueda llegar a contarlo.

-En riesgo de que te internen en un loquero. –Completé con media sonrisa en mi rostro -¿Qué fue lo que pasó entonces?

-Vinieron a buscarte. –Su respuesta fue tardía. Y su mirada penetrante.

-¿Quiénes? –Exigí saber, colérica.

-Él. Y dos de sus ayudantes más antiguos. Te llevaron con ellos. Pero pude negociar. –Me dijo, dejando lugar a una pregunta.

-¿Negociar? –Todo esto era nuevo para mí, a cada segundo me sorprendía como una niña a la que le cuentan una historia desconocida.
-Pacté con el diablo. Yo podía volver a tenerte, pero no sin un precio antes a pagar. Jamás pensé que costaría tan caro.

-¿Qué precio? –Pregunté con el mayor de mis miedos.

-Tenías que morir. Él jamás da nada sin antes proporcionar un buen pedazo de sufrimiento.

-Me mataste. –Afirmé en un susurro horrorizada, no creyendo que él, que tanto decía amarme, haya podido hacer.

-No ¡Por favor! No sería capaz de eso. Uno de sus ayudantes estaba drenándote la sangre, yo no podía hacer nada aunque quisiera. Si luchaba contra ellos, al final de la pelea iba a encontrar solo un cuerpo sin vida. Tenía que ser más inteligente, tenía que recuperarte, y fue lo único que pude hacer. Lo siento. –Se detuvo, pero le pedí que continúe –Me dijo que iba a traerte de nuevo a la vida, pero convertida en vampiro. Aunque eso no era lo único que iba a hacer. Yo tendría que esperar. Ibas a renacer en otro contexto. Vos misma, tu cuerpo, tu persona. Misteriosamente hasta el destino, que supongo ya esta marcado, te dio tu mismo nombre. Fue muy duro para mí. Amanda, lo acepté. Pensé que todo sería más fácil. Me recluté al lado del Diablo y su pequeña secta, para no tentarme de ir a tu búsqueda. En cuanto acepte, habrías nacido en cualquier hospital cercano, nuevamente. El destino ya estaba marcado, ¡ya lo estaba! Pero no lo soporté. Debes en cuando, cada un par de años volvía y deambulaba a tu alrededor. Quería saber como crecías, como estabas. Cuando cumpliste quince años, dejé en la mesa de luz de la casa en donde vivías, un relicario de plata. –Y lo interrumpí bruscamente.

-¡Mi relicario! Como no me di cuenta antes. –Dije, con los ojos abiertos lo más grande que podía. –Tenía una fecha. Mil novecientos ochenta y siete. El año que me conociste. Todavía lo tengo guardado. Lo conservo. Apareció mágicamente el día de mi cumpleaños, y nadie pudo explicar el motivo. Era tan lindo que jamás pensé en posibilidades, yo no lo imaginaba. Y luego apareció nuevamente acá cuando desperté y te encontré. Muchas veces quise preguntarte respecto a eso, pero no me significó algo realmente importante, muchas cosas me estaban pasando como para parar en detalles. –Me sentía Sherlock Holmes atando cabos. Todo encajaba. Pero él tomó la palabra otra vez.

-Todo iba bien, de alguna manera muy retorcida, todo estaba bien. Los veinte años eran la fecha estipulada. Entonces volverías hacia mí. Pensé que el destino, al que yo creo como preestablecido, nos juntaría y tendría que convertirte. Pero debí suponer que nada de eso iba a pasar cuando las cosas son manejadas desde las tinieblas. Te enamoraste, en tu segunda vida lo hiciste. Pero no de mí. –Terminó la frase casi rozando el sentimiento de odio.

-Dante. –Dije interrumpiéndolo. Pero más que enojado al escuchar de mi boca salir ese nombre, luego, me habló, apenado.

-Él mismo. –Fue cortante. –Y cuando nada parecía poder dolerme más, la manera que encontró la persona con la que pacté, fue matarte, de manera natural si así puede decirse.

-El Infierno, lo recuerdo. –Le hice saber, sorprendida y atemorizada.

-Exacto. Yo estaba ahí. Juro que quise que escapáramos, pero no es posible salir tan fácil. Vos no te acordabas de mí. No sabías quien era, esas eran una

de las consecuencias. No ibas a recordarme por tus propios medios, al menos no a corto plazo. Pero veo que tus sueños… hicieron que veas parte de esas cosas. Tuve que convertirte yo. Vos lo decidiste, para salvarme la vida. O eso fue lo que pensaste. Y además lo hiciste, porque así podrías volver con Dante. –Lo escuché pronunciar su nombre y mi mirada se desvió activa. –Pero no acabó ahí el castigo. Yo había querido escapar llevándote conmigo, sin pagar parte de las consecuencias. Y eso fue tomado como una traición de parte del Diablo. Mi condena no había terminado, ahora tendría que esperar diez años más antes que vuelvas acá.

-¿Diez años más? O sea que…. Estuve dormida… diez años ahí. –Estaba estupefacta.

-Sí. –Me tomó las manos de manera instantánea. –Pero ahora estas acá. Conmigo. Y me preguntaba si ibas a poder perdonarme, alguna vez. –Sonaba intenso. Dolido.

-No. –Le contesté. –Jamás voy a perdonarte. –Y solté sus manos de un tirón -¡No quiero volver a verte, nunca más! -Y corrí muy lejos, lejos de la casa, donde solo yo pudiera escucharme. Lejos de las mentiras, del engaño. Y tal vez, del dolor.

Epilogo

Corrí, sin saber donde ir. Entré a mi habitación y me cambie la ropa. Me puse un jean gastado que encontré en el placard, una camiseta blanca de Mickey gastada también, la que cuando no estaba de humor para ser sexy me la ponía, y le hice un nudo en el costado ya que me quedaba algo grande. Hacia frío, ya estaba casi saliendo el sol, tomé un buzo, me acomodé el pelo y subí la capucha. Antes de salir de la habitación, no se por qué, pero miré hacia la mesa de luz y me dirigí a ella, cuando la abrí, tomé el relicario que Benicio alguna vez me había regalado. Era todo tan raro. Ahora sabía de donde venía el famoso colgante con una fecha tallada. Mil novecientos ochenta y siete. Todo tenía sentido. Lo guardé en el bolsillo y me fui de la pieza. Traté de agudizar el oído, para escuchar si había movimiento en la casa, pero de Benicio nada se escuchó. Tampoco quería hacerlo. Me dirigí para bajar las escaleras, en el living la luz estaba prendida y pude notar a Andrés de espaldas, mientras bajaba sigilosamente. No estaba solo. Benjamín. Su hermano estaba con él. Me quedé en el mismo escalón, tratando de distinguir que era lo que me ponía tan tensa cuando me encontraba con él. Tratando de discernir por qué era que no sentía lo mismo con Andrés. Andrés me ponía de muchas formas, me llegó a perturbar alguna que otra vez. Pero con Benjamín la sensación era totalmente diferente. Él me asustaba, me asustaba demasiado. Era el típico hombre del que tus padres van a estar orgullosos que les presentes. Es el perfil de muchacho extremadamente apuesto del que te vas a enamorar perdidamente. El que siempre va a decirte la palabra justa y va a ser condescendiente con tus amigas, te va a llevar a cenar, te va a enamorar, y cuando estés realmente hasta el cuello, te va a encerrar en el sótano de su casa, y va a torturarte junto a su familia, que también estará tan demente como él.

Estaba dispuesta a tomar aire y bajar, saludar e irme con alguna excusa. Pero no pude evitar oír la conversación que estaban teniendo, la que, aparentemente no era agradable ni familiar. Sino todo lo contrario, Andrés estaba parado dándome la espalda y a Benjamín lo tenía de frente, éste le agarraba del brazo fuertemente cuando logró desprenderse de manera casi violenta.

-¡Estas loco! –Le dijo Benjamín a Andrés.

-Eso es solamente porque estas sacando tus propias conclusiones. Ella no me importa. –No supe a quien se refería, pero me intrigó, ¿qué chica? Pensé.

-Estas portándote como un idiota, ¡y estas loco! –Volvió a repetirle su hermano.

-Sabes muy bien que nunca lo soporté, y la idea que se le concedan favores me molesta. No quiero que tenga nada de lo que tiene, y si eso significa robarle su juguete de porcelana, eso voy a hacer entonces. –Andrés fue muy claro con su respuesta. Pero yo no entendía a que se refería él. ¿Era Benicio a quien envidiaba? ¿A él quería arrebatarle todo? No entiendo… ellos son amigos.

-¡Todo por una mujer! ¡Yo lo sabía! Te desconozco, hermano. Enserio, lo digo muy seriamente. Mira lo que le pasó por amor, por favor. ¡Tenes que entrar en razón!

-Por una mujer, que poco va a durarle. –Dijo Andrés, y aunque estaba de espaldas, sentí como si lo hubiese visto, riendo. Con esa sonrisa pícara. Quise reírme yo también. Sabía que la conversación que estaban teniendo no era una conversación cualquiera. Pero no lo pude evitar. Su sarcasmo era gracioso. Y su sonrisa… bueno. Nada.

-Ya me enteré Andrés. Todas esas cosas se saben, no podes forzar sus recuerdos, es muy peligroso. Hay que apegarse a lo establecido. -¿Forzar recuerdos? Él estaba conmigo una de las veces que tuve esos sueños… ¿Habría sido él, el que los metió en mi cabeza, como dijo Benicio en una oportunidad? Pero todo lo que pensé es en todas las veces que había pedido por la fuerza la verdad, y él me mintió todo este tiempo. Descarto la idea de que Andrés también me mienta.

-Te invitamos a unirte si así lo deseas. –Dijo Benjamín –Amanda… -Las líneas nerviosas de todo mi cuerpo se pusieron en alerta cuando lo escuché pronunciar mi nombre. Me había oído en la parte baja en el living. Temblando, comencé el descenso.

-Yo estaba… digo, no quise. Estaba –Nada coordinaba en lo que estaba tratando de decirles.

-Espiando. –Me dijo Andrés cuando estiraba el brazo para tomarme de las manos, en los últimos tres escalones. Reviví Titanic y la parte que Jack espera a Rose, mientras ella modela por las escaleras. El rostro de Andrés también era muy hermoso, y me preguntaba si esto es algo típico de los vampiros. La mitología habla de ellos como seres horribles y deformados, matando por sangre. Solo en las novelas se lo citan hermosos, y persuasivos. No tenía que olvidar esto último. Ya que teniendo en cuenta que las novelas están en lo cierto, al menos con su imagen, podrían también estar en lo correcto con lo demás. Sus ojos con largas pestañas, y sus labios enrojecidos naturalmente, me hicieron recordar la noche anterior. El baño del restorán donde estuvimos. La manera en la que recuerdo todo, hasta cierto momento y nada más.
Me sujetó fuerte la mano, y me depositó a su lado, como quien protege a su cría del León.

-¿Ibas a salir a dar una vuelta? –Me preguntó, casi dulcemente Andrés que de reojo miraba a su hermano, a quien descubrí poniendo los ojos en blanco, como si desde mi llegada se haya hastiado de permanecer ahí.

-Eso creo. –Lo miré con impaciencia, sea lo que sea que estén discutiendo, a mi no me interesaba en definitiva. Quería irme antes que Benicio bajara.

-Te acompaño. –Dijo de inmediato.

-Andrés. –Atacó su hermano, de forma instintiva, fulminándolo con la mirada, como recordándole algo muy fundamental. Pero Andrés le restó importancia y me dijo –Vamos.

Atravesé todo el camino tensa, con miedo de que Benjamín ataque por la retaguardia, que no se, lance un súper hechizo vampiro, o cosas así que desconozco y me deje paralizada, o simplemente me mate y ya. Pero nada de eso pasó. Oí que dijo algo mientras me iba con su hermano, pero no noté que fue con claridad.
Del otro lado en la calle, Andrés cerró la puerta tras él, se quedó parado mirando hacia la esquina con el ceño fruncido, luego se dirigió hacia mí, bajó la vista y me di cuenta que sonrió burlón. Había estado apretando su mano de manera muy fuerte en el transcurso de viaje a la vereda de la casa.

-Perdón. –Le dije. Él entrecerró su vista y me miró.

-Lo voy a pensar. –Contestó, y volvió a reír. Hubo una pausa bastante larga en lo que caminábamos hacia ningún lugar, y cuando estuvimos lo suficientemente lejos, frené la marcha y me apoyé sobre una pared con los brazos cruzados.

-¿Qué anda mal? –Me preguntó, parándose delante de mí, con un brazo apoyado en el muro, dejándonos a menos de diez centímetros de distancia el uno del otro, y su brazo izquierdo a un costado suyo. –Amanda, ¿Qué anda mal? –Volvió a preguntar.

-Todo, todo anda mal. –Contesté, frustrada –Tanto así, que voy a irme. No quiero volver a ver a Benicio. –Y entonces él contuvo una risita ahogada de diversión. -¿Qué te resulta tan gracioso? ¿Eh? –Lo miré asesinándolo. Pude notarlo. Pero él no parecía apenado por la noticia. Al contrario, parecía disfrutarlo.

-Se lo merece. –Me dijo de manera vengativa. –Se lo merece por mentirte. –Finalizó.

-Así que… -Le respondí sin terminar la oración.

-Así que lo sabía. Claro que lo sabía, Amanda. Todos lo sabíamos. Pero le correspondía a él enfrentar su propia elección y decírtelo. No a nosotros. Yo traté de ayudarte. Claro. Sembrando en tu mente sueños, recuerdos. Pero no me creíste. O al menos no completamente. –Y se quedó callado.

-¿Todos lo sabíamos? ¿Quiénes son todos? –Pregunté indignada.

-Benjamín… Marcus. Yo. –Contestó de manera imprecisa.

-¿Marcus? Es un nombre extraño para este lugar, ¿Quién es él? Oh… -Así que el diablo se llamaba Marcus, pensé.

-Convengamos que él es muy viejo. –Y se rió. Me quedé pensando, y no lo pude evitar.

Pero lo único que recordé, como armando un rompecabezas ilegible fue a Benicio y sus palabras *“Vinieron a buscarte… Él y sus dos ayudantes más antiguos. Uno de sus ayudantes estaba drenándote la sangre, yo no podía hacer nada aunque quisiera. Si luchaba contra ellos, al final de la pelea iba a encontrar solo un cuerpo sin vida. Tenía que ser más inteligente, tenía que recuperarte, y fue lo único que pude hacer. Lo siento”*
Mi cara se habrá descolocado, pero fuese lo que fuese, Andrés me tomó por los hombros y me sacudió para que volviese a la realidad, habíamos caminado bastante y no estábamos muy lejos de que oscureciera, y de cualquier manera se me había nublado la vista. ¿Fue él, entonces, quien drenó de mi sangre? Y si fuese así ¿podría condenarlo o juzgarlo, cuando solamente hacia su trabajo?

-Entonces… fuiste vos. –Le dije cuando pude coordinar tres palabras juntas.

-No –Su respuesta fue inmediata.

-¿Estas leyéndome la mente? –Pregunté –Porque si lo estas haciendo sabes que es algo que me desagrada –Y puso la yema de su dedo índice sobre mi boca para que me calle.

-No, no lo estoy haciendo, mujer, eso cuesta inclusive para mí. Pero se a lo que te referís. Yo no bebí de tu sangre. Fue mi hermano. –Su mirada había perdido cualquier rastro, no podría describirla ni aunque me esforzara. –Es lo que teníamos que hacer, lo siento. –Y terminó su explicación.

-Tu hermano. ¡Ja! Me da escalofríos, ahora tengo motivos.

-¿A dónde vamos a ir? –Preguntó Andrés, dejándome helada. ¿Vamos a ir? Si, eso había escuchado.

-¿Vamos? Yo me voy sola. Además no te conozco. –Fui clara y sincera.

-A juzgar por nuestra pequeña reunión la noche pasada, podría decirte lo contrario. –Y se aclaró la garganta, borrando su risita.

-Momento. Oh, de eso quiero hablar. –Lo miré cerrando los ojos, escrutando cual podría ser su respuesta, pero era como inflar un globo que solo se agranda con helio. Nada.

-¡Por favor! ¿Tanto importa el sexo? –Respondió sin un gramo de pudor.

-¿Tuvimos sexo? –Juro que cuando terminé de hacer la pregunta, tuve ganas de taparme con millones de cartones y no salir nunca más al exterior. ¿Acaso lo habíamos hecho? ¿Por qué no podía recordar nada, salvo los besos y las manos? Jamás iba a perdonarme haber cedido tan fácilmente ante una persona que apenas conocía. Pero era su culpa. Andrés provocaba estas cosas. Tenía una espalda hermosa, y sus camisas a cuadros oscuros, o sus remeras blancas y negras al cuerpo, lo hacían extremadamente sexy. Ni hablar, en momentos como estos, donde traía su campera de cuero bastante ajustada también. Y dejando de lado cuando se ponía sus lentes de sol Rayban Wayfarer originales, era el hombre perfecto. Alto, estilizado, gracia al caminar. Todo lo opuesto a mí, que en cuanto nos comparé, supe que si Andrés tuviese madre, yo sería la clase de mujer a la que odiaría por no estar a la altura de su hijo.
Él estaba hablándome, pero yo, después de formular la pregunta, no me concentré en escuchar su respuesta. En cambio, había estado volando la imaginación, creando diecisiete formas de quitarle la ropa a quien tenía enfrente, de manera vulgar. Es increíble que en momentos como estos, en los que todo esta al revés, yo tenga tiempo de hablar o pensar incompetencias.

-Podría ser un buen compañero de cuarto. Además tengo auto –Dijo y me guiñó el ojo. –Sin contar, que podrías tener el honor de conocer mí casa. -¿Tenía un tic, o él estaba volviendo a guiñarme el ojo? Lo pensé por un momento y le sonreí. Mi decisión estaba tomada.

*

Era tarde mientras volvíamos, ya había anochecido, y pasé toda la tarde fuera con Andrés. Caminamos bastante, y por suerte, no es de los hombres charlatanes, sino todo lo contrario. Sólo hablamos cuando lo ameritaba o yo necesitaba saber algo. Pensé en todo lo que había pasado este último tiempo desde que supe que había muerto y luego, me convertí en vampiro. Todo es una locura. Ahora resulta que no le pertenezco de ninguna forma a Dante, resulta que él solo fue un daño colateral de lo que en realidad era. Resulta que no tengo solo un par de padres, sino que otros más. Resulta que yo y Benicio somos, mejor dicho, fuimos muy cercanos.
Se sabe por demás que éste ultimo tiempo, descubrí que estaba enamorada de Benicio. Pero ya no puedo confiar en él. Si yo le pertenecía ¿por qué no hizo nada para hacérmelo saber desde un principio? Más de treinta años estuvo esperándome, para que cuando llegara el momento en el que regresé, haya actuado como actuó, con indiferencia. Si yo era suya, tendría que habérmelo explicado, y no digo que fuese algo fácil de entender. Nosotros nos pertenecíamos el uno al otro, pero esto, para mí, estaba más enterrado que nunca. No me gustan las mentiras y en más de una oportunidad le exigí

saberlo. A lo mejor, se arrepintió, a lo mejor, para él yo no valí la espera y está haciéndomelas pagar.
Estábamos llegando, cruzamos un parque enorme, y había demasiada oscuridad, entonces algo captó cada uno de mis sentidos. Era un fuerte aroma, denso. Muy denso. Mi cabeza empezó a fallarme, y mi cuerpo estaba desvaneciéndose. Íbamos a todo ritmo con Andrés cuando caí sobre mis rodillas y arranqué un buen pedazo de pasto y tierra del campo. Era muy obvio lo que me pasaba, y sólo escuché a Andrés decirme –tranquila, estas hambrienta –. La vista se me nublaba y solo pude llevarme una de mis manos alrededor del cuello, tratando de apretar bien fuerte, como si eso pudiese aliviarme el dolor de alguna forma u otra. Mi cuerpo necesitaba sangre con urgencia. Había perdido la cuenta de cuanto tiempo llevaba sin una buena alimentación y mi cabeza giró aun con más fuerzas. Él me agarró por atrás sosteniendo mis hombros, y entonces alguien se estaba acercando. Me paré de golpe, sintiendo el aroma que me pedía que buscara la presa, mejor dicho, a mi victima. Y de ante mano pude sentir la sangre bajar por mi boca, espesa y dulce. Eché a correr lo más fuerte que pude, y sentí a Andrés sobre mis talones, como si estuviese lanzando chillidos graves sin levantar la perdiz para quien pudiese estar dando vueltas. Pero no había nadie, nadie más que a mi presa quien divisé a lo lejos. Alto, moreno, y hermoso. Por sobre todo hermoso.

-Lo siento –Le dije al desconocido.

-¿Por qué? –Preguntó, con inocencia en sus ojos.

-Por esto. –Y me lancé a su cuello, de manera salvaje.
Drené cada gota de sangre sin apenas conciencia o remordimiento. Estuve cinco minutos sobre su cuerpo, cuando me di cuenta que ya era como sorber una pasa de uva. No quedaba nada. Cuando me levanté, vi alrededor como si hubiese despertado por primera vez. Como si hubiese nacido en ese momento. Todo lo vivido, todo lo compartido con unas bolsas de sangre, no fue nada comparado con el ahora. Creí que mi infierno había empezado aquel día en la morgue. Pero ahora, recién ahora después de meses, desperté realmente en el Infierno. Porqué si este placer no lo era…. ¿Entonces qué? Había matado por primera vez, si esto no estaba mal, entonces no sabría decir que era lo correcto y qué no. Miré a mí alrededor, y entonces me paré cuando vi a Andrés que venía muy lentamente caminando los últimos cinco metros de distancia que nos separaban. Agitó sus manos, hizo una reverencia y aplaudió unas dos o tres veces, lentamente. Como quien ve una obra teatral aburrida, solo que su cara mostraba fascinación.

-Creo que vamos a tener que limpiar este chiquero. –Dijo divertido, cuando se acercó a lo que yo llamo velocidad vampiro. Me miró fijo a los ojos, frunció la nariz percibiendo el aroma de la sangre en los costados de mi boca, se acercó, midiendo cada centímetro, y pasó su lengua por un costado de mis labios, sin tocarlos, para degustar la cena. –Mi preferida –Sentenció. –Por dios, por dios por dios, pensaba en mis adentros. Si mi cuerpo se sacudió solo por ese rose… si en el baño pude descubrir ese fuego, no quiero imaginarme lo que sería culminar lo que empezamos en más de una oportunidad, directa o indirectamente.

Algo me había pasado. Definitivamente algo me había pasado para que yo me sienta como me estaba sintiendo. Ya no tenía hambre, ni me dolía la cabeza, y casi no me sentía lo deprimida que estaba cuando comenzó la mañana y me fui de la casa de Benicio, para perderme. Ahora me sentía bien, como si nada fuese a opacar este momento. Había cenado, y me había despachado como nunca antes. Y por sobre todas las cosas, no me sentía culpable por la persona que había muerto, ni cuando fuimos a un descampado de la zona para deshacernos del cuerpo y quemarlo. Andrés me hacía ver todo esto de manera más clara, porque como él decía "estar bien alimentados, nos hace absolutamente lo contrario a vulnerables" Y no era sólo eso. Era todo lo demás. Mi velocidad al andar había aumentado, no sentía dolor en el cuerpo ni fatiga. Y me sentía bien por sobre todas las cosas.

-No es necesario que vayamos a despedirnos de tu Benicio. –Y sus risitas ahogadas, ahora eran cada vez más evidentes.

-No pienso despedirme de un mentiroso. Quiero ir a buscar algo de ropa.

-Amanda…. –Su voz era seria. –No quiero que volvamos nunca más. –Se paró frente mío, tomándome por los hombros y clavando su vista sobre la mía.

-Es que………. –Mi voz tembló. Y dudé. ¿Por qué estaba haciendo esto?

-Nada, no quiero que volvamos. Él te uso, y es un mentiroso. E idiota. –Puso sus ojos en blanco, me soltó y seguimos caminando. Miré a un costado. En definitiva, me sentía usada por Benicio. Lo consideraba un mentiroso. Pero estaba muy lejos de pensar que era un idiota. Andrés continuó hablando -¿Es que además no te das cuenta lo bien que te hace alimentarte correctamente? –Su mirada cobró un júbilo que nunca antes había visto en él, era como si estuviese a punto de conquistar el mundo. No lo interrumpí –El cuerpo cambia, nuestra visión no solo óptica, sino de la concepción del mundo es diferente. No hay que preocuparse nunca más por los sentimientos absurdos que nos hacen dudar sobre todo. Es como vivir sin culpas, sin remordimientos. –Lo que estaba diciéndome era cierto. Entonces agarró una de mis manos, la presionó con fuerza y me miró a los ojos, penetrándome con los suyos. Todo a mi alrededor se desvaneció, y lo único que pude escuchar, fueron sus labios susurrando sobre mi oído –*Eres mía.*

*

"En el quieto silencio de la casa, con la barriga llena con la comida que ella le había preparado y bebiéndosela con los ojos… las cosas pasaron de complicado a completamente caótico.
Su corazón latía rápido, pero no se tambaleó. Ella estaba aquí para hacer un buen trabajo, y maldita sea, iba a hablar con él... Él la deseaba. Con un hambre que iba a ponerlos a ambos en un maldito aprieto."

Andrés caminó el pequeño trayecto a la casa de Benicio, donde irían a despedirse para su satisfacción con Amanda en brazos, como si fuese un bebé. Recorrió el camino poco poblado hasta llegar, y una vez que lo hizo, deslizó sus llaves lentamente. Entró despacio, ya era de noche. Música de piano se escuchaba a lo lejos, y él la depositó en el diván lentamente, como si no quisiese que ella despertara. Resulta que haber manipulado su mente lo había agotado sobremanera. Andrés era un hombre de palabra, y tal como se lo había dicho a su hermano, iba a arrebatarle a Benicio su única razón para estar vivo. Él había estado esperando el momento adecuado, como un animal esperando atacar a su presa en el mejor momento. Como si fuese la guerra, aprovechando la debilidad del enemigo. Su carnada había sido sin dudas Amanda. Las cosas no estaban planeadas, él pensaba llevársela de todas formas, alguna oportunidad iba a encontrar, sólo que no se hubiese imaginado que sería tan pronto. Habían estado en el lugar equivocado, en el momento equivocado, si ella quizás hubiese estado bien alimentada, su instinto no le hubiese jugado esta mala pasada. Pero nada podía pasar para volver el tiempo atrás. Andrés aprovechó la vulnerabilidad para jugar sus cartas. Era ese el momento. Amanda se había mantenido lejos de la sangre humana a treinta y siente grados, y había podido sobrevivir con las bolsas del banco de sangre que Benicio conseguía bajo influencias mentales hacia los guardas de seguridad de clínicas y hospitales, pero estando lejos de ellas… bueno, el resultado fue obvio. Es muy difícil mantener cierta humanidad bajo la influencia del deseo de sangre fresca y caliente. Lleva mucho tiempo controlarlo, pero ella no había tenido ese tiempo. Era nueva en esto, y el autocontrol no existía en su diccionario. Mucho menos bajo la influencia de Andrés, quien iba a concluir con su cometido, casi tan fácilmente como aprender a andar en bicicleta.
Él se sentó a su lado, en el borde del sillón, enrollando sus dedos con el pelo de ella muy suave y lentamente. Esbozó una sonrisa triunfadora, se cruzó de piernas y vio bajar a Benicio.

-¿Qué le hiciste? –Preguntó el recién llegado, en voz baja pero amenazadora.

-Nada que pueda dañarla. No quiero que mi juguete nuevo se eche a perder –Contestó Andrés, como disfrutando su situación.

-Ella no es un juguete. Y es mía. –Contestó furioso.

-Ya no. Pero podes esperar a que despierte, y enterarte por tus propios medios.

-¿Qué es lo que queres? –Preguntó Benicio –Puedo dártelo, pero alejate de ella. Ya. –Y sus palabras eran amenazas, filosas, peligrosas.
-Es tarde para negociar. Ahora tengo ganas de un poco de diversión. –Y entonces, Andrés ya estaba de pie, susurrando algo nuevamente al oído de Amanda, quien abrió los ojos y se la notó abombada. Miró a su alrededor, se

reincorporó suavemente y le dedicó una amplia y dulce sonrisa a quien le hablaba en secreto.

-Ajá. ¿Y ese quién es? –Preguntó Amanda a Andrés, no por Benicio, sino por la persona de la que le hablaba él en susurros, casi ignorando a Benicio a su lado, quien los miraba con incrédulo horror. –Esta bien. Lo voy a hacer. Te amo. Andrés. Te amo. –Dijo Amanda, de manera dulce y protectora, quien luego se dirigió a Benicio con una mirada de odio y como quien quiere matar a una mosca. –Dale lo que te pide. Dáselo. –Finalizó ella, ahora sí dirigiéndose a su ex vampiro protector.

-Amanda… ¿qué te hizo él? –Le preguntó Benicio en un hilo de voz, como si alguien estuviese clavándole mil estacas en cada centímetro del corazón.

-Andrés. –Se apresuró ella, mirando todavía al otro con desdén. –Él me desagrada, quiero que nos vayamos. Por favor ¿Sí?

-Por supuesto que si, amor. Pero antes, tienes que pedírselo, de otra forma no accederá. –Y este apoyó sus labios sobre la frente de la muchacha, con una ternura que revolvió el estomago de Benicio.

-Queremos a Dante, y no es una suplica, sino una orden. Lo queremos, necesitamos su sangre. –Le reprochó Amanda a Benicio. Pero este le devolvió una mirada confusa,

-No voy a hacerlo, Amanda, vos lo amas. Amaste a Dante, no voy a lastimarlo, ni permitir que otros lo hagan. ¿Con qué propósito lo haría? –Benicio había estado tambaleándose, casi descompuesto del deplorable espectáculo que estaba presenciando. Andrés había manipulado la mente de Amanda, a tal punto en la que ella hacía no solo lo que él le pedía, sino que ahora era su fiel compañera.

-¿Con qué propósito lo harías? –El vampiro malvado parecía excitado. –Sangre de un inmortal Benicio, nuestra liberación de Marcus, y del Infierno. –Sugirió éste con una mirada fortuita.

-¿Inmortal? ¿De qué están hablando? –Preguntó fuera de sí, sintiendo que había perdido en el camino gran parte de la historia.

-Amanda… contale. –Exigió Andrés con un morbo malvado. –Decilo.

-Sangre inmortal. La de un ángel caído. La de Dante, uno de los diez Ángeles caídos, extintos, distribuidos sobre la tierra.


Claro que sí. Pero nadie reencarna con memoria.
Cada persona que muere bajo circunstancias fatalistas, tiene otra oportunidad de vivir, bajo otro nombre, otra familia, otro lugar.
¿Qué va a costarme eso?
Veinte años más, mínimo
La quiero conmigo, cuanto antes.
¿Cuáles son las reglas, específicamente?
No era un amor tonto, meloso. Era real, lo sentía, pero además, estaba cargado de deseo.
Yo le pertenecía. Inclusive mucho antes que a Dante. Un flujo de terror y descontrol se apoderó de mí, pero él también había despertado.